

# LA NARRACION INFANTIL

UNA EXPERIENCIA PEDAGOGICA

JESUS MARTINEZ SANCHEZ



BREVIARIOS DE EDUCACION



## BREVIARIOS DE EDUCACION

1. Las lenguas de España.
2. La narración infantil.

### EN PREPARACION:

3. Las artes plásticas en la escuela.

El INCIE acoge en su colección de Breviarios de Educación, todos aquellos textos que considera pueden ofrecer experiencias y conocimientos enriquecedores a los lectores preocupados por los temas educativos. Esta acogida no presupone la aceptación por el Organismo de los conceptos y teorías expuestos, que son de la exclusiva responsabilidad de sus autores.

# LA NARRACION INFANTIL

UNA EXPERIENCIA PEDAGOGICA





JESUS MARTINEZ SANCHEZ

# **LA NARRACION INFANTIL**

**UNA EXPERIENCIA PEDAGOGICA**

MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA  
INSTITUTO NACIONAL DE CIENCIAS DE LA EDUCACION  
MADRID, 1977

© Servicio de publicaciones del Ministerio  
de Educación y Ciencia, 1977

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia

Imprime: HEROES, S. A. Torrelara, 8 MADRID-16

Depósito legal: M. 20.083-1977

I. S. B. N. 84-369-0201-7

Printed in Spain - Impreso en España



Desde afuera, en silencio y con los ojillos atónitos, un grupo de niños y niñas mira para dentro de la escuela. La maestra llama a un niño y a una niña.

—A ver, para que os vea este señor. ¿Quién descubrió América?

El niño titubea.

—Cristóbal Colón.

La maestra sonrío.

—Ahora tú. ¿Cuál fue la mejor reina de España?

—Isabel la Católica.

—¿Por qué?

—Porque luchó contra el feudalismo y el Islam, realizó la unidad de nuestra patria y llevó la cultura allende los mares.

La maestra, complacida, le explica al viajero:

—Es mi mejor alumna.

La chiquilla está muy seria, muy poseída de su papel de número uno. El viajero le da una pastilla de café con leche, la lleva un poco aparte y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Rosario González, para servir a Dios y a usted.

—Bien. Vamos a ver, Rosario. ¿Tú sabes lo que es el feudalismo?

—No, señor.

—¿Y el Islam?

—No, señor. Eso no viene.

La chica está azorada y el viajero suspende el interrogatorio

(CAMILO J. CELA, *Viaje a la Alcarria*.)



*ESTUDIO  
PRELIMINAR*



## LA NARRACION INFANTIL Y EL DESARROLLO DE LAS APTITUDES LINGUISTICAS DEL NIÑO. EXPLICACION DE UNA EXPERIENCIA

Antes de pasar a hacer algunas consideraciones sobre el porqué y los resultados de esta experiencia, quisiéramos señalar dos características que la pueden situar en su justa medida. En primer lugar, se trata de un tímido intento del equipo de profesores del Colegio Siglo XXI —y, en especial, de su Departamento de Lengua— por llegar a una dinámica en la enseñanza de la lengua que guarde la mayor relación posible con las necesidades expresivas del niño. Es, pues, el fruto de un trabajo colectivo lo que a nuestros compañeros ofrecemos, y, como tal, de ellos esperamos sus críticas, sus sugerencias, su aportación, en una palabra, para la superación de esas inmensas lagunas docentes que las Escuelas o Facultades nos han legado como todo bagaje con el que enfrentarnos a nuestros alumnos. Porque los enseñantes, durante nuestras primeras experiencias, nos sentimos ante la clase como la virgen ante el matrimonio: tímidos, indecisos, deseosos de adquirir una seguridad que sólo nos proporcionará nuestro contacto reflexivo con los alumnos. Ante cuarenta, cincuenta alumnos (vergüenza da escribir que en muchas clases de nuestro país se dan cifras superiores), los inconexos conocimientos acumulados tras laboriosos años de estudio en las Facultades de Ciencias y Letras nos bullen en la cabeza en un inmenso maremágnum de nombres y fechas que ni a nosotros interesan; los pobres rudimentos de pedagogía que se adquieren en las escuelas de Magisterio no pasan de meras consejas que, trasplantadas a la realidad viva y dinámica del niño, se volatilizan al segundo o

tercer día. Sólo queda entonces el supremo argumento: la autoridad, respaldada, eso sí, por un sistema represivo perfectamente montado para que únicamente puedan escapar a él los más "díscolos", que iniciarán así un rápido peregrinar por los distintos colegios que el nivel adquisitivo de sus familias les puedan ofrecer. De cualquier forma, y como nuestro propósito actual no es el de extendernos en las graciosas peculiaridades que el actual sistema educativo ofrece, nos limitaremos a insistir en la llamada de solidaridad que antes hacíamos para que, a partir del intercambio colectivo de experiencias y de la crítica sugerente de quienes nos dedicamos a esta actividad, podamos traspasar el umbral de lo meramente especulativo y vayamos sentando las bases de una enseñanza digna y motivadora para nuestros alumnos.

En segundo lugar —aunque por la participación que en esta experiencia han tenido y por el público a la que, fundamentalmente, se ofrece debiera ocupar el prioritario—, tenemos que señalar que éste es un libro escrito por niños y, por tanto, a ellos dedicado. Desconocemos si existe algún precedente en lengua castellana que pretenda los mismos fines. Es igual. Nuestra intención no es la de "poner una pica en Flandes", ni mucho menos. Más aún cuando, en síntesis, el núcleo de nuestro trabajo se centra en unas aportaciones que Freinet y su grupo han venido realizando desde 1924 con tanta eficacia que la técnica del texto libre se ha impuesto oficialmente en las escuelas públicas de Francia. Igualmente sabemos que en nuestro país funcionan varios grupos freinetianos —entre ellos resaltamos por su importancia a ACIES— que, a pesar de las trabas que en su labor encuentran, consiguen diariamente unir la escuela a la vida. Nuestra experiencia parte, por tanto, de la siguiente afirmación de Freinet (1), que creemos aplicable en cualquier tiempo y circunstancia: "Si la redacción no tiene otro objetivo más que las correcciones y la nota que le adjudicáis, si estáis convencidos de que el niño no puede crear ni pensar por sí mismo, y sólo puede alimentarse de vuestra riqueza, obtendréis de él 'deberes', pero nunca obras capaces de poner de manifiesto una personalidad."

---

(1) C. Freinet: *El diario escolar* (Ed. Laia, Barcelona), pág. 20.

Sin embargo, y a pesar de compartir totalmente los puntos de vista freinetianos sobre las necesidades expresivas del niño, y las formas naturales de motivarlas, creemos sería un flaco servicio el que prestaríamos a tan gran pedagogo y a nuestros alumnos si nos limitáramos a reproducir al pie de la letra sus experiencias, olvidándonos de su entorno social, del origen y peculiaridades de los alumnos y de tantas otras variables que pueden anular el método más válido si se aplica de una manera esquemática. En definitiva, atacando un sistema arcaico y memorístico, caeríamos en otra escolástica que haría igualmente tediosa la enseñanza de nuestro idioma, volviendo a nuestra tradición didáctica, que limitaba la enseñanza de la lengua a la repetición de reglas y normas generalmente ajenas a las necesidades comunicativas. A lo largo de nuestra escasa experiencia en la enseñanza de la lengua, hemos podido comprobar que las motivaciones expresivas del niño van cambiando con el desarrollo de su personalidad. Así, aunque a los siete y ocho años les apasione la técnica del diario escolar, y en menor grado la de la correspondencia (luego intentaremos explicar el porqué), a medida que se acerca la pubertad va decayendo ligeramente su interés por estos métodos. Entiéndase bien que sólo nos referimos a unas condiciones concretas en las que el niño ha utilizado el texto libre desde el comienzo de su etapa escolar. Probablemente la reacción no sea la misma para aquellos que a los once o doce años se enfrentan, por primera vez, a la tarea de escribir y editar un diario escolar, más aún si sus necesidades expresivas se han visto sistemáticamente anuladas por un cúmulo de nociones y ejercicios que, amalgamados en su mente, recuerdan que la lengua es "eso de los morfemas, de los sintagmas y los núcleos..."; que, así planteada la cosa, poca diferencia hay con nuestra lista de preposiciones, de elipsis, o del "y, e, ni, que", de las coordinadas copulativas.

Ya decíamos antes que nuestras experiencias son fruto de un trabajo colectivo y que dentro de los escasos márgenes de actuación de la vigente planificación educativa, de nuestras limitaciones, y de la ausencia de unos métodos adecuados, intentamos plantear la enseñanza de todas las áreas de una manera unificada y con unas pautas comunes. Es, pues, a partir de esta experiencia por lo que me permitía las afirmaciones anteriores que voy a

tratar de justificar. Empezando por la que se refiere a la correspondencia escolar, creo que el grado de motivación que provoca en los niños varía sensiblemente según provengan éstos de un medio rural o urbano, de una situación familiar que ha tenido más posibilidades de acceso a lo que se viene denominando cultura o de otra que se ha visto abocada al mero conocimiento de "las primeras letras", o, incluso, ni siquiera a eso. Qué duda cabe que para unos alumnos (como es nuestro caso) habitantes de una ciudad con las características de Madrid, habituados desde que saben pronunciar las primeras palabras al uso del teléfono, que ocupan los mejores momentos de su infancia sentados ante la televisión, y rodeados, en su mayor parte, de unos medios que la sociedad de consumo les intenta continuamente meter por los ojos, qué duda cabe, digo, que para ellos la emoción de comunicarse con un lector lejano ha entrado en el terreno de lo normal, de la cotidiano; aún a mis veintiocho años conservo la costumbre de mirar al cielo cuando oigo el sonido de un avión, en tanto que mis alumnos siguen jugando al fútbol con la total indiferencia de quienes han nacido en una ciudad surcada a diario por cientos de ellos. Permítaseme a este respecto contar dos anécdotas que pienso pueden ser ilustrativas de lo que quiero decir. Había iniciado yo hace unos años la experiencia de la correspondencia escolar con una clase de séptimo de E. G. B. y, en un principio, los alumnos se mostraban sumamente interesados; creo que además de los alicientes indudables que para ellos suponía el intercambiar, por medio de la correspondencia, inquietudes y deseos, contribuía bastante el hecho de que el colegio elegido fuera femenino, con lo que evidentemente los estímulos superaban con creces los que se puedan dar en otra edad o circunstancia. Después de unos meses, decidimos plantear en una de las reuniones de clase el asunto y discutir de manera conjunta sus impresiones en torno a los temas que trataban, la capacidad expresiva de ambos grupos, el material que intercambiaban, las relaciones que se habían creado, etc. Tras las primeras intervenciones, llegamos a la conclusión de que un porcentaje pequeño, pero significativo, había abandonado la experiencia por parecerles sus correspondientes "un poca tontas", "demasiadas niñas"... , aunque la conclusión a la que llegamos fue que no siempre estos juicios partían de nuestro grupo, sino



que más bien eran una repetición de los argumentos que ellas les habían dado para interrumpir el intercambio epistolar. De cualquier forma, la anécdota que aquí queríamos consignar vino por parte de dos de los chicos que se mostraban más interesados en mantener esta actividad. Cuando les preguntamos sobre las conclusiones que podrían aportarnos sobre el dominio lingüístico de sus *amigas*, se vieron obligados a confesar que hacía tiempo habían sustituido las cartas por el teléfono, ya que éste "era más cómodo". Igualmente, la mayor parte del grupo admitió a partir de aquí que sólo utilizaban las cartas muy de tarde en tarde, y uno de los chicos acabó de romper nuestros viejos esquemas al plantear que lo más útil para ambos era el uso de cintas magnetofónicas, ya que uno y otro poseían "cassettes".

La otra experiencia me parece que habrá sido compartida por una gran parte de los profesores de mi generación que provenimos de zonas rurales. Habíamos planteado —enseñaba yo Ciencias Sociales y acababa de terminar mi carrera— una excursión por tierras de Burgos con un grupo de sexto de E. G. B. En el autocar iba recordando mi primera salida del pueblo, la impresión que me había hecho el viaje, el contacto con los chicos de mi edad sin la tutela paterna, la carretera, el cambio de paisaje, todo un mundo, en fin, al que había tenido acceso por primera vez a la misma edad que ahora tenían los chicos que me acompañaban. Como se me ocurriera comentar mis recuerdos con mi compañero de asiento y preguntarle sobre las impresiones que en él despertaba este viaje, vi que me miraba con una de esas caras con las que los niños expresan que los adultos somos un poco estúpidos o, al menos, "raros". Al insistir yo, me dijo algo así: "Hombre, esto de viajar está bien, pero el viaje y todo eso se hace pesado. Además, todo esto ya lo conozco porque he venido muchas veces con mis padres, y como pertenezco a un grupo *scouts* y salimos todas las semanas..."

En fin, si hemos traído estas dos anécdotas aquí es sólo para intentar reforzar nuestra impresión de que los métodos no se deben utilizar de una forma esquemática o unilateral: lo que en unos sitios y con determinados alumnos puede resultar altamente motivador, en otros nos puede hacer desesperar sobre la validez del sistema, cuando lo que nos tendríamos que cuestionar son las variantes que debemos introducir para que resulte

adecuado o útil. Por tanto, nada más lejos de nuestra intención que negar la importancia o la validez de la correspondencia interescolar, como sistema para fomentar el deseo de comunicación a todos los niveles, y la capacidad expresiva del niño. Sencillamente nos hemos limitado a señalar que no siempre se obtiene el mismo resultado de unos métodos, y que ello no nos debe desanimar, sino inducir a profundizar en un principio sobre cuya validez no dudamos, y que Freinet enunciaba en estos términos: "Desde el momento en que lo que él ha escrito tiene una finalidad y una función —comunicarse con otros compañeros y con adultos próximos o lejanos—, el niño experimenta de modo natural la necesidad de escribir, de expresarse, al igual como experimentó, siendo muy niño, la necesidad de hablar" (2).

Una vez apuntadas estas reflexiones sobre lo que se refiere a nuestra actitud frente a las técnicas pedagógicas de la "escuela moderna", vamos a intentar explicar el proceso por el que llegamos a la convicción de que la utilización de relatos relativamente extensos podría resultar interesante para el desarrollo de las aptitudes lingüísticas del grupo, al tiempo que trataremos de señalar los pasos adelante y los retrocesos que observamos en el desarrollo de esta experiencia. Una vez más (quizá con el deseo de que quede claro que no pretendemos haber descubierto el Mediterráneo) acudimos a una afirmación de Freinet: "La esencia del método consiste en partir, no del deseo, del pensamiento o del orden adultos, sino de los verdaderos intereses de los niños, tal como se expresan en los textos libres" (3). Efectivamente, tal y como plantea Freinet, los niños se suelen mostrar bastante más interesados por escribir sus historias y leer las de sus compañeros que por las de los adultos. Cualquiera que haya podido observar la atención con que a esta edad siguen las actividades deportivas —por poner un ejemplo— podrá deducir que ésta es una actitud que se refiere a todos los niveles del comportamiento y no sólo al ámbito expresivo. Tal vez por la misma lógica por la que los adultos tendemos a despreciar el mundo infantil, o, cuando menos, a considerarlo desde un punto de vista paternal, el niño se aferra a sus propios compor-

---

(2) C. Freinet: *El texto libre* (Ed. Laia, Barcelona), pág. 18.

(3) C. Freinet: *El diario escolar*, pág. 41.

tamientos, a la defensa de un mundo que le pertenece y que los "mayores" tratan continuamente de destruir. Frente al inmenso poder de las estructuras creadas por los adultos (la jerarquización familiar, la escuela tradicional, el dominio de las ciencias, de las técnicas, de los recursos económicos, que los convierte en infalibles), el niño de nueve o diez años se aferra a una cultura de su propia elección, intenta protegerse por todos los medios a su alcance de la agresión y de las trabas domésticas como única manera de afirmarse ante un medio que le resulta incomprensible y hostil (4). Es la época de los grandes secretos a los que los adultos jamás podrán acceder, de la repetición cíclica de unos juegos o actividades que, generación tras generación, aparecen y desaparecen con la rapidez de las consignas más acertadas.

Quisiera que se reflexionara sobre un hecho, que no me parece precisamente casual, en relación con la actitud mantenida —y, por desgracia, aún vigente— por los adultos en torno al lenguaje infantil. Es a partir del siglo XIX cuando el lenguaje infantil empieza a ser considerado como un motivo de investigación, como un tema merecedor de la atención de los diversos investigadores relacionados con los campos de la psicología, la lingüística, la antropología, etc. Hasta entonces, las diversas manifestaciones expresivas de los niños no tenían más interés que el de un campo virgen que padres y profesores tenían que cultivar. Pero, a partir de este momento, se produce un interés que, curiosamente, coincide con el despertado por las "lenguas primitivas", es decir, por los sistemas de comunicación empleados por aquellos grupos étnicos o sociedades consideradas en estado salvaje. No se trata aquí de establecer ningún tipo de relación entre estos hechos y, por ejemplo, el desarrollo imperialista de las potencias europeas. Sí nos interesa considerar, sin embargo, que desde entonces se establece la peregrina idea de que la evolución general del niño reproduce la de la humanidad y que, por lo tanto, el habla infantil no es más que un reflejo de las etapas más primitivas del lenguaje humano (5).

---

(4) Véase a este respecto la obra de Arnold Gessell *Psicología evolutiva de 1 a 16 años* (Ed. Paidós).

(5) Véase Samuel Gili Gaya: *Estudios de lenguaje infantil* (Ed. Bibliograf, Barcelona), págs. 9 y ss.

Por desgracia, estas teorías sobre el mundo y la cultura infantil se hallan aún muy extendidas entre amplias capas de la sociedad que consideran la evolución del niño, tanto más perfecta cuanto más se acerca al modelo ideal trazado por sus mayores. Lo más curioso es que con este "modelo ideal" padres y profesores no se refieren a sus propios comportamientos infantiles, sino a los que, a su vez, aludían sus respectivos mayores, y así sucesivamente. Que esto tiene un reflejo en la escuela es algo tan obvio como ignorado. ¿No se tiende, acaso, a considerar como "alumno modelo", como "niño ejemplar" precisamente aquel que lo es menos para sus compañeros porque lo hemos convertido en un adulto-enano? Y, en el tema que aquí estamos tratando, ¿no solemos elogiar en las formas expresivas de nuestros alumnos —sean redacciones o exposiciones orales— precisamente aquellos giros y términos que más se alejan del ámbito infantil? Llegamos así a una situación realmente curiosa: como expresiones adultas quedan balbucientes; como narraciones infantiles, artificiales.

Librenos el cielo de mantener teorías rousseauianas sobre la infancia, ni de considerar que el profesor debe limitar su labor a la del convidado de piedra que asiste impertérrito a los errores o incomprendiones de sus alumnos. Sería caer en una actitud tan esquemática como la que estamos criticando y confundirnos a nosotros mismos. Simplemente tratábamos de desarrollar una afirmación de Gili Gaya (6), quien, a nuestro entender, centra perfectamente el problema al decir que "el maestro que pretenda dirigir la actividad expresiva de los niños debe aprender primero a conocerla y respetarla".

Partamos, pues, de ese respeto hacia las formas expresivas del niño, de esa consideración de que la creación traspasa los estrechos moldes de lo "perfecto" y lo "acabado" y creo que nos sorprenderá encontrar una actitud mucho más receptiva y abierta en nuestros alumnos. Porque, en definitiva, lo que estamos cuestionando es la consideración de lo que académicamente se llama "clásico" como el modelo sublime que se expone en las escuelas para que los alumnos se acerquen a él lo más posible. Es ésta otra de las concepciones que creemos han tenido un

---

(6) Obra citada, pág. 28.

resultado bastante diferente del que se proponían: si de lo que se trataba era de acercarnos a la cultura y a las formas de expresión de quienes nos habían precedido, la cosecha no ha podido ser más pobre. Porque confundir la belleza de la lengua de Virgilio con el trabajoso esfuerzo de enterezar hipérbatos latinos o utilizar nuestro *Quijote* para que "leyéramos" unas frases que a los cinco o seis años nos parecían totalmente esotéricas sólo ha traído consigo el que, incluso en una Facultad de letras, muchos compañeros hablen de la lectura de nuestros clásicos como de una tarea más que se les impone para la consecución de un título. Tal vez esta afirmación parezca un tanto exagerada, pero yo pediría que quienes así lo consideren se detengan un minuto a reflexionar sobre la anécdota tantas veces narrada referente a ese conocido nuestro que compró los libros "por metros", o para que "hicieran juego con el color de los sofás". Desde luego que en esta cuestión intervienen otros muchos factores supraescolares que no vamos a tratar aquí, entre otras cosas, porque no sabríamos hacerlo adecuadamente. Nuestro tema es la escuela; nuestra preocupación, bien sencilla, y, sin embargo, apenas hemos dado unos tímidos pasos: que nuestros alumnos sientan el deseo y la necesidad de utilizar las posibilidades expresivas que su lengua les ofrece; que reflexionen sobre un sistema de comunicación que emplean continuamente; que consideren importantes sus propios trabajos —sean de la índole que fueren— si han puesto en ellos constancia y cariño, porque realmente la validez o no de los mismos la establecen sus propios destinatarios y escapa a toda evaluación o calificación de los profesores; que puedan pasar los mismos ratos inolvidables que nosotros, convertidos, por magia de la palabra, en terribles filibusteros o en exploradores que dominan todos los secretos de los pieles rojas.

Se suele decir, y con razón, que la salud sólo se aprecia en su justa medida cuando se pierde. Pienso que algo así ocurre con las lenguas. Véase, si no, el cariño con que vascos, catalanes, gallegos y tantos otros pueblos en condiciones similares luchan por sus respectivos idiomas. Y, sin embargo, los castellanos, mal acostumbrados a hacer almoneda con las lenguas de los demás, optamos continuamente por encerrar la nuestra en unos corsés tan estrechos que no encuentran cuerpo al que ajustarse, o, por el

contrario, en convertirla en mujer pública que a todo se entrega. Es, pues, otra de nuestras pretensiones la de conseguir estimación y respeto por el propio idioma, por un idioma real, usado en sus conversaciones y en sus peleas, formado por la suma de las hablas de toda una comunidad lingüística de la que los niños forman una parte no despreciable. Decimos esto porque, a pesar de que de la lectura de nuestros programas y orientaciones ministeriales cualquiera pudiera desprender que en esto y sólo en esto consiste la enseñanza de la lengua en nuestro país, la realidad es bastante menos optimista. Veamos, al respecto, lo que afirma Carmen Pleyán: "Sin embargo, ni el contenido de los programas ni los métodos utilizados, ni la distribución numérica y espacial de los alumnos en el aula hacen posible que en los centros de enseñanza se aprenda de veras a hablar y a escribir con aceptable coherencia y mucho menos a escuchar y comprender a los demás.

Y es que, a pesar de que en los programas oficiales se declara insistentemente que la enseñanza debe consistir, sobre todo, en la práctica de la lengua y que gran parte de las orientaciones didácticas se refieren a la necesidad de atender especialmente a la expresión y a la lectura, de hecho no existen, al menos suficientemente divulgados, métodos para llegar a orientar de modo eficaz la enseñanza hacia tales objetivos.

Una larga tradición didáctica limita la clase de Lengua a la realización de unas prácticas que provocan nociones normativas por parte del profesor, o a la explicitación de análisis, puramente formales, de enunciados abstraídos totalmente de su contexto comunicativo" (7).

Si hemos reproducido esta larga cita de Carmen Pleyán es porque pensamos que resume bastante claramente el panorama general educativo de nuestro país y, en este caso, de la enseñanza de la Lengua. Incluso creemos que la autora de este artículo se muestra algo benevolente al reflejar una realidad de la que precisamente a los enseñantes no nos corresponde la mayor responsabilidad.

Pero, una vez apuntadas estas generalidades en lo que al mé-

---

(7) Carmen Pleyán: *Reflexiones sobre la enseñanza de la lengua*. Cuadernos de Pedagogía, núm. 4; abril 1975.

todo se refiere parece llegado el momento de concretar algunos aspectos del mismo. Decíamos antes que los principios generales de los que partimos son los establecidos por Freinet y su Escuela Moderna.

Sin embargo, hemos procedido a establecer algunas modificaciones en el procedimiento de utilización y comentario de los textos. Así, frente al texto libre clásico —conservador de algunas de las características de la redacción tradicional—, hemos comprobado que los chicos se iban inclinando por la realización de historias completas; es decir, por relatos que presentaran las apariencias narrativas y las peripecias novelísticas de los escritos por los adultos. Dicho así, tal vez perezca que tratamos de enmendar la plana a este gran pedagogo, cuando tan sólo se trata de introducir unas pequeñas variaciones sobre el mismo tema.

Ya indicábamos antes que esta experiencia tenía su origen y explicación a partir de un presupuesto globalizador de la enseñanza en dos niveles:

a) Como una etapa más en el desarrollo de las capacidades expresivas del niño, iniciada a los tres años y coordinada durante todo el proceso educativo en la escuela.

b) Como la aplicación de unos métodos en el área de Lenguaje que no se pueden concebir como un comportamiento separado de los demás, sino relacionados con ellos no sólo en cuanto a métodos, sino también en lo que a contenidos se refiere. No tendría demasiado sentido tratar de buscar unos sistemas que aumentaran la necesidad comunicativa y la capacidad expresiva del niño, mientras en otras áreas se utilizaban la memoria frente al razonamiento, la repetición mecánica de conceptos abstractos frente a la observación y estudio de la realidad.

Si hemos insistido en la importancia del contexto ha sido para evitar caer en la absolutización de unos métodos que determinados sistemas pedagógicos —las técnicas de enseñanza programada, por ejemplo— nos ofrecen como panacea universal para todos los males. Pero como no se trata aquí de elaborar ninguna alternativa general para la enseñanza, sino de explicar una experiencia concreta, volvamos a ella.

Lo que ofrecemos a nuestros compañeros para que les sirva de material de trabajo, si lo consideran oportuno, son una serie de relatos escritos por chicos de diez, once y doce años de edad. Es decir, por alumnos nuestros de 5.º y 6.º de E. G. B. Estos relatos han sido elaborados a partir de unos temas libremente elegidos, y, en general, durante las horas de clase de Lengua.

Cuando, después de dos o tres semanas, contamos con un número suficiente de narraciones, procedemos a leer algunas de forma rotativa, de manera tal que durante el curso todos hayan leído cuatro o cinco historias como mínimo. Durante la lectura, toda la clase anota aquellos aspectos que por su interés lingüístico o temático merezcan algún tipo de comentario. Así, una vez que se ha terminado de leer un relato, comienza el comentario del mismo. Los chicos —al igual que el profesor— van exponiendo y explicando sus anotaciones: las frases que no se han entendido, la palabra mal empleada, el uso de los adjetivos, la elección y el tratamiento del tema son algunos de los aspectos que se analizan de forma colectiva, planteándose las alternativas correspondientes. También se comentan la lectura, entonación, etcétera, del autor, o la atención y actitud demostrada durante la misma por todos o algunos de sus compañeros. (Por la importancia que tienen algunos aspectos en el ámbito escolar —caligrafía, ortografía, etc.—, nos referimos a ellos en un apartado posterior.)

Una vez leídos los relatos, pasan a la biblioteca de clase para ser utilizados como material de lectura y trabajo por los alumnos. En ocasiones hemos procedido a intercambiar las historias entre dos clases, y los resultados siempre han sido positivos: los chicos se han mostrado tan interesados en leer y comentar las historias de su propio grupo como en las de sus compañeros de otras clases.

Veamos cómo se desarrolla, en la práctica, uno de estos comentarios colectivos. Una alumna acaba de leer una historia referida a las peripecias que les ocurren a un grupo de chicos durante una excursión. Finalizada ésta, rápidamente se levantan varias manos y el moderador va concediendo la palabra para la primera ronda de intervenciones. Uno de los primeros chicos ha anotado que su compañera repitió varias veces la palabra *dijo*. Inmediatamente solicitamos de todo el grupo que nos diga pa-



labras con las que podemos evitar el término repetido, y apuntamos en la pizarra la lista siguiente:

Exclamó,  
Sugirió,  
Gritó,  
Contestó,  
Murmuró,  
Replicó,  
Habló,  
Cuchicheó,  
Susurró,  
Respondió,  
Chilló,  
Aulló,  
Planteó.

Como la lista está desordenada, pasamos a agrupar las palabras por conjuntos que se puedan utilizar en un mismo contexto, con lo que formamos los siguientes grupos:

- 1) Replicó,  
Respondió,  
Contestó.
- 2) Chilló,  
Aulló,  
Gritó.
- 3) Susurró,  
Murmuró,  
Cuchicheó.
- 4) Sugirió,  
Planteó.
- 5) Exclamó,  
Habló.

A partir de aquí analizamos el significado de cada una de las palabras por separado, dando un ejemplo de su utilización en una frase o situación concreta.

Surgen después otras intervenciones para criticar bien cuestiones lingüísticas, bien el tratamiento del tema.

Entre estas últimas, destacamos las de un chico que señala la ausencia de explicaciones a una serie de hechos que se relatan, y la de otro que explica que los "detalles poco importantes" no se deben reflejar en los relatos, ya que hacen que éstos resulten monótonos. A esto le contesta otro que "todos los detalles son importantes", y después de una animada discusión, pasamos a corroborar estos aspectos sobre el texto en cuestión, concluyendo la mayoría que en este caso no resultaban superfluos.

Por último, algunos señalan frases con poco sentido lógico; por ejemplo, uno apunta:

—Tú has dicho "en un país desconocido de los Alpes", y todos los países de los Alpes son muy famosos.

Vamos al mapa y se comprueba que la crítica es acertada.

Otro explica que un pinchazo se arregla en mucho menos tiempo de media hora, como indicaba su compañera en un párrafo del relato.

Si nos hemos detenido un tanto en explicar el desarrollo de una clase concreta es para señalar que, a partir de la lectura de un texto, se pueden introducir nociones gramaticales, literarias, etc., fácilmente asimilables por los alumnos y que, por tanto, puedan aplicar de forma correcta. Más aún en niveles como los que estamos tratando, en los que los conocimientos "teóricos" que el mismo Ministerio exige de los alumnos son muy escasos.

Cualquiera que haya intentado explicar nociones como las de pronombre, nexos, etc., a estas edades habrá podido experimentar en sí mismo las dificultades que tal labor conlleva. Y, sin embargo, hemos podido comprobar con qué facilidad adquirirían estos conceptos nuestros alumnos cuando trataban de evitar una repetición, de enlazar dos frases de manera correcta.

No se deduzca de cuanto llevamos dicho que estamos imaginando una enseñanza desprovista de obstáculos y que no requiera un esfuerzo considerable del profesor y del alumno. En manera alguna creemos en tal utopía. Sencillamente pensamos que, racionalizado, el esfuerzo se hace más agradable y que sus resultados son mucho más fructíferos. En definitiva, se trata de que la creatividad sea, también para el niño, el fundamento de su actitud escolar. Acostumbramos los adultos a creer que estamos transformando el mundo cuando, casi siempre, nos limitamos a pasearnos por él. Y mientras tanto, padres y profesores perma-

necemos ciegos ante el desarrollo revolucionario de quienes nos sucederán. La sociedad intenta confundir al niño con el idiota; es el inútil incapaz de crear ningún sistema válido, sometido al continuo bombardeo de unos adultos que, fundamentalmente, intentan compensar sus frustraciones infantiles afirmando su autoridad sobre el más débil. Al niño no se le intenta comprender, se le ordena. Ni siquiera sus formas comunicativas tienen sentido, de no ser para corregirlas.

Dice Gili y Gaya que "el sistema expresivo infantil es auto-suficiente y dotado en cualquier momento de coherencia interna. Es una organización y no un amontonamiento amargo de expresiones no maduras. Por eso nunca acabamos de antender a los niños" (8). Efectivamente, difícil resulta comprender a alguien si nos reservamos todos los triunfos, si lo que queremos, en definitiva, es autoafirmarnos a partir de la anulación de la personalidad de los demás. Por eso en ningún momento hemos pensado en ofrecer un remedo de obras literarias escritas por niños. Obviamente no resistirían el más mínimo análisis crítico de sus mayores, como tampoco intentamos adoptar una actitud paternal buscando valores ocultos o genios en potencia. Nos limitamos a respetar las posibilidades expresivas del niño, a trabajar sobre ellas y a ofrecerlas a otros niños como medio de entretenimiento y estudio.

Y si en varias ocasiones hemos afirmado que esta experiencia puede ser la base para el desarrollo de las aptitudes lingüísticas del niño, nada más lejos de nuestra intención que pretender hacer de ella un principio absoluto que anule o invalide otras actividades pedagógicas. La enseñanza de la lengua es un proceso tan amplio y rico que malamente soporta recetas por muchas virtudes curativas que parezcan tener. Aprender a expresarse no significa sólo el dominio de unos medios técnicos, sino, fundamentalmente, la capacidad de ir resolviendo nuestras necesidades vitales, adecuando las diversas fases de evolución de nuestra personalidad a unas respuestas lingüísticas que nos permitan resolver las contradicciones que nuestro entorno nos plantea. Por eso cuando recordamos (aún se encuentra esta situación en muchas escuelas de nuestro país) las duras penalizaciones a las que

---

(8) Samuel Gili Gaya, obra citada, pág. 18.

se nos sometía por “hablar” en la clase de lengua española, no sabemos si sonreír o desesperar ante esta curiosa paradoja. Comentando sus experiencias, intercambiando opiniones sobre la película vista o los sucesos acaecidos durante el día anterior, el niño aprende a utilizar su idioma de una forma natural; perdido en la maraña de términos abstractos y en el análisis de frases irrealles, contempla la escuela con la resignación del soldado sometido a una actividad inútil, pero irremediable. Enséñense a una persona las técnicas de la natación partiendo solamente de explicar la composición química del agua, la utilidad y disposición de los músculos, las leyes físicas sobre el empuje de los cuerpos sumergidos en un líquido y que Dios lo ampare la primera vez que, confiado en sus “conocimientos”, se arroje al agua si el nivel de ésta está por encima de su nariz.

Que a expresarse se aprende hablando es una perogrullada que conviene repetir de vez en vez por estas tierras. Y que el diálogo es el método más efectivo para desarrollar la comunicación, resulta tan indudable como útil de recordar cuando nos referimos a métodos y actividades pedagógicas. Por ello nosotros concebimos la clase como una asamblea permanente entre alumnos y profesores, en la que éste tiene un papel preponderante en virtud de sus conocimientos y experiencia, para encauzar los temas, para hacer que el grupo avance desde sus propios descubrimientos a un grado superior que se convierte así en punto de partida para posteriores metas. Pero ni la situación de adultos ni la de profesores nos proporcionan patente de infalibilidad. De ahí la necesidad de someternos, como uno más del grupo, a la crítica y a la fiscalización colectiva. Reconozco que cuando vi mis primeras críticas reflejadas en el *libro de clase* o que cuando se me obligó a reflexionar por parte de algún alumno más desenvuelto sobre alguna actitud mía considerada como arbitraria, sentí —y todavía me sigue ocurriendo en ocasiones— el deseo de echarlo todo a rodar y de imponer los supremos argumentos que durante tantos años había escuchado sentado detrás del pupitre. Y, sin embargo, este primer impulso que nos dictan una educación y una estructuración piramidal de la sociedad se ve ampliamente compensado cuando se comprueba que el grupo es capaz de dictar sus normas y cumplirlas sin la necesidad de la vara, del castigo o de la carrera por las calificaciones. Como el adulto, el

niño llega a comprender y a valorar la necesidad del esfuerzo, del trabajo y de una organización sometida a unas reglas colectivas a partir de sus propios razonamientos. Los fantasmas de la "anarquía", el "caos" y tantos otros se volatilizan también en el mundo escolar cuando nos enfrentamos a una organización colectiva sin querer reservarnos la parte del león. "Al pronunciarnos por una enseñanza activa, nos pronunciamos por un proceso que tiene como misión el poner en marcha la actividad autónoma solidaria y responsable del alumno. El maestro debe dominar una serie de técnicas que le ayuden a poner en marcha este tipo de actividad, que puede que parezca espontánea, pero que no lo es, en el sentido de que el maestro o ha creado la situación concreta que impulsa a la actividad o ha sacado de las situaciones espontáneas lo que tiene de estimulante para el alumno. Sobre todo, el papel del maestro es el de "organizar" la clase, es decir, hacer que surja la situación educativa deseada o aprovechar las situaciones espontáneas..." (9).

Somos conscientes de que una concepción de la enseñanza como la aquí puesta difícilmente se puede llevar a cabo en las actuales condiciones laborales, profesionales y pedagógicas. Más aún: difícilmente se podrá generalizar sin la realización de una serie de transformaciones que afecten al conjunto de las estructuras sociales. Pero la justeza de estas concepciones implica precisamente la necesidad de ir ofreciendo —junto a alternativas globales— experiencias concretas que nos sirvan como modelos prácticos de los que extraer conclusiones y con los que ir corroborando sobre la práctica la justeza o error de nuestras concepciones.

De ahí que, si bien la aplicación de una pedagogía totalmente activa resulta una pretensión demasiado quimérica en nuestras actuales condiciones, no sea ya tan absurdo plantearse honradamente cuál es nuestra contribución diaria al cambio de una sociedad que consideramos injusta. Y qué duda cabe, en este cambio entra la reflexión sobre los fines últimos de nuestra labor, sobre los métodos que utilizamos o los contenidos que transmitimos. Buscar el contacto entre unas nociones o conceptos que

---

(9) *La enseñanza ante un futuro democrático*. Fernando Martínez Pereda, Paloma Portela y Pamela O'Malley (Ed. Ayuso), pág. 92.

nuestros alumnos deben adquirir y la realidad circundante, no es tarea fácil. Sin embargo, habrá sido realizado a costa de la ignorancia, del escolasticismo más conservador y discriminatorio en contra de la concepción estática y clasista de la persona humana.

Muchos somos los que en la actualidad compartimos la creencia de que cualquier actividad repetida mecánicamente anula la creatividad y dificulta la evolución global del niño. Esto significa que la preocupación primordial del educador —con la colaboración activa de los alumnos— debe centrarse en ir ligando los aspectos de la vida cotidiana a las actividades de la clase. Una noticia periodística, una disputa, la construcción de la casa situada junto al colegio o un partido de fútbol nos puede ofrecer tanto material de trabajo como el más completo de los manuales. Sobre todo si somos capaces (y, afortunadamente, cada vez son más los textos escolares que lo permiten) de ir aunando ambos aspectos, de que los chicos aprendan a utilizar los libros sacando conclusiones e interpretándolas a partir de su experiencia y con su lenguaje. El libro debe ser un material más de consulta y trabajo, no el catecismo donde se comprendían verdades expresadas en un lenguaje cabalístico. Siempre —insistimos— con el doble propósito de reflejar y recoger los problemas vitales del niño, y de transmitirle nuestras orientaciones y experiencias. En este sentido, estamos seguros de que el aprendizaje de la Gramática se puede ligar perfectamente a la realidad viva y polifacética del idioma cotidiano. Antes decíamos que una enseñanza abstracta y gramaticalizada del idioma —olvidando las necesidades expresivas del niño— sólo conduce a unas piruetas más o menos ingeniosas que de poco provecho podrán servir para el perfeccionamiento lingüístico. Ello no implica, sin embargo, que desechemos las grandes ventajas que aporta la reflexión sobre nuestros propios sistemas de signos, sobre su desmenuzamiento y análisis. Si bien es cierto que el ajedrez se aprende jugando, no lo es menos que un estudio adecuado de las posibilidades de movimiento de las piezas, de las distintas aperturas y defensas realizadas por los grandes maestros resulta indispensable para quien desee pasar de lo meramente empírico a la reflexión racional sobre el juego que está practicando. Caer en un practicismo autosuficiente resultaría tan anacrónico como defender el anterior

memoricismo de conceptos abstractos. Como dice Bertil Malmberg: "... la Gramática puede enseñarse sin una terminología complicada y esotérica y rechazando la memorización de las excepciones aisladas. Ha de enseñarse, tanto a los niños como a los adultos, por medio de la familiarización con modelo (*patterns*), de los cuales los más frecuentes deben ir delante para que, a base de ellos, pueda el alumno por sí solo alcanzar su dominio lingüístico gracias a una *creación activa*" (10).

Así pues, ni paternalismo didactorial ni rechazo del papel que el enseñante debe cumplir de manera inexcusable. Decir que la "escuela ha muerto" nos parece majadería equivalente a afirmar que la sociedad ha desaparecido. Una y otra no mueren, se transforman según unas leyes históricas, de la misma manera que cambian las expresiones artísticas o el lenguaje a los pueblos. El papel del educador no disminuye ni pierde importancia con la introducción de los métodos activos; por el contrario, adquiere su verdadera dimensión cuando dejar de servir a los fines de quienes pretenden mantener sus privilegios a toda costa, y contribuye poderosamente al avance de la sociedad. El niño recobra también su incuestionable condición humana cuando accede, en igualdad de derechos y deberes, al mundo del estudio y de la responsabilidad, del ocio y de la diversión a partir de unas pautas de comportamiento elaboradas por todas las parcelas de la sociedad.

### CALIGRAFIA, ORTOGRAFIA Y OTROS "ASPECTOS TECNICOS" EN LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA

Una de las tantas cosas que nos ha sorprendido en nuestra experiencia de enseñantes es la aplicación de los criterios estéticos a la letra de los alumnos. El mismo término *caligrafía* lleva consigo esa connotación que, si bien resulta medianamente comprensible antes de la invención de la imprenta (y, sobre todo, en la época de los copistas), se aviene más con nuestro mundo actual.

---

(10) Bertil Malmberg: *La lengua y el hombre* (Ed. Istmo, Madrid).

Si se quiere expresar la necesidad de que una letra sea legible o que represente —hasta los grados en que esto es real— la personalidad del individuo, de acuerdo. Pero si las expresiones “letra bonita” o “fea” responden a categorías similares a las que se emplean en el mundo del arte o de la moda, entonces tenemos que admitir nuestra total ignorancia en lo que se refiere a “lo bello y sus formas”. Por tanto, vamos a abandonar el curioso terreno de la estética aplicando a la grafía (por qué no a los números, por ejemplo) para quedarnos en el terreno más prosaico de la utilidad.

Los escolares de tiempos pasados hemos sentido el martirio de las planas, las falsillas y las rotulaciones con toda su crudeza. Y, sin embargo, nuestra evolución ha hecho que al escribir reflejemos los rasgos de nuestra personalidad por encima de letras inglesas y rasgos amanerados. Lo más que se ha conseguido con estos métodos ha sido que, a fuerza de chupar el lápiz y componer trazos, algunos olviden la mitad de la frase que quieren anotar.

Nuestros alumnos (recuérdese siempre que nos referimos a escolares de diez y once años) convierten los tediosos ejercicios de rotulación en un trabajo altamente motivador, ya que procuran esmerarse en los títulos de sus narraciones, o de sus temas, de manera que queden perfectamente trazados los rasgos que indican sus nombres, edades, títulos de los capítulos o apartados del trabajo, etc.

Más importante que lo anterior resulta para ellos el hecho de que sus trabajos en general —en este caso, sus narraciones— sean leídos por sus compañeros y utilizados como material de trabajo, puesto que la poca claridad o diferenciación de unos rasgos podría anular un trabajo cuidadosamente realizado y del que esperan los comentarios del compañero o del profesor. No es, pues, de extrañar que la utilización de los métodos naturales aumente también los rendimientos en este terreno, cosa que cualquiera podrá demostrar fácilmente con los trabajos de chicos que jamás utilizaron cuadernos o muestras de caligrafía.

Una vez más tenemos que recordar que no estamos planteando una evolución “anárquica” del niño. Serán necesarios, desde la etapa preescolar, ejercicios de coordinación motora y de lateralidad para lograr el dominio del trazo (laberintos, representación



de objetos circulares, rectilíneos, etc.). En este sentido remitimos al lector a la *Guía didáctica para la enseñanza de la lectura y escritura*, Ed. Grijalbo, S. A., Méjico, 1968. En esta obra podrá encontrar una amplia gama de ejercicios y juegos sumamente útiles y ligados a las actividades cotidianas del niño.

El primer hecho paradójico que queremos señalar en la enseñanza de la ortografía es su vinculación exclusiva al área lingüística. La compartimentación de los conocimientos de las formas expresivas es tan absurda en nuestro sistema educativo que se llega a la aberración de pasar por alto unos errores ortográficos en cualquier materia que no sea la Lengua o Literatura, en la que son severamente reprendidos y castigados con infinitas repeticiones. Cuando, sin la enseñanza de esa normativa tiene un valor real, lo debe tener en cualquier manifestación expresiva, con independencia del asunto que se esté tratando. Imaginemos las curiosas situaciones que se producirían, por ejemplo, de exigir la aplicación correcta de las reglas del cálculo solamente en el área matemática: un niño podría afirmar que su casa es mayor que la ciudad en que vive por aplicación incorrecta de estas reglas y tendríamos que admitirlo a pies juntillas. Se nos dirá que esto es una exageración y, por tanto, una situación irreal. Lo admitimos, pero consideramos esta posibilidad mucho más cercana a cualquier enseñante. Si en alguna exposición o comentario —oral o escrito— un alumno “baila” unas fechas y habla del siglo LI refiriéndose al Renacimiento, rápidamente compañeros y profesor le harán caer en la cuenta de su error y éste quedará rectificado satisfactoriamente. Sin embargo, ¿cuántas veces comentamos o corregimos expresiones incorrectas, párrafos carentes de cualquier signo de puntuación o errores ortográficos en actividades que no sean específicamente lingüísticas? La situación se hace especialmente grave en la enseñanza de un segundo idioma que, generalmente, sirve más para destrozar el nuestro que para comprender y utilizar el ajeno.

En la mayor parte de los países europeos se considera la enseñanza del idioma como algo en lo que toda la comunidad —y especialmente toda la escuela— tiene que participar. Como en tantas otras cosas durante estos últimos años, la “originalidad” de nuestra clase dirigente ha consistido en crear compartimentos-estanco, saberes separados que difícilmente se pueden con-

jugar con las necesidades que el desarrollo histórico impone. "En la práctica este proceder se traduce en un aislamiento estanco de cada disciplina que no tiende a relacionarse ni siquiera con las próximas a su campo. Resulta inconcebible relacionar en los programas y en las actividades a profesores y alumnos de Lengua o Matemáticas, ver cuáles son las variables del lenguaje y cuáles las variantes, qué es función en abstracto y qué es función n Lengua, por ejemplo. Relacionar tras la búsqueda de minerales la Geología con la Geografía-Historia y la Sociología, y ver cómo este mismo mineral posteriormente analizado por el profesor de Física y el de Química crearían alumnos curiosos, trabajadores y activos capaces de comprender, distinguir y ver las relaciones que unen la parte con el todo" (11).

Una vez establecido este criterio general sobre la necesidad de interrelación y globalización de las materias, veamos algunas de las características de la enseñanza tradicional de la ortografía.

Lo primero con lo que el profesor se encuentra a la hora de "enseñar" esta materia es un cúmulo de reglas que debe hacer memorizar a los alumnos. Que dichas reglas resultan, en general, perfectamente inútiles es algo que no parece necesitar razonamientos excesivamente profundos desde el momento en que la mayor parte de las personas que escriben con una ortografía más o menos correcta sería incapaz de repetir ni siquiera media docena de estas normas. Desde luego, hay que distinguir entre las que tienen una motivación fonética (*c/z*, por ejemplo) y las que son tan arbitrarias como las mismas representaciones gráficas de algunos sonidos.

Intentar explicar a un alumno que existe alguna razón para escribir *coger* frente a *mujer* conduce a la enumeración de esas letanías diabólicas de reglas, ejemplos y excepciones que, afortunadamente para los alumnos, se olvidan inmediatamente después de enunciadas. Todavía en la actualidad se escribe, en libros destinados a niños de siete u ocho años, la siguiente maravilla del absurdo pedagógico: "Se escriben con *h* inicial aquellas palabras que en latín comenzaban con *f*." Si de lo que se trata es de justificar que todo lo que el niño aprende ya ha sido razo-

---

(11) *La enseñanza ante un futuro democrático*, pág. 25.

nado por sus mayores, proponemos la siguiente variante: "Empezan con *b* las palabras que se inician con esa letra."

Surrealismos docentes aparte, pensamos que —además de las que tienen esa justificación fonética, y que, por tanto, son verdaderas reglas o verdaderas excepciones de otras normas de transcripción de sonidos— se pueden establecer criterios lógicos mnemotécnicos para que los alumnos agrupen palabras cuyo comportamiento gráfico es similar. Por ejemplo, si encontramos en un escrito la palabra "paisage" (*sic*), podemos solicitar del grupo que enuncie otras cuyos últimos sonidos coincidan con los de ésta. Después de elaborar una lista lo más amplia posible, ellos mismos llegarán a la conclusión de que en todos estos términos se escribe *j* y nunca *g*. O ligada a la explicación sobre los tiempos verbales, siempre podemos recordar la forma de escribir la terminación *-aba*.

Igualmente se pueden realizar otros muchos ejercicios relacionados con la ortografía a partir de la elaboración colectiva de listas de derivados, de formación de conjuntos de palabras que presentan características comunes, de utilización de términos, cuya ortografía se preste a confusión, etc. De éstos, se pueden encontrar ejemplos bastante útiles en los libros del Equipo Didáctico dirigido por F. Lázaro Carreter y destinados a la segunda etapa de E. G. B.

De cualquier forma, nuestra confianza en las posibilidades de estos ejercicios es muy limitada y, desde luego, siempre les asignamos una función complementaria en la enseñanza de la lengua.

Casi lo mismo se podría decir sobre la utilidad de los tradicionales dictados: su uso y abuso en nuestras aulas los ha convertido en un mero ejercicio mecánico, más útiles, desde luego, como ejercicio de "disciplina" escolar que como fijación de grafías. No es lo mismo comprobar, de tarde en tarde, los avances de nuestros alumnos a partir de un fragmento por ellos copiado —fragmento que puede proceder de sus propios escritos, ser leído por uno de ellos y corregido en común—, que someterlos a la absurda rutina de reproducir fragmentos que, muchas veces, ni siquiera comprenden. Una concepción más eficaz de los dictados nos llevaría a realizarlos partiendo de sus diálogos, de sus trabajos, sean de la índole que fueren, de cualquier frase o comentario que realicen.

Con todo, lo que antes afirmábamos respecto a reglas y ejercicios ortográficos, vale también para los dictados: se trata de prácticas coyunturales que, en manera alguna, pueden constituir la base para la enseñanza de ninguna actividad lingüística y, mucho menos, para justificar una división parcelaria de ese conjunto uniforme y vivo que es nuestro idioma.

Hechas estas breves consideraciones sobre la enseñanza tradicional de la enseñanza de la ortografía, veamos lo que para nosotros deben ser los pilares en que esta disciplina se apoye. Eso sí, a fuerza de reiterativos, tenemos que insistir en que la división que establecemos entre este aprendizaje y el de la Lengua en su conjunto —y más ampliamente, con el de todos los saberes y habilidades que significamos con el término *cultura*— queda establecida simplemente a efectos expositivos, nunca metodológicos.

Uno de los párrafos de los tantos que acostumbro a recordar con cariño de las *Aventuras de Guillermo* es aquel que describe el afán que los proscritos ponían en redactar un anónimo o una petición de rescate. Cada palabra era cuidadosamente examinada por el grupo, consultada en caso de duda en el diccionario para que el mensaje no delatara la edad e “incultura” de sus autores.

No en otra cosa se basa nuestro intento de la enseñanza de la ortografía. Si los niños se acostumbran a respetar sus trabajos (no olvidemos que, para ello, debemos empezar valorándolos nosotros), la corrección en la escritura de sus palabras tendrá tanta importancia como la limpieza, el orden en la exposición, la coherencia narrativa y el mismo mensaje que transmiten. Si, además, la norma habitual de trabajo es el grupo, la consulta a los compañeros, profesores o diccionario, según los casos, se irá haciendo cada vez más frecuente. De acuerdo con el aforismo inglés que establece “dos cabezas piensan más que una”, la ayuda que entre sí se pueden prestar los alumnos sobrepasa con mucho a la que el *magister* puede aportar a cada uno de los alumnos por separado.

Según lo antes expuesto, nuestros alumnos deben repasar sus trabajos antes de ponerlos en común; consultar sus dudas con el profesor o el diccionario y, en el supuesto de que un grupo no haya hecho todo esto, la clase se encargará de criticarles por presentar un trabajo con deficiencias o errores. En las “puestas en

común" se cuida especialmente el nivel expresivo, discutiéndose aquellos matices que puedan hacer confusa una idea. Por ello, antes de pasar a la lectura y comentario de un relato, sus autores —o autor— tendrán que haber trabajado cuidadosamente en la ortografía, puntuación, etc. Si no ha sido así, el trabajo se rechazará por inacabado e incompleto.

Con las anteriores afirmaciones en manera alguna queremos insinuar que chicos de diez u once años dominen la ortografía. De lo que sí estamos seguros es de que con estos métodos se consigue, al menos, que el aprendizaje ortográfico vaya unido al resto de los aspectos de la enseñanza y que, por tanto, el número de dudas vaya quedando paulatinamente relegado al de términos de uso menos frecuente.

Existe otro aspecto cuyas virtudes son reconocidas por casi todo el mundo y en cuya importancia no vamos a insistir por ser demasiado evidente. Nos referimos a la lectura como una de las bases del aprendizaje de la Lengua y de la ampliación del ámbito cultural. Eso sí, creemos que el educador tiene la obligación de dedicar una atención especial a que los niños lleguen a sacar el mayor jugo posible de sus lecturas infantiles. Y para esto, además del comentario colectivo, se necesitan otra serie de actividades a las que, en nuestra opinión, no se concede la debida importancia. De una parte, una selección adecuada de obras para cada edad hará que el niño encuentre reflejados sus problemas e inquietudes en éstas, y que, por lo mismo, se desarrolle su afición a la lectura. Afortunadamente cada vez es mayor el muestrario que se nos ofrece a los enseñantes, y la calidad de traducciones y antologías aumenta a diario.

Antes —y todavía hoy— se establecía un curioso divorcio entre lo que el niño "leía" en la escuela y las obras que devoraba fuera de ella. Para la primera solían quedar los fragmentos de obras clásicas —no siempre bien elegidos—, en tanto que las novelas de viajes, piratas y del lejano Oeste quedaban para casa o para la biblioteca.

Ni que decir tiene que nuestra mayor preocupación debe estar en superar esta división nefasta: una obra *clásica*, introducida a destiempo e impuesta artificialmente al niño, sólo conseguirá crearle un rechazo difícilmente subsanable en el momento en que realmente sintiera la necesidad vital de leerla.

Además de la importancia que en sí misma tiene una selección adecuada de las obras que formen la biblioteca de clase, existen otras experiencias también interesantes. Por ejemplo, el fomentar el intercambio de libros entre los chicos, el ampliar la biblioteca con los que traigan de casa, el elaborar listas a partir de sus sugerencias o comentarios, son todos métodos que vienen a coincidir en la necesidad de que el niño tenga una parte fundamental en la selección de sus lecturas.

Una selección adecuada de la biblioteca de clase nos aportará también un valioso material para realizar comentarios de textos. Tanto la obra en su conjunto como fragmentos significativos de ella, pueden dar pie a multitud de comentarios y ejercicios que descansen en un interés demostrado por los alumnos hacia el texto en cuestión. Incluso ellos mismos nos pueden dar la pauta del libro que debemos comentar si les pedimos que vayan realizando resúmenes y comentarios de sus lecturas. Un método que nos ha proporcionado excelentes resultados es el siguiente: se elige un cuento o narración no demasiado extenso para su lectura colectiva en la clase. Una vez leídos y comentados sus diversos aspectos generales (vocabulario, desarrollo argumental, etcétera) se elige un determinado fragmento bien por el interés que haya suscitado, bien porque ofrezca especiales dificultades. Este fragmento se reproduce a multcopista y se entrega a cada uno de los alumnos para su explicación y comentario detallado. Naturalmente, este método se puede aplicar también a obras de teatro y —más fácilmente aún— a poemas o fragmentos de prosa poética (P. ej., *Platero y yo*).

El último aspecto, que ya señalábamos antes, consistiría en completar la biblioteca de la clase con sus propios trabajos y relatos, y esto no sólo en el área de Lengua, sino como sistema a aplicar en todas las actividades del saber. Una vez más se trataría de conjugar el saber libresco y frío con el descubrir cotidiano por parte del niño del mundo que le rodea. Compañeros nuestros han experimentado este sistema en el Área de Experiencias (Naturaleza y Sociedad) con unos resultados que sobrepasaban las previsiones más optimistas. Lo ideal sería que nuestro sistema educativo permitiera un auténtico intercambio entre los chicos de diversos centros de manera tal que sus trabajos tuvieran una proyección exterior y pudieran contrastar sus expe-

riencias a partir de los trabajos de otros escolares de su misma edad, y no siempre teniendo como paradigma las obras acabadas de los adultos. Unas y otros llegarían así a una unión científica, por encima de las clasificaciones maniqueas que tan poco favorecen el aprendizaje. Llevada la quimera hasta sus últimas consecuencias, por qué no propiciar un intercambio no sólo de material, sino entre alumnos de una misma ciudad y, mejor aún, entre alumnos de zonas rurales y urbanas, por no decir ya de distintos países. En un país con bastantes niños sin escolarizar y otros deficientemente escolarizados, con un profesorado económica y socialmente infravalorado, pensar en situaciones como la que acabamos de exponer necesariamente tiene que sonar a burla grotesca. Y, sin embargo, nuestro optimismo nos lleva a afirmar que situaciones más difíciles se han transformado y que los enseñantes podemos decir bastante al respecto.

## PERFECCIONAMIENTO DE LA EXPRESION VERBAL Y LECTURA COMPRENSIVA

Hoy, aunque tal vez menos que en el pasado, el profesor de Lengua sigue considerando la palabra escrita como base del aprendizaje del idioma. Esta concepción está tan arraigada en nuestra sociedad que, a pesar de Saussure y del ingente número de voces que proclaman la prioridad de la palabra sobre el escrito, seguimos concibiendo el aprendizaje de la Lengua como el dominio de la escritura. Reflexionemos si no sobre nuestra práctica docente. ¿Acaso reprendemos a algún niño por escribir en clase de Lengua? Pocos profesores podrían contestar afirmativamente a esta pregunta y, sin embargo, nada más habitual que la amonestación —en cualquiera de sus múltiples formas escolares— contra el niño que osa hablar en clase de lenguaje, contradicción equivalente a la de impedir pintar en tiempo de dibujo. Pero ocurre que nuestras normas escolares acaban por constituir un fin en sí mismas. El silencio —dentro de la disciplina académica— termina por imponerse en toda circunstancia o situación. Avalado por siglos de prácticas, el profesor que no lo “consiga

imponer" en su clase será inmediatamente tachado de incompetente o, de manera más benévola, de joven inexperto. En algún lugar, que ahora no recuerdo, leí que un grupo de profesores de I. C. E. pidieron permiso en un Instituto de Enseñanza Media para realizar unas prácticas con los alumnos. Entre ellas estaba la de comprobar los resultados que se podrían obtener en una clase donde los alumnos pudieran expresarse libremente, usando para ello el sistema comunicativo más perfecto del que estamos dotados: la palabra. Ante tamaña incursión en el terreno del "ruido", el director del Centro puso de patitas en la calle a alumnos y docentes por considerar que se había violado el sacrosanto silencio que la casa merecía. Tal vez si se hubiera tratado de sordomudos la experiencia habría podido continuar y hoy conoceríamos sus resultados.

A todos, y a nosotros los primeros, nos cuesta trabajo dejar de recordar a nuestros alumnos que deben "callar" en la clase de Lengua. Y, sin embargo, pensándolo bien, deberíamos concluir que nada más positivo puede haber para ellos que un ejercicio correcto y adecuado de sus posibilidades expresivas. Y ello no significa un guirigay continuo en cualquier momento o situación. Por el contrario, la misma lógica —que no discrimina edades— puede establecer unas normas operativas para el funcionamiento de la clase. Así, si un alumno o el profesor están hablando, para cualquiera resulta obvio que no se deben producir interferencias, y que, por tanto, se requiere una actitud de respeto y atención. Igualmente los chicos llegan a diferenciar de manera clara la palabra del grito, con lo que durante la realización de ejercicios, textos libres o cualquier otra actividad que no implique una atención generalizada, el abortar la expresión oral no deja de constituir una absurda paradoja por parte de quien pretende ser profesor de un idioma.

Así pues, el desarrollo verbal tendrá que partir de las propias necesidades expresivas del niño, que se materializan en un intercambio de opiniones sobre su última salida de Madrid, el penalty fallado por el jugador favorito o ese compañero que no le comprende. En esto, como en muchas otras cosas, la viveza de expresión, la riqueza de matices del habla son insustituibles. Dicho con otras palabras, "... los tipos de sustancia gráfica que el individuo puede producir están sujetos a unos límites compa-



rativamente más estrechos. Además carecen de la libertad del efímero acto del habla" (12).

Partiendo, pues, del principio de que hablar se aprende hablando, las *puestas en común*, *asambleas de clase* y todas las actividades colectivas basadas en la palabra constituyen excelentes ocasiones para el desarrollo de la expresión verbal de nuestros alumnos. Que los niños aprendan a exponer su pensamiento de manera coherente e inteligible, que puedan expresar sus vivencias o sus dudas mediante la combinación adecuada de los diversos recursos lingüísticos que su idioma les ofrece, y, más allá, que aprendan a escuchar y valorar reflexivamente los mensajes de sus compañeros son, a nuestro entender, los objetivos prioritarios que todo profesor de Lengua se debe fijar. La clase, pues, debiera convertirse en un diálogo continuo que constituyera la base para los posteriores análisis y reflexiones idiomáticas. Pero ello no sólo implica una actitud respecto al método a adoptar, sino que fundamentalmente supone una concepción del habla como algo personal y dinámico en la que no caben limitaciones academicistas ni menos aún actitudes de falsa mojigatería. El ejemplo más claro de este último apartado lo constituyen el empleo de las interjecciones y, dentro de ellas, de los *tacos*. Todos los recuentos y estadísticas demuestran que las palabras llamadas malsonantes tienen una importancia fundamental en la expresión espontánea de nuestros alumnos (no podía ser de otra manera, si esta circunstancia se da también en los adultos) y, sin embargo, ¿cuándo abordamos seriamente este aspecto en una clase de Lengua? La política del avestruz alcanza tales dimensiones que la mayor parte de los escolares hemos aprendido a consultar el diccionario a partir de la lectura oculta de unos vocablos que jamás llegaron a pronunciarse en el sacrosanto recinto del aula y, menos aún, se hicieron dignos del análisis o comentario académico. Como otras tantas cosas, "no existían". Así de sencillo. Tan impregnados estamos de un moralismo medieval que la ciencia del lenguaje se ha basado en la negación de la evidencia y la censura, supremas leyes dialécticas que respaldadas por la autoridad del *magister* han luchado en vano por poner diques al mar. Afortunadamente allí

---

(12) W. A. Bennett: *Las lenguas y su enseñanza* (Ed. Cátedra, Madrid), pág. 33.

estaba el amigo o el libro a ocultas consultado para enseñarnos lo que nuestro desarrollo biológico exigía y la familia y la escuela nos negaban. Claro que, en muchos casos, sólo sirvieron para aumentar nuestras incomprensiones y dudas, pero, de todo ello, ¿qué culpa tienen las instituciones sociales? Si se hubieran limitado a estudiar los ríos de España o a leer los fragmentos sabiamente seleccionados por sus mayores, otro gallo les cantara.

En definitiva, los profesores de Lengua actuamos tan de espaldas a la realidad como el legislador que dictaminara cuáles son los delitos que los ciudadanos pueden cometer y cuáles no "existían", aunque a diario los recogieran los periódicos.

Si nos hemos detenido un tanto en estas consideraciones sobre las palabras "secretas" no sólo ha sido por considerar que éstas ofrecen un material de estudio nada despreciable, sino fundamentalmente por estimar que nos proporcionan una magnífica oportunidad para unir el hecho lingüístico a las necesidades vitales del niño. Se trataría de huir de las definiciones gratuitas y de la repetición mecánica de conceptos para devolver al lenguaje las posibilidades de comunicación de experiencias y de organización del pensamiento que le corresponden. Como dice Vygotsky (13), "la experiencia práctica demuestra que la enseñanza de los conceptos es imposible y estéril. Un maestro que intenta hacer esto, generalmente no logra más que un verbalismo hueco, una repetición de palabras por parte del niño, que simulan un conocimiento de los conceptos correspondientes, pero que, en realidad, sólo encuentran un vacío".

Y este verbalismo hueco, esta palabrería que convertía a nuestros escolares en recitadores de conceptos abstratos no eran más que el reflejo de unos presupuestos ideológicos de un régimen político que siempre se preocupó más de vencer que de convencer... La pobreza verbal de nuestros discursos y declaraciones oficiales, cubierta del ropaje seudopoético de un simbolismo trasnochado, no podría sino tener su continuación en las aulas. Remitimos al lector interesado en el tema a la obra de Amando de Miguel.

Hablamos más arriba de la necesidad de unir el hecho lingüístico a los procesos vitales del niño. Decir educación sexual en

---

(13) *Pensamiento y lenguaje*. Ed. La Pléyade, Buenos Aires.

nuestro país y traer a colación todos los viejos demonios de la corrupción infantil, de la pornografía y la indecencia es todo uno. Y, sin embargo, los mismos honrados ciudadanos que componen la figura y el habla para referirse a estos "escabrosos" temas en presencia de sus hijos mantienen toda la amplia gama de publicaciones, espectáculos y "casas de distracción" que llenan nuestras ciudades. Pero es que, hijo mío, "cuando seas padre, comerás huevo". Y, si en vez de tratarse de un varón es una niña, la situación es más clara todavía: ni que yo fuera a educar a mi hija para puta. Faltaría más. No podemos resistir la tentación de reproducir aquí las palabras de Enrique Herrera Oria en su capítulo dedicado a la "educación de la mujer española". Decía así el Consejero de Instrucción Pública: "Las ideas que Luis Vives expuso en su tratado sobre la educación de la mujer pueden, fundamentalmente, admitirse en los tiempos actuales: "El hombre es para ganar; la mujer, para guardar." La mujer debe ocuparse de los trabajos de casa y prepararse para su futura misión de madre. La mujer puede y debe ser también culta en muchos casos. Por tanto, como dice Luis Vives, la preparación de la mujer para la vida debe ser específica y separada del hombre, ya que tiene distintas cualidades fisionómicas, anímicas, y que va a cumplir una misión distinta de la del hombre... "Mussolini ha sentado el principio de que hay que reducir el número de mujeres empleadas para que se dediquen a su misión principal que es el gobierno de la familia" (14).

Lo importante, lo realmente trágico de esta situación, es que estas palabras (mejor dicho lo que ellas representan) hayan calado en las mentes de amplios sectores de la sociedad y que aspectos como el de la coeducación o la educación sexual se sigan considerando, cuando menos, como lujos a añadir a la educación del niño. En el mejor de los casos, el profesor de Ciencias Naturales se encarga de explicar un poco lo de los espermatozoides, los órganos genitales y algunos otros aspectos más o menos "asépticos" de la reproducción en el hombre. Fuera quedan la explicación de los verdaderos impulsos y sensaciones que se están desarrollando en el adolescente, las inmensas lagunas sobre la masturbación, los términos empleados desde hace mucho tiempo y

(14) Enrique Herrera Oria: *Historia de la educación española* (Ed. Veritas), pág. 437.

cuyo sentido se empieza a entrever ahora. Y aquí es donde cobra para nosotros su verdadero sentido el trabajo en Equipo y, en este caso, la aportación del profesor de Lenguaje. El es quien tiene que completar esta educación sexual (aportada por los demás profesores, por el psicólogo), buscando las connotaciones eróticas del idioma, explicándolas y comentándolas con sus alumnos desde la crudeza de un habla que no admite ambigüedades, dejando de jugar a moralista y enfrentándose a la lengua como el general se enfrenta a la guerra. Y como complemento de esta labor, también debe aportar su información con aquellas obras literarias en las que el niño va a encontrar situaciones similares a las que se le están planteando a él (pensamos ahora en *El camino*, de Delibes, por ejemplo).

Volviendo, pues, a nuestra intención primera de contar una experiencia pedagógica, anotamos aquí que realmente hemos podido observar una gran resistencia por parte de nuestros alumnos a "hablar" de sus verdaderos problemas, a hacer públicas sus sensaciones. La pubertad es el tiempo de los grandes secretos, de la fe ciega en el amigo con el que todo se comparte, y eso casa mal con la colectivización de algo que no se acaba de comprender del todo. Especialmente si existe la intervención de unos adultos que tienden a ridiculizar cualquier problema que no sea el suyo. Por eso, el educador debe actuar en este tiempo con una discreción especial, de manera tal que pueda ayudar a sus alumnos a partir de su mayor experiencia, pero siempre desde el presupuesto de que él puede ser un complemento útil, nunca un agente determinante. Pacientemente, el profesor de Lengua puede hacer que la expresión —verbal o escrita— vaya atacando las verdaderas inquietudes del grupo, devolviendo al habla toda la riqueza de matices espontáneos que nuestros alumnos dejan colgados junto con sus abrigo al entrar en clase. En una palabra, los profesores debemos esforzarnos para que los temas que se discutan en clase guarden la mayor relación posible con las inquietudes y problemas de nuestros alumnos.

En este mismo terreno de la expresión oral son muchos los ejercicios que se pueden realizar para lograr una mayor fluidez en la exposición y corregir los defectos más notorios, aunque tal vez los más socorridos sean aquellos que proponen definiciones de objetos y de términos sin mover las manos ni gesticular. El

grupo deberá estar especialmente atento durante los mismos para evitar que se utilicen muletillas, términos vagos o poco aplicables a la palabra que se está definiendo, etc. También hemos utilizado como ejercicio de atención y expresión el clásico juego de las películas: la clase se divide en grupos de tres o cuatro chicos y cada uno de éstos tiene que decir las palabras que forman el título de una película, insertándolo en una exposición libremente elegida. Imaginemos que, por ejemplo, un grupo ha elegido LA ULTIMA CARGA como título. Cada uno de sus componentes procurará hablar durante unos cinco minutos de lo que desee, introduciendo, en medio de su charla una de estas tres palabras (LA, ULTIMA o CARGA). A continuación, los otros miembros del grupo harán lo mismo, y finalizadas todas las exposiciones, el resto de la clase procurará adivinar cuál era el título camuflado. Este mismo sistema se puede aplicar a título de novelas, nombres de ciudades, etc. En cualquier caso, lo importante es buscar un sistema que conjugue la necesidad de una atención colectiva con el hecho de que los chicos tengan que hablar de la forma más imaginativa y coherente posible. Para ello suelen resultar bastante eficaces también las conferencias sobre temas propuestos por la clase o elegidos por el conferenciante, realizándose en ambos casos el correspondiente coloquio. Asimismo se pueden hacer composiciones colectivas (un alumno empieza a hablar, continúa otro desde el punto en que el anterior lo dejó, y así sucesivamente), identificar elementos incongruentes en una exposición, etc. Como orientación, remitimos al lector al libro de Wilma Jo Bush y Marian Taylor *Cómo desarrollar las aptitudes psicolingüísticas* (Ed. Fontanella).

Por lo que se refiere a la lectura en voz alta, poco hay que decir, puesto que la mayor parte de los alumnos de estas edades no presenta problema alguno. Quizá convenga señalar que estos chicos, que en su mayor parte han aprendido a leer mediante la aplicación del método global, tienen muchísimas menos dificultades —y no sólo de comprensión— que aquellos compañeros suyos que lo hicieron silabeando. De todas las maneras, sí creemos necesario insistir en la necesidad de que lectura y comentario vayan unidos, tanto si se trata de la lectura de una obra literaria como de sus propios trabajos o relatos. El desligar la lectura de las demás actividades lingüísticas sólo sirve para con-

vertirla en una actividad mecánica y, a la larga, inútil. Nos encontramos en una época del desarrollo vital del niño en la que podemos sacar gran partido de la lectura colectiva no sólo como motivo de reflexión lingüística, sino también como introducción literaria al compás de los ritmos que se vayan marcando en otras materias.

## LOS LIBROS MAS LEIDOS EN EL COLEGIO Y SU INFLUENCIA EN LOS RELATOS INFANTILES

“Imaginad por un momento un hombre alto y apuesto, delgado, con una salud a toda prueba y un aspecto que confiera a su rostro y a su cuerpo la inconfundible nota viril de una juventud madura, hasta el punto de hacerle aparentar diez años menos que los cincuenta ya cumplidos.”

“Así empieza una famosa y leída novela del francés Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*, uno de los libros más leídos en nuestra clase, con sus 255 páginas.” (De un periódico escolar de 4.º de E. G. B. del Colegio Siglo XXI.)

A continuación, nuestro joven corresponsal presenta la lista de los libros más leídos en la clase durante el primer trimestre del curso 76-77:

DELPHINE Y MARIETTE.  
DELPHINE Y MARIETTE Y EL GATO ALFONSO.  
LOS VIAJES DE GULLIVER.  
TACHO.  
ROBIN DE LOS BOSQUES.  
20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO.  
LA ISLA DEL TESORO.  
SANDOKAN.  
BEN-HUR.  
LA ISLA MISTERIOSA.  
AVENTURAS DE TOM SAWYER.  
EL PRINCIPITO.  
LA CABAÑA DEL TIO TOM.  
IVANHOE.

LOS CINCO EN LA GRANJA FINISTON.  
EL EMPERADOR CIGUEÑA.  
LOS CUENTOS DE GUILLERMO.

En un apartado anterior nos referíamos a la necesidad de una selección adecuada y dinámica de las lecturas infantiles, a partir de la cual el gusto por el libro vaya adecuándose a las necesidades evolutivas del niño. Vamos ahora a presentar nuestras impresiones sobre la atracción que los distintos autores ejercen en nuestros alumnos y sobre la huella que, en consecuencia, dejan en sus relatos y redacciones.

Como afirmación previa tenemos que hacer constar que, como en los demás aspectos del aprendizaje, la selección de textos y autores deberá tener una unidad y coherencia a lo largo de toda la etapa escolar; razón por la cual nos vemos en la imposibilidad de reflejar aquí ni siquiera una parte significativa de los libros que nuestros alumnos han ido leyendo y comentando durante su estancia en el colegio: solamente las listas de libros existentes en las clases nos ocuparían más de treinta folios. Y a ellas habría que añadir los que los chicos leen en sus casas, los que se intercambian, etc. Así pues, nos limitaremos a aquellos autores cuyo influjo creemos ha sido más notorio para las edades que estamos analizando, tomando como punto de partida los que leyeron el año anterior que, para mayor fiabilidad, hemos reproducido de un periódico escolar.

Empezando, pues, por Julio Verne, hay que reconocer que efectivamente ocupa un lugar bastante destacado entre los autores preferidos por los niños de nueve a doce años. Tanto su forma de introducir a los personajes como las descripciones indirectas de los aspectos científicos (generalmente a través de una explicación dada a alguien poco "introducido en la materia") continúan ejerciendo una gran fascinación en el público juvenil. Si a esto añadimos el que también los argumentos se han hecho más verosímiles en nuestra época, no debe extrañarnos encontrar continuas referencias a este autor en un porcentaje bastante significativo de los relatos que ofrecemos. Véase, a este respecto, la mezcla de *Escuela de Robinsones* y de *La Isla del Coral* (otro "best-seller" a estas edades) que constituye la narración titulada *La isla de los tres días*.

Aunque a veces mezclado con el anterior, el lector interesado podrá descubrir claras referencias a R. Bradbury, sobre todo en las narraciones de los chicos de once años. Porque, conforme se va desarrollando el gusto literario de nuestros alumnos, observamos cómo aumenta su afición por las *Crónicas marcianas* y, antes aún, por los *Cuentos del futuro*. En nuestra opinión, algunos chicos han sido capaces de recoger una de las características que más nos identifican con ese autor: su facilidad para envolver sus relatos con un tono a veces idílico, a veces rural, pero siempre impregnado de una poesía de lo cotidiano que debiera servir de reflexión a tantos creadores de "bicicletas espaciales". A título de ejemplos reproducimos estos fragmentos de las narraciones tituladas *Marcianos* y *Farmón*, aunque sinceramente recomendamos la lectura íntegra de ambas por todo lo que en ellas hay de fresca poética.

"Dentro de ella (de la cabaña) Aglaya y Alberto ya estaban metidos en sus camas y sus cabezas doradas se apoyaban en las almohadas blancas y esponjosas. La madre, de aspecto tranquilo y con una chaqueta echada sobre los hombros, velaba por ellos haciendo punto. En la sala de estar, arreglada y con una mesa de madera y sillas alrededor, Mario, el padre, y el hijo mayor se dedicaban a leer algunas historias de los pocos libros que se hallaban en la pequeña vivienda."

"Farmón tenía el yunque y las herramientas en el jardín.

Estaba una mañana trabajando, cuando Razmín se interesó en las láminas de aluminio y platino. Así se conocieron.

Aquella noche la luna brillaba en lo alto, y los planetas lejanos a esta luna de Venus relucían más que nunca. Farmón entró en su casa. Reinaba el silencio y la oscuridad..."

Otro bloque de obras que tiene gran influencia en los relatos de infantiles (como consecuencia lógica del interés que su lectura suscita) se podría formar con las de Karl May, Jack London, Stevenson y Salgary. Sin embargo, por lo que más adelante diremos, su influjo parece más notorio a niveles lingüísticos que temáticos, puesto que, poco a poco, el mundo de los pieles rojas y de los piratas va quedando relegado a un pasado glorioso, al mismo pasado glorioso en que nosotros situábamos a vikingos, griegos y héroes medievales.



También podrá descubrir el lector influjos lingüísticos y ambientales en algunos de distintos autores y obras. Por razones de espacio, nos limitamos a sugerir los siguientes:

- *Los viajes de Gulliver* (véase, por ejemplo, el relato titulado *Perdidos*).
- E. Blyton (en *La excursión a la montaña* y en *Los cinco hermanos salen en busca de aventuras*).
- S. Holmes (en todo el relato titulado 1974).
- Cuento tradicional (*El tío Genaro, Cuento para niños muy pequeños*, etc.).

En cuanto a los escritores en lengua hispana, clásicos y modernos, tenemos que señalar que su lectura no comienza a sistematizarse hasta séptimo de E. G. B., es decir, hasta después de cumplidos los doce años. Sin embargo, a título de ejemplo, vamos a citar algunas obras que tienen bastante aceptación en los niveles que estamos analizando:

- *Alfanbui* (de Sánchez Ferlosio).
- *Los cuentos para después del baño*, de C. J. Cela.
- *El camino de Delibes* (a partir de 6.º de E. G. B.).
- *Los cuentos de Clarín*.
- *Eln Lazarillo de Tormes*.
- Y, en general, casi toda la producción de Gloria Fuertes y Ana María Matute.

## LOS TEMAS

“... el relato comienza con la historia misma de la humanidad; no hay ni ha habido jamás pueblo alguno sin relatos; todas las clases, todos los grupos humanos, tienen sus relatos y muy a menudo estos relatos son saboreados en común por hombres de cultura diversa e incluso opuesta: el relato se burla de la buena y de la mala literatura: internacional, transhistórico, transcultural, el relato está allí, como la vida” (15). En este párrafo de R. Barthes se pueden encontrar las razones por las que pensamos que

---

(15) *Análisis estructural del relato*. Barthes y otros (Ed. Tiempo Nuevo, Argentina), pág. 9.

los niños pueden hacer de sus relatos la forma más idónea para expresar sus sensaciones y dar rienda suelta a su imaginación. Y, si nos detenemos un poco a considerar cuáles son los motivos por lo que de alguna forma todos los grupos humanos de todos los tiempos han escogido el relato como forma suprema a través de la que transmitirse sus inquietudes, deseos y también su cultura y sus costumbres, quizá lleguemos a la conclusión de que estas razones se encuentran en las mismas posibilidades que el relato ofrece para adoptarse a distintas estructuras sociales. Concebido como una "gran frase que está compuesta por una serie de secuencias" (16), el relato tiene una unidad de acción en la que se integran los personajes y la mayor o menor pluralidad de acontecimientos por medio de los que el narrador nos da a conocer su mensaje. Por lo tanto, en el relato —y de manera más especial, en el cuento popular— el tema a desarrollar (la "fábula", como dirían los formalistas rusos) tiene suma importancia para conocer el pensamiento y las costumbres del grupo o sociedad entre los que se desarrolla. De ahí que haya jugado un papel tan importante en las investigaciones de psicólogos y etnólogos (véase, por ejemplo, el estudio que Wundt dedica al relato en su obra *Psicología de los pueblos*).

Sin embargo, una obra literaria de cualquier género no sólo es el tema, la fábula o historia que se nos cuenta. Esta historia nos es transmitida mediante la palabra escrita en este caso; en otros, lo será mediante dibujos, imágenes cinematográficas, o, como en la época heroica de Grecia, por relatos orales que no respondían en ese momento a ningún texto escrito. La forma narrativa, pues, está tan enlazada con el contenido de lo que se nos transmite, que en muchos casos los signos son "intraducibles" de un sistema a otro. Véase, a este respecto, el ejemplo de las películas del Oeste y su equivalente novelado. Mientras, en el primer caso, el lenguaje cinematográfico ha conseguido crear un rico sistema de signos, cuando esas imágenes han pretendido ser sustituidas por palabras los resultados no han podido ser más pobres. Y si en muchos casos se consiguen notables paralelismos entre obras literarias y cinematográficas, ello se debe siempre a que los autores (como en el caso de Visconti) no tratan de "copiar" la obra,

---

(16) Barthes, obra citada.

sino que, como el pintor, utilizan el modelo únicamente en tanto que idea o fondo del mensaje que nos quieran transmitir. Poca diferencia existe, en este caso, entre realizar un filme partiendo de una obra literaria o hacerlo a partir de una leyenda, de un suceso realmente ocurrido o de un espectáculo deportivo.

Valgan, pues, las breves consideraciones anteriores para justificar los comentarios que realizaremos a continuación sobre los temas y el discurso de estas narraciones infantiles. Con ello pretendemos suministrar algunos motivos de reflexión y análisis que puedan ser utilizados en los comentarios de clase, como una forma más de llegar a esa unión entre la clase de Lengua y las necesidades generales del niño a la que tantas veces nos hemos referido ya.

Dice A. Martínez-Menchén en su obra *Narraciones infantiles y cambio social* (17) que el cuento sólo interesa al niño en cuanto que es realista. Es decir, en tanto que protagonistas y acciones tienen una posibilidad de existir o haber existido, por muy remota que ésta sea. Y acaba concluyendo: "En la sociedad actual en la que las creencias en las hadas está en bancarrota, los niños, desde su más tierna infancia, tratan con marcianos y otros seres interplanetarios, que, si bien no están a la vuelta de la esquina, muy bien pueden existir." La justeza de esta afirmación —en contra de las opiniones de Michel Butor— es algo que hemos podido comprobar sobre la práctica cotidiana, y de ellos ofrecemos las siguientes muestras:

a) *Crítica por irreal o imposible.*—Una de las cuestiones que más polémica suscita entre los chicos es, precisamente, la posibilidad de que unos personajes "existan" o puedan existir. En una narración pueden pulular los seres más extraordinarios, ocurrir las aventuras más escalofrantes e inhabituales, pero los oyentes tienen que tener la certeza de que aquello "puede ser". En caso contrario, se levanta un clamor unánime de voces que interrumpen la lectura de la obra y la desechan por absurda. De ahí que hayamos observado la influencia que afirmaciones científicas o revestidas de un lenguaje pseudocientífico pueden tener en la imaginación y, en consecuencia, en los relatos de los niños, especial-

---

(17) A. Martínez-Menchén: *Narraciones infantiles y cambio social* (Ed. Taurus), págs. 12, 13 y ss.

mente si cuentan con el aval de la televisión. Así, a raíz de que alguien afirmara por TV que en el llamado triángulo de las Bermudas se producían una serie de acontecimientos misteriosos (desaparición de barcos, choques de aviones, etc.), las narraciones que contabilizamos situadas en este área sobrepasan con mucho las que normalmente suelen provocar los espacios televisivos de mayor audición.

b) *Cuidado de los detalles.*—Como consecuencia de la anterior preocupación porque su historia parezca real, el niño pone gran interés en cada uno de los detalles de la misma. Aunque se trate de personajes de otro planeta, se esforzará por vestirlos con trajes similares a los que emplean nuestros astronautas, hará cálculos sobre distancias interplanetarias recorridas a la velocidad de la luz, preguntará una y otra vez al profesor o a los compañeros dónde se piensa que estaba situada la Atlántida, etc. Todo ello no sólo demuestra el interés que ponen en que su obra tenga apariencias de verosimilitud, sino que, y esto quizá sea lo más importante, denota un interés personal por creer que aquello realmente bien pudiera ser así. Como detalle ejemplificador de lo anterior ofrezco el siguiente: un chico estaba escribiendo una historia sobre vikingos y vino con otros dos compañeros a que terciara en una disputa sobre la posibilidad de que los vikingos hubieran llegado a América Central. Cuando yo dije que realmente lo que creía es que habían llegado sólo hasta las costas del Canadá, el chico nos miró un poco entristecido y dijo: “Bueno, tendré que rehacer la historia y situarla allí.” “Pero, hombre —le intenté convencer yo—, te puedes imaginar que han estado allí y entonces poco importa si llegaron o no.” El chico me volvió a mirar, realmente enfadado ya, y preguntó: “¿Cómo me voy a imaginar que han estado si no han estado, y, como ya no hay vikingos, no podían estar nunca?” Esta argumentación me hizo reflexionar sobre el porqué suelen preferir los argumentos del futuro a los del pasado: allí sí se sabe lo que ocurrió, mientras que dentro de unos cientos o miles de años quién sabe lo que puede suceder... Claro que su razonamiento no se aleja mucho del de los mayores. (Acaso existe una “ficción” del pasado o del presente como la que hubo, por ejemplo, con la novela bizantina o la novela de caballería. Mal se avienen estos géneros con los presupuestos de la sociedad burguesa.)

c) *Rechazo de personajes y situaciones consideradas totalmente irreales.*—Según se afirma en la nota que citábamos antes de Martínez-Menchén, el niño ha desechado prácticamente de su mundo imaginario hadas, gnomos, gigantes y, en definitiva, todos aquellos seres que provenían de una cultura eminentemente diferenciada de la actual. Para el niño —como para muchos adultos de hace tan sólo unos decenios—, el mundo existente más allá de sus fronteras o situado debajo de las profundidades marinas era todo un misterio. Sin embargo, los avances tecnológicos, y, sobre todo, las inmensas posibilidades que hoy ofrecen los medios de comunicación dejan un espacio muy limitado a la imaginación o, cuando menos, provocan el cambio de sirenas, islas deshabitadas y monstruos marinos por viajes interplanetarios y artefactos capaces de destruir el mundo entero en un segundo. Junto a ello, siempre queda el recurso de retroceder en el tiempo y mezclarnos con los pieles rojas o dirigir un intrépido bajel pirata. Tal es la fuerza del relato novelesco que la mayor parte de los niños de esta edad piensan en los Estados Unidos como en un país plagado de luchas entre vaqueros e indios, al igual que los océanos no tenían otro sentido que servir de escenario a las aventuras de los corsarios. Porque la diferencia que el adulto establece entre la historia y la novela es algo que apenas tiene sentido en esta edad. Si las dos están reflejadas en libros, ¿cuál es la razón que avala la existencia de Napoleón o Jorge Washington y pone en duda las de Sandokán y Búfalo Bill? Puestos a elegir, el niño se inclinará por los personajes que le resultan más familiares, que suscitan en él fuertes simpatías y antipatías; los otros, trazados con el aséptico bisturí del historiador, quedan para repetir en las lecciones —como se recitan los símbolos químicos—, pero nunca para interesarse por ellos más allá del tiempo que la escuela exige. Por esto mismo resulta increíble el poco valor que se concede en la enseñanza de la historia a escritores como Galdós, Baroja o Valle-Inclán, cuando, precisamente, ésta sería la forma más directa y viva de que el niño pudiera acercarse a los problemas e inquietudes que movieron a sus antepasados, comprendiendo, al tiempo, gran parte de las situaciones en las que actualmente se encuentra.

d) *Protagonismo infantil.*—Una parte nada despreciable del éxito que muchas narraciones han tenido entre el público infantil

de todos los tiempos habrá que buscarla en el retrato de unos personajes con los que el niño se siente fácilmente identificado. Unas veces se trata de adultos que actúan con la sublimación de unos valores —sentido de libertad, independencia, y también una fuerte dosis de violencia— que en la época de la pubertad y la adolescencia son fácilmente asimilables por un público que se va a identificar con ellos. Tal es el caso de pieles rojas y piratas. Unos y otros se encuentran con la empresa casi imposible de enfrentarse a enemigos numéricamente superiores, técnicamente más avanzados y, con todo, sabrán imponer su audacia, su inteligencia y también su fortaleza individual. En ellos verá, pues, nuestro adolescente la posibilidad de imponerse a todo un mundo que se le presenta incomprensible y hostil y del que sólo recibe respuestas, jamás preguntas que lo convirtieran en actor, aunque fuera dentro de su propio ámbito. Pero, junto a esta caracterización "infantil" de los personajes, encontramos un número muy significativo de obras en que los protagonistas son niños. Esto, a simple vista, no tendría más importancia: si son obras destinadas a niños, lógico es que ellos sean sus protagonistas. Sin embargo, si nos detenemos un poco en la forma de actuar de estos protagonistas infantiles, veremos que su auténtico éxito radica en que *sean capaces de hacer descubrimientos o de terminar aventuras en las que los adultos han fracasado*. En la *Isla del Tesoro*, por ejemplo, el joven Jim es, desde el comienzo al fin, el único capaz de resolver las situaciones de una manera eficaz. El es quien obtiene el plano de la isla, quien descubre el complot de los amotinados escondido en un barril de manzanas; quien es capaz de rescatar el barco, y, en definitiva, quien se impone a la fuerza los conocimientos y a las habilidades de amigos y enemigos para acabar demostrando a todos los adultos que su paternalismo resulta grotesco e inútil, ya que son ellos quienes precisan del joven, y no viceversa. Quizá en este tratamiento magistral del tema radique una de las razones del éxito continuo de esta novela entre los jóvenes de todos los tiempos. Casi lo mismo se podría decir de novelas como las de Guillermo o la serie de los Cinco. En éstas, ya sin paliativos ni gradaciones, el niño disfruta al sentirse protagonista absoluto frente a unos mayores que, cuando menos, resultan ridículos (recuérdese, al respecto, los distintos tipos de adultos que R. Crompton presenta en sus novelas frente

a los Proscritos). En fin, la serie de novelas que, teniendo como protagonistas directos o indirectos a los niños buscan una afirmación del joven frente al adulto, es tan abultada que referirnos sólo a una parte de ella nos desviaría bastante de nuestros propósitos actuales. Eso sí, debemos hacer constar que para nosotros existen dos obras, separadas por el tiempo y las estructuras sociales en que nacieron, que significan la afirmación más tajante de la capacidad organizativa del niño. Nos estamos refiriendo a *La isla del coral* y a *Pipi Calzas Largas*. En la primera el mundo de los mayores ha quedado sepultado en el fondo del océano y los jóvenes supervivientes lo reproducen paliando los aspectos más mezquinos de las estructuras de la sociedad burguesa que ellos conocieron; en *Pipi Calzas Largas* las costumbres y razonamientos del mundo adulto quedan reducidas a un mero espejismo o telón de fondo que poco cuenta para el mundo-real-infantil. Tal vez para nosotros, que no para los niños, el fallo de esta última radique en ese cerrar los ojos a la realidad, lo que lleva a la protagonista a ignorarla; actitud tan atrayente como inútil, pues, al fin al cabo, ¿qué problema creamos haciendo de las ventas castillos y gigantes de los molinos de viento?

Establecidas estas consideraciones sobre el carácter "realista" que hemos observado en la inmensa mayoría de los relatos de nuestros escolares, veamos algunas de las características de los temas propiamente dichos. Ya hemos dicho que la mayor parte de los relatos ignoran los temas del cuento tradicional. Sin embargo, tal vez fuera más propio afirmar que de alguna manera estos temas se han transformado de acuerdo con las creencias y con el nivel de conocimientos y actitudes imperantes en nuestra sociedad actual.

Al comienzo de la obra de V. Propp encontramos la siguiente afirmación: "La división más habitual de los cuentos es la que los diferencia en cuentos maravillosos, cuentos de costumbres y cuentos sobre animales" (18). Dejando aparte la exactitud de esta división (que el propio Propp rebate más adelante) nos interesa recoger el último de los apartados —cuentos sobre animales— por repetirse en casi todas las clasificaciones, sean éstas establecidas por categorías, por temas, por funciones, etc. Además,

---

(18) V. Propp: *Morfología del cuento* (Ed. Fundamentos), pág. 17.

qué duda cabe, que los relatos sobre animales (fábulas, mitológicos, o en convivencia con los hombres —Tarzón, Niño de la Selva—) han tenido y tienen una importancia fundamental en la narrativa infantil de todos los tiempos. Sin embargo, al analizar los relatos de esta clase nos hemos encontrado con que a esta larga tradición literaria se añadía un nuevo elemento: la preocupación científico-costumbrista del mundo animal traída por los programas televisivos. Así, punto al relato tradicional del animal, que supera las virtudes humanas recogiendo al niño que fue abandonado por sus padres, educándolo y dando así una lección moral a los hombres, nos encontramos con varias narraciones de un mundo animal cerrado, es decir, construido desde su propio entorno, sin ninguna referencia específica al hombre ni a sus costumbres. En parte, el animal ha dejado de ser considerado como un ser comparable con el hombre para pasar a tener un mundo coherente, que despierta el interés del niño tanto como la propia problemática de los adultos. Y, como señalábamos hace un momento, la influencia de la televisión resulta decisiva para esta concepción: el niño ve los movimientos, las leyes del mundo animal y sus costumbres, no a partir de interpretaciones o relatos de los hombres, sino con la misma naturalidad que observa las evoluciones de sus héroes en la pantalla. Por eso se puede sentir identificado con ese mundo sin necesidad de intermediarios, y, por eso, más que la moraleja, busca la identificación imaginativa con las imágenes que se le ofrecen.

Bastante significativo resulta también a este respecto el que los relatos con los que el niño no se siente identificado tengan un tono humorístico o "paternal". El joven narrador, al hablar de "pulguito" o de los ratones, adopta una actitud similar a la del adulto, hasta el punto que, la historia de los ratones a la que nos referimos, lleva el título de *Cuentos para niños muy pequeños*.

Un segundo conjunto de argumentos estaría formado por los relatos de ciencia ficción. Aunque antes decíamos que el niño se sigue sintiendo bastante identificado con las peripecias de piratas y cow-boys, sin embargo nuestra experiencia indica que esta identificación es más a nivel de lector que de protagonista, actitud que coincide bastante con la de muchos adultos que seguimos apasionadamente unas peripecias novelescas cuya justi-



ficación social sabemos que ha desaparecido. De todas formas, los presupuestos que animaban la novela de aventuras decimonónica siguen totalmente vigentes. Cambiando el decorado, el vestuario y los efectos especiales, el barco se transforma en nave espacial, el océano desconocido en los espacios siderales, el intrépido explorador del lejano Oeste en el astronauta; los indios y negros centroafricanos, fácilmente se vuelven marcianos u otros exóticos extraterrestres. El placer de lo lejano, de los desconocido, se sigue, por tanto, conjugando con el de lo posible. No olvidemos que para quienes han nacido cinco o seis años después de la colocación del primer satélite en órbita espacial, los viajes interplanetarios resultan mucho más factibles y "naturales" que la existencia de islas inexploradas en un mundo cuyos últimos recovecos están registrados en atlas y planisferios. El niño, además, participa de la psicosis de continuos adelantos que la revolución científico-técnica ha supuesto para el mundo y que, en algunos países, ha quedado reducida a meros avances tecnológicos. Y, para avalar la afirmación que antes hacíamos en el sentido de que el niño se identifica más fácilmente con el débil y el marginado que con el todopoderoso, encontramos en sus narraciones cierta simpatía por el extraterrestre incomprendido o rechazado, al igual que nosotros nos sentíamos más cerca de los apaches que de los americanos.

Mención especial debe hacerse de un grupo de narraciones de ciencia ficción en las que el niño refleja la disputa entre el hombre y la máquina. Los presupuestos más toscos de la sociedad burguesa, llevados al paroxismo de la sociedad de consumo, significan hasta tal punto la anulación de la personalidad humana, en aras —eso sí— a la comodidad, la velocidad, el "comfort", que algunos chicos han sabido plasmar perfectamente esta situación con narraciones que, como la de los robot, muestran claramente la inconsistencia y el egoísmo de la ideología capitalista: el hombre de tanto esforzarse en ser un "lobo para el hombre" termina por convertirse en un mero apéndice de la máquina que ha creado para esclavizar a sus congéneres.

Con todo, el grueso de la artillería en lo que a los temas se refiere hay que buscarlo en lo que antes llamábamos "protagonismo infantil". Por las mismas razones que ya apuntamos, el niño prefiere sobre todo sentirse el centro de la situación

en sus relatos —ya que en la vida se le niega— y actuar descubriendo grutas misteriosas, buscando tesoros que para los mayores pasan inadvertidos, o, simplemente, narrando sus peripecias en una visita al museo o en un colegio nuevo. A nosotros, particularmente, éste nos parece el terreno más fértil para acercarnos a las verdaderas inquietudes infantiles, lejos de manipulaciones e imposiciones desde nuestro pedestal, y siempre a la búsqueda de esa difícil síntesis entre la experiencia y los conocimientos que debemos transmitir, y los verdaderos intereses del niño. Así pues, por triviales que parezcan una historia o una observación, deberemos esforzarnos por hacer de ellas motivo del comentario colectivo, atentos siempre al interés que suscita o a la apatía que provoca un tema que ya se ha agotado. Insistimos: es más fácil hablar que escuchar. Aquí habría que buscar uno de los grandes males de lo que, impropiaemente, se llama Pedagogía, no siendo más que una “magisterdogía”.

## LA INFLUENCIA DE LA TELEVISION

Antes de terminar estas breves consideraciones en torno a los temas de los relatos, vamos a referirnos, una vez más, a la importancia que los medios de comunicación —y, en concreto, la televisión— tienen en el contenido y en las formas expresivas de nuestros alumnos, aunque más propiamente hablando, tendríamos que referirnos a la importancia de la imagen, ya que el cine y el comic ocupan lugares bastante importantes también a los diez u once años. Sin embargo, por la huella que deja diariamente en niños y adultos, vamos a centrarnos casi exclusivamente en el influjo de la televisión como forma suprema de imposición de unos valores políticos y culturales que revisten una apariencia de “objetividad”. Porque lo más paradójico del asunto radica en que, siendo el medio de información y comunicación que se utiliza de una forma más “coherente” para imponer la ideología de la clase dominante, casi todos llegamos a pensar que lo que nos transmite es la “misma realidad”. Detengámonos un poco incluso en los programas en directo y, en los que más escépticos parecen, las retransmisiones deportivas. Inge-

nuamente, los espectadores creemos que las cámaras nos están ofreciendo lo que nuestra vista seleccionaría, por ejemplo, en un campo de fútbol. Y, sin embargo, la imagen que presenciamos obedece a una selección previa de las cámaras, que están manejadas por unas personas con unas instrucciones específicas. En lenguaje más claro: cuando los espectadores pronuncian "tacos", el volumen de la transmisión baja hasta hacerlos ininteligibles; cuando los espectadores invaden el campo y la fuerza pública los devuelve, la imagen se esfuma; cuando se trata de repetir jugadas dudosas de nuestro equipo o selección, la más elemental de las estadísticas demostraría que un porcentaje muy sustancioso de ellas se escabulle por no "haber sido filmadas". Todo ello, acompañado por unos comentarios que vienen a sustituir el razonamiento del espectador, demuestra hasta qué punto resulta posible manipular incluso lo que tenemos por más objetivo y veraz. Por supuesto que el mal no radica en la televisión, sino en el uso que una determinada clase social haga de ella: "Lo más paradójico y desolador de la televisión radica en que casi todas sus grandes posibilidades democráticas, favorecedoras de una auténtica liberación del hombre, son mistificadas, utilizadas de modo regresivo" (19).

La influencia que la televisión ejerce sobre pequeños y mayores no sólo hay que buscarla (con ser ello de una importancia desconocida) en la capacidad de bombardear al individuo en su propio sillón o mientras cena, sino en que lo que por ella se emite tiene unos visos de veracidad que anulan la capacidad crítica de una forma abrumadora. Convencer, pues, a un niño de que lo que ha visto la noche anterior no tiene por qué ser la verdad y nada más que la verdad es tarea que sólo puede conseguirse aguzando el ingenio y el sentido crítico en todas y cada una de nuestras actividades escolares cotidianas. Veamos un ejemplo práctico: un domingo cualquiera, mientras contemplamos el partido de turno, anotamos estas expresiones: "el marcador permanece inalterable", "el jugador corrió la banda", "el portero situado bajo los palos"... Llegamos a clase y aprovechamos la discusión sobre el penalty fallado o la falta cometida o no para

---

(19) Juan Antonio Ramírez: *Medios de masas e historia del arte* (Cuadernos Arte Cátedra), pág. 237.

encauzar la discusión. En la primera frase, nos basta con acudir al diccionario para que los chicos lleguen a la conclusión de su inconsecuencia: si inalterable es lo que no se *puede* alterar, ¿para qué siguen jugando entonces los dos equipos? La segunda, ni siquiera requiere el uso de material auxiliar. Basta un poco de reflexión para darse cuenta que el jugador no podía "correr la banda", de la misma manera que el niño no "corre la calle", sino que lo hace por ella. El último ejemplo nos llevaría a una profundización sobre el uso del singular y del plural, también fácilmente comprensible sobre la práctica. A partir de aquí —o antes— se pueden hacer comentarios y estudios esclarecedores sobre el valor de las imágenes, sobre la actitud del comentarista, de los jugadores, del público, etc.

Y, si esto es posible en un terreno tan aparentemente poco propicio para el comentario lingüístico como el deportivo, ¿acaso no desaprovechamos el material que nos ofrecen los telefilmes, los concursos televisivos y todos los espacios con los que el niño se enfrenta a diario sin otro bagaje que el de la indiferencia o el de la aceptación a ultranza?

Una vez establecida la importancia del desarrollo del sentido crítico del niño, veamos algunos aspectos concretos de la influencia de la televisión. Del lector solitario pasamos al espectador colectivo y esto provoca que "el grupo se imponga sobre el gusto o apetencia del individuo y que la historia, más que el asenso de conciencias individuales, busque el de una conciencia colectiva" (20).

La segunda consecuencia que señala Martínez-Menchén en la sustitución de la palabra por la imagen sería la de la pasividad del espectador: "En la novela e, incluso, en el relato tradicional, la imaginación del pequeño lector u oyente era una imaginación creadora en cuanto tenía que conformar escenarios y personajes" (21). Esta pasividad del espectador, además de venir provocada por la no necesidad de transformación mental de la palabra en imagen, se completa con las características del *instrumento narrativo*. El relato televisivo transcurre en un tiempo lineal, sin posibilidades de un antes y un después. El espectador

---

(20) Antonio Martínez-Menchén, obra citada, pág. 103.

(21) *Ibidem*.

se sienta frente al aparato a ver lo que le ofrecen sin ninguna aportación suya en esta programación. Una vez que el programa ha comenzado, no tiene tampoco posibilidad alguna de interrumpir a su gusto el discurso narrativo y, si lo hace, no podrá volver sobre el párrafo perdido. Frente a ello, el libro ofrece al lector, con todas las limitaciones que se quiera, la posibilidad de elegir la obra y el momento de la lectura. Durante la misma, podemos detenernos en una página, releer un párrafo o, sencillamente, interrumpir la lectura y continuarla en el momento que mejor deseemos.

Estas características del relato televisado (aplicable también al cine, y, en menor medida, al comic) tienen unas consecuencias en las actitudes vitales de los niños contra las que la escuela debería luchar a diario. Claro que tanto la utilización de los medios de masas como de la escuela se dan en una misma sociedad y, por lo mismo, lo lógico es que se complementen. El niño "consume" programas de televisión y comics de la misma manera que en la escuela "consume" fichas; así, cuando llegue a adulto, le será más fácil trabajar incansablemente para rodearse de todo tipo de aparatos y electrodomésticos sin pararse a reflexionar ("pararse", "reflexionar", en nuestra sociedad, qué lujos) si realmente los necesita o no.

Con todo, y dejando aparte soluciones generales que ahora no vienen al caso, sí creemos posible entablar esa lucha diaria contra los aspectos más negativos de estos medios, implantando precisamente unos usos y actitudes contrarios a los que ellos defienden. Así, cuando observamos la pereza que sienten los niños ante la tarea de releer un párrafo (con independencia de que haya sido o no escrito por ellos), tenemos que discutir las causas de esto, aportarles nuestra experiencia y conocimientos para que se den cuenta que siempre se puede aprender algo de un libro ya leído (mejor dicho, leído una, dos o tres veces), o que siempre podemos corregir algún aspecto de nuestros escritos. Como demostró hace ya algunos años Umberto Eco, la obra acabada, cerrada, no existe en términos artísticos o literarios. Y a este concepto de "obra abierta", opuesto totalmente a los presupuestos consumistas, pueden llegar los alumnos por medio del análisis colectivo de sus propias obras, ya que este análisis les obligará a releer fragmentos que se han interpretado mal o

no se han comprendido, a corregir palabras, frases, párrafos enteros ante los cuales han surgido alternativas que parecen más correctas, a volver, en una palabra, a comenzar una y otra vez un trabajo que se creía ya "terminado". Y cuando el cansancio o el aburrimiento nos demuestren que no conviene seguir con el comentario de un relato o con la puesta en común de un tema, que éstos pasen a la biblioteca para seguir sirviendo de material de consulta y estudio.

## RECURSOS ESTILISTICOS Y VOCABULARIO

Bajo este epígrafe vamos a indicar aquellos aspectos que más nos han llamado la atención al leer o escuchar las narraciones infantiles, una y otra vez con el propósito de ofrecer sugerencias prácticas que el profesor pueda utilizar con sus alumnos. Para ello vamos a limitarnos al repertorio de formas y expresiones lingüísticas que los niños emplean, haciendo tabla rasa de las que son capaces de entender.

Lo primero que llamará la atención del lector de estas narraciones será el empleo de los cualificadores. Si nos fijamos un poco, observaremos que en los relatos de los niños de diez años la adjetivación de carácter estético o valorativo es bastante pobre. Apenas cuatro trazos estereotipados caracterizan a los personajes o a los lugares, para pasar a aquello que realmente interesa al niño: la sucesión vertiginosa de aventuras y acciones.

Si bien es cierto que "El habla infantil va ligada a la acción, y salta del sujeto al verbo sin detenerse en las cualidades de las cosas" (22), no lo es menos que la influencia del comic en esta etapa resulta decisiva. Basta abrir un tebeo cualquiera para observar cómo imagen y diálogo se unen en una carrera de personajes de los que sólo interesa su forma de actuar. La labor del profesor en esta etapa para buscar que el niño se interese por las formas y cualidades del mundo que le rodea —y no sólo por su utilidad— deberá tener un complemento eficaz en el Área de Lenguaje a partir del mismo material que ellos utilizan.

---

(22) Samuel Gili Gaya, obra citada, pág. 15.

Eligiendo una frase o un fragmento de los que el niño ha escrito, podemos llegar a numerosos ejercicios de descripción y adjetivación a partir de los cuales puede tener sentido establecer categorías, realizar análisis.

Frente a la parvedad en el empleo de adjetivos que caracteriza al habla infantil hasta los diez años, a partir de los once se produce un fenómeno totalmente diferente. Conforme se va consolidando el proceso de madurez, el adolescente descubre las posibilidades de la adjetivación y emplea una riqueza de cualidades realmente asombrosa. Tal vez este fenómeno no esté muy desligado de la agudización sensorial que el adolescente experimenta a causa de sus cambios fisiológicos. De cualquier manera, lo cierto es que en esta época apenas queda un nombre sin calificar, y que el cualificador siempre va en posición antepuesta al nombre. Al igual que en el caso anterior, ello nos ofrece un material de trabajo y análisis que, conforme se va completando el proceso mental del niño, tiene que ir sirviéndonos para la abstracción de conceptos, en la formulación de alternativas que deben constituir la base del aprendizaje gramatical.

“Caracteriza también la redacción entre infantil y adolescente el hallazgo del *pues* causal, como una nota que presta al estilo cierto empaque literario y llega a barrer la conjunción porque” (23). Efectivamente, ésta es otra de las características que encontramos en los relatos infantiles, y que nos pueden dar pie a un estudio pormenorizado del valor y la función de los nexos. No pretendemos “limpiar ni dar esplendor” al idioma, pues más bien parece esta función de detergentes que de profesores de una lengua. Nos sentimos satisfechos con comentar las distintas opciones lingüísticas que al individuo se le ofrecen, al igual que el entrenador deportivo explica las diversas formas de acabar una jugada. Al fin y a la postre, cada uno terminaremos combinando los recursos que la Lengua nos ofrece de la manera que consideremos más idónea para expresar nuestras vivencias, dejando las normativas escolásticas del idioma en la dulce compañía de los reyes godos o de los senos y cosenos de la trigonometría.

Volviendo a nuestro propósito de presentar algunas líneas de

---

(23) Idem, pág. 15.

trabajo con las narraciones infantiles que ofrecemos, aconsejamos el estudio de tiempos y modos verbales por las inmensas posibilidades de sacar conclusiones aplicables al terreno de lo que se viene denominando Gramática. Puestos a aconsejar, nosotros nos detendríamos de manera especial en el uso del subjuntivo y en la vuelta a las formas perifrásticas para sustituir al futuro simple sin que ello sea óbice para comentar las peculiaridades regionales (potencial por imperfecto de subjuntivo) "culturales" (andé-anduve) que salpican los relatos de los alumnos.

No queremos abusar demasiado de la paciencia de nuestros lectores y, por ello, vamos a pasar de largo metáforas, metonimias, lítotes, anáforas y demás galimatías de nuestra antigua Retórica. Terminologías aparte, sí puede resultar útil el que los chicos vayan reflexionando sobre las peculiaridades del mensaje literario y sobre los recursos que utilizan para intentar convertir un mensaje verbal en un hecho literario (24).

Hay, sin embargo, algunos recursos literarios que vamos a dejar apuntados por considerar que suponen un serio intento por parte de algunos chicos de acercarse a unas formas narrativas tan antiguas como la misma literatura. Veamos los que más nos han llamado la atención:

*El sueño.* Desde el Sueño de Escipión al Roman de la Rose pasando por Quevedo, la utilización de este estado subconsciente para jugar con la dualidad realidad-fantasia ha gozado de amplia aceptación entre los escritores de todos los tiempos. Incluso aquellos que, como Cervantes en el *Quijote*, no lo emplean como motivo central, lo utilizan en momentos clave de su obra: Don Quijote de la Mancha deviene precisamente en Alonso Quijano el Bueno después de un sueño reparador de "más de seis horas". No es, pues, de extrañar que éste sea uno de los primeros recursos novelescos que los chicos utilizan en sus composiciones. Lo que sí nos ha llamado más la atención es el incipiente juego literario que algún chico hace de este artificio dejando al lector sumido en la duda de hasta dónde llega el sueño y cuándo em-

---

(24) El lector interesado en el tema cuenta con una abundante bibliografía a la que acudir. No obstante, como explicaciones más claras del "hecho literario", lo remitimos a Jakobson: *Ensayos de lingüística general*, y a Barthes, Lefèbvre, Goldman, etc., en *Literatura y sociedad*.



pieza la vigilia. Si el lector compara el relato, titulado *Perdidos* con el de *La noche boca arriba*, de Julio Cortázar —salvando todas las diferencias literarias— encontrará una actitud muy similar por suprimir el maniqueísmo real-irreal en el que se basa gran parte de la literatura europea decimonónica.

*El humor.* La interpretación heroica es anterior a la interpretación humorística. De hecho, éste es un caso particular del fenómeno precedente. Por ejemplo, el elemento “ganar a las cartas al dragón es posterior al elemento “enredarse en un combate a muerte con el dragón” (25). Efectivamente, los niños en sus primeras narraciones tienden a soslayar los aspectos cómicos o grotescos de la realidad. Sin embargo, conforme va afianzándose su seguridad expresiva, gustan más de satirizar situaciones y personajes, especialmente si se trata de personas o instituciones sociales consideradas “intocables”. Tal es el caso de la narración que lleva por título *Los dos policías se quedan en calzoncillos* y que, a nuestro entender, emplea más los recursos del cine cómico anterior al sonoro que los propiamente lingüísticos. Algo muy similar hemos encontrado en otras narraciones que ridiculizan las costumbres e instituciones sociales aplicándolas a animales e incluso a objetos (*Pepe el tornillo*). Con todo, el humor se basa fundamentalmente a estas edades en la exageración o en la reducción al absurdo por acumulación y repetición de situaciones grotescas; recursos que, como ya dijimos, no son ajenos ni al comic ni al mundo del circo o del cine cómico. Como ejemplo reproducimos el siguiente fragmento de un relato de un chico de once años que no incluimos en la Antología:

“... Ahora estoy en la cantina, de pie en el mostrador, tomándome un combinado de cazalla, whisky, coñac, que, como no estaba en su punto, le dije al camarero:

—Por favor, un poco de vino tinto con ginebra para darle color al combinado...”

Otras veces la situación humorística vendrá creada por la referencia a nombres famosos fuera de su contexto o aplicados a otros personajes (“Soy David Croket. Quizá mi nombre le

---

(25) V. Propp, obra citada, pág. 163.

suene... Aquel escritor que perdió un brazo en la Batalla de Lepanto y que escribió el Caballero de Caparroja...")

*Referencia a personajes u obras literarias.* Aunque lo más frecuente es la referencia indirecta a motivos leídos o vistos en algún telefilme, se dan también a veces calcos bastantes significativos de aquellas obras que más han impresionado a los chicos. De ellos ofrecemos el del *Principito*, por considerar que supone una "traducción" del libro de Saint-Exupéry al lenguaje infantil que, en muchos aspectos, supera las realizadas por los profesionales. Desde luego, la frescura y espontaneidad de nuestro joven autor supone un motivo de reflexión para quienes, al dirigirse a los chicos, emplean un lenguaje almibarado.

Ya en el plano de la "recreación tenemos un chico especialista en el tema. Lector insaciable a los diez años, nos ofrece su visión de los personajes de Karl May, Julio Verne..., adecuándolos a las circunstancias y episodios que su imaginación va creando. De él ofrecemos una narración de Sherlock Holmes que indica hasta qué punto el niño acepta como reales los personajes que los grandes autores han trazado.

En cuanto al vocabulario, ofrecemos al amante de las estadísticas y recuentos la posibilidad de comparaciones con otros chicos de distintos medios sociales y geográficos. A nosotros nos basta con señalar el hecho de que nuestros esfuerzos van dirigidos a que nuestros alumnos vayan empleando sus términos de acuerdo con sus necesidades expresivas, ligándolos a situaciones concretas y buscando, en consecuencia, una riqueza verbal que abarque todos los niveles del habla. Por tanto, ni cursilería academicista ni ramplonería verbal: "... las palabras pueden considerarse como entidades totalmente abstractas, cuyas únicas propiedades consisten en tener una función contractiva y combinatoria" (26).

---

(26) *Introducción en la lingüística teórica*, John Lyons (Ed. Teide), pág. 69.

## ALGUNOS DATOS SOBRE LA PROCEDENCIA SOCIAL DE NUESTROS ALUMNOS

Con una frecuencia demasiado sospechosa se "olvida" señalar la procedencia social en los tests, evaluaciones y demás baremos que pretenden medir o reflejar desde la "inteligencia" hasta la riqueza verbal del individuo o grupo.

Resultaría realmente curioso establecer cuestionarios o pruebas con un criterio distinto de los que actualmente rigen en el mundo escolar. Preguntar, por ejemplo, sobre las distintas clases de árboles y sus nombres, sobre las plantas y pájaros a un niño de extracción rural y a otro criado en una familia de la media o alta burguesía madrileña. O enfrentar a estos dos con un tercero, hijo y nieto de mineros, interrogándoles sobre galerías, pozos y minerales. Entonces el mismo padre que sonríe satisfecho al ver las notas de su hijo, y despreciativo escucha los comentarios sobre aquel compañero que ha sido suspendido por no dominar el uso de la b y la v o por desconocer la capital de un país lejano, ese mismo padre que nunca se ha cuestionado los métodos y contenidos de la enseñanza que su hijo recibe, pondría el grito en el cielo si el examen hubiera versado, es un decir, sobre la forma de cazar el conejo con hurón o sobre las diferencias entre el cuco y el tordillo.

Porque, en ese caso, todos los tebeos, libros y enciclopedias infantiles que rodearon a su niño, todos los estudios universitarios de la familia y de los amigos de la familia, de muy poco servirían a su brillante sucesor frente a la riqueza de conocimientos acumulada por aquel chico que desde que llegó del pueblo vegetaba en el último rincón de la clase, porque de nada sabía.

Así pues, hacer abstracción de los aspectos económicos y culturales sólo sirve para perpetuar situaciones clasistas, entre las que la escuela suele jugar un papel nada desdeñable. Por lo tanto, para evitar cualquier posible tergiversación basada en las narraciones infantiles que ofrecemos, presentamos este resumen de la procedencia social de nuestros alumnos, de manera que el lector tenga una referencia, por somera que sea, a la que acudir a la hora de sacar las conclusiones que estime más convenientes.

Antes de pasar a la enumeración de los datos tenemos que advertir que bajo el apartado PROFESIONES LIBERALES recogemos a todos aquellos que poseen una titulación universitaria superior, con independencia del trabajo específico que realicen.

#### DATOS DEL COLEGIO EN GENERAL

	%
Obreros sin especializar ... ..	2
Obreros especializados ... ..	18
Empleados, oficinistas, funcionarios ... ..	46
Profesiones liberales ... ..	25
Empresarios o comerciantes (pequeños) ... ..	11

#### QUINTO DE E. G. B. (10 AÑOS)

Obreros sin especializar ... ..	4
Obreros especializados ... ..	6
Empleados, oficinistas, funcionarios ... ..	70
Profesiones liberales ... ..	20
Empresarios y comerciantes ... ..	0

#### SEXTO DE E. G. B. (11 AÑOS)

Obreros sin especializar ... ..	3
Obreros especializados ... ..	24
Empleados, oficinistas, funcionarios ... ..	41
Profesiones liberales ... ..	28
Empresarios y comerciantes (pequeños propietarios) ...	4

## ADVERTENCIA

Los relatos que van a continuación han sido seleccionados a partir del interés que nuestros alumnos demostraron durante su lectura. Hemos evitado, por tanto, cualquier presentación selectiva por nuestra parte, pues pensamos que ello nos hubiera situado entre los buscadores de "niños precoces" que tanto abundan en nuestro país.

Igualmente presentamos estas narraciones sin más correcciones que las ortográficas, respetando incluso la puntuación original, corregida en parte en las clases, que puede dar pie a numerosos ejercicios útiles y motivadores para los chicos.



*NARRACIONES*





*de cinco que  
al principio veis,  
al final  
sólo quedan tres*

Eduardo, 10 años



En MDCCCLXXX, los rusos V. Scarhof, V. Bostok y P. Theeron, y los americanos H. Jhonston y J. Leiland se reunieron en París para concretar una expedición. En la reunión, que duró dos horas, se hablaron temas de los objetos que iban a necesitar en la expedición. Al final dijeron que iban a necesitar para la expedición las siguientes cosas: 10 carabinas, y barómetros, 5 hachas, 50 cajas de municiones y 10.000 kgs. de mármol de Carrara. El objeto de la expedición era marcar el Ecuador con losas de mármol, y era la expedición un regalo a los países del Ecuador.

Salieron de Pedernales (Ecuador) el día 2 de octubre. Fueron a Concepción (Colombia). El viaje duró más de veinte horas. Allí compraron comida. En Concepción iban a ahorcar a un brasileño de diecinueve años; decían que había matado a un jefe de mercado de negros y a su ayudante. Después de matarlos, desencadenó a los negros.

Le quedaba de vida media hora.

V. Bostok dijo:

—Yo pasé esa secuencia en Argelia. Me sacaron los franceses.

Todos gritaron a la vez:

—Le salvaremos.

Unos fueron a la comisaría y desnudaron al guardia, y los otros fueron a un famoso falsificador de firmas, y P. Theeron dijo:

—Le daremos dinero y joyas si falsifica la firma del rey.

El falsificador dijo:

—Lo...Lo siento...to, eso no...no lo puedo...do ha...hace...er.

El americano Jonhston, mientras cerraba la puerta, decía estas palabras:

—Muchas gracias.

Fueron al palacio y pidieron audiencia al rey. Cuando lo tuvieron delante de las narices dijeron:

—Venga con nosotros o lo pasará mal.

El rey sacó su trabuco viejo, que estaba cargado. Disparó e hirió al americano. El ruso sacó una navaja y el rey tiró la pistola porque se tardaba mucho en cargar. Levantó las manos.

—Rey, Rey, al brasileño ya le han ahorcado —dijo su criado.

P. Theeron soltó al rey y cogió el pulso al americano, que dijo:

—Llama a un médico, rápido.

El ruso, sin vacilar, dijo al rey:

—Llame a su médico.

El rey dio palmas y envió al criado. Jesús Gutiérrez, el médico, miró la herida y dijo:

—No es grave —era en la pierna—. Traigan el material de operación —dijo Jesús.

La operación duró una hora y media y fue satisfactoria. Dos horas después, la losa que tenían que clavar ya estaba clavada. La noche era templada. H. Jhonston dormía apaciblemente. Sus compañeros no podían conciliar el sueño pensando en él. A las dos de la madrugada estaban durmiendo.

Al día siguiente, cuando se levantaron, fueron al palacio, recogieron al americano y lo montaron en una caravana, y partieron hacia el país iberoamericano Brasil y a su capital, Bog-Vista; allí había un gran regocijo, estaban de fiestas, todo el mundo estaba alegre y se veían bastantes borrachos. Tardaron en atravesar la ciudad. A la salida había un bosque muy espeso en el que se quedaron a comer. Cerca de allí había un afluente del Amazonas. Entre los capitanes de la expedición

no había mucha amistad. Los jefes hacía unos años habían tenido unos malentendidos. Pasaron la noche en el bosque, habitado de pájaros cantarines. El bosque era apacible y en la noche se oían grillos. En esa noche el americano se levantó varias veces a beber agua y así despertó a sus compañeros. Hasta las doce de la mañana siguiente no se levantó ninguno. A las 12,30 estaban desayunando. A la una, P. Theeron dijo:

—Me voy al pueblo a por provisiones.

—Yo voy a pescar algo —dijo V. Scarhof.

—Yo voy a cazar —dijo V. Bostok.

—Yo me quedo con éste —dijo Leiland.

A la hora de comer todos estaban en el campamento. P. Theeron, mientras comía, murmuraba:

—He hablado con un médico, dice que mañana podrás levantarte. Mañana saldremos para Belén.

Como dijo P. Theeron, a la mañana siguiente salieron para Belén. Allí merendaron y cenaron. A la hora de dormir, P. Theeron estaba hablando con Jhonston. El americano decía:

—¿Tú crees que mañana cazaré?

—Sí, lo creo. Oye, ¿duele mucho un balazo?

—Sí, bastante. ¿Tienes sueño?

—No, ¿y tú?

—Tampoco. ¿Te gusta la pesca?

—No.

—Aaah..., ya me está entrando sueño.

—A mí también. Hasta mañana.

A las dos de la tarde estaban a bordo del "Liola", barco inglés, rumbo a Port Gentil (Gabón). El capitán decía que tardarían un mes en llegar. Por la noche, P. Theeron no podía dormir y salió a dar un paseo por cubierta. En popa oyó unos ruidos. Miró a ver y vio al ayudante del capitán y a un marinero cuchicheando. El ruso se acercó más a ellos y oyó que decían:

—Mañana haremos el motín.

El se fue corriendo a su camarote, pero la puerta, que era

muy vieja, chirrió. El ruso se pegó un gran susto, pero los que hablaban, por el ruido del mar y el viento, no lo oyeron.

A la mañana siguiente, el ruso fue a hablar con el capitán, que, al oír esas palabras, se quedó muy asombrado. Y llamó al cocinero, que era muy feo, y le dijo:

—Eres en el único en que confío. ¿Has oído algo de que están preparando un motín contra mí?

El cocinero dijo:

—No, no he oído nada.

Pero ese día nada ocurrió y los cinco días siguientes tampoco. Pero al sexto, cuando se levantó el ruso y sus compañeros se oían grandes gritos en cubierta.

Estaban azotando al ayudante del capitán y al marinero. El americano Jhonston subió rápidamente a cubierta y vio el horroroso espectáculo. Diecisiete días después, "¡Tierra a la vista, tierra a la vista!", gritaba el vigía. Al finalizar el viaje, todos brindaron con ron. Los americanos y los rusos clavaron, entre la expectación, la losa de mármol en el centro de la ciudad. La gente gritaba:

—¡Viva EE. UU.! ¡Viva U. R. S. S.!

Al día siguiente por la noche partieron para el Congo. Allí había habido un golpe de estado. Al clavar la losa en la ciudad, el ruso P. Theeron fue herido de muerte. Dos horas después, Theeron se marchaba de este mundo. Sus últimas palabras fueron:

—Seguid la expedición, seguid.

Dos días después marchaban para Zaire. Allí se iba a quemar el muñeco que conmemoraba el principio de las fiestas. Justo cuando se encendía la mecha para quemar el muñeco la losa se clavaba completamente en el suelo. Dos horas después, el jefe de estado de Zaire daba un discurso.

Dos días después zarpaban rumbo a Indonesia en el "Surcador". Llegaron el 2 de enero y allí preparaban muy buenos guisos y comieron mucho. Después de comer clavaron la losa.

En el barco, ya rumbo al Ecuador, Leiland y Bostok pe-

learon por motivos políticos. No sabían lo que se les echaba encima.

Ya quedaba poco para llegar al Ecuador, hubo un motín y los amotinados decidieron echarlos al mar, así que tuvieron que ganar el Ecuador por sí mismos. Ya casi en los arrecifes, un tiburón atacó a Jhonston. Fue horroroso.

Los demás se fueron rápido. Cuando llegaron recibieron felicitaciones y condecoraciones.

El ruso Bostok se dirigió así a Leiland:

—¿Amigos para siempre?

Y él respondió:

—Amigos para siempre.

EDUARDO, 10 años





*en la carretera*

Oscar, 10 años



Un día de marzo de 1975, un matrimonio madrileño, Ana y Roberto, y sus dos hijos, Iván, el mayor de diez años, y Alejandro, de nueve, se dirigían a casa de un amigo de Roberto, pues desde la niñez venían siendo amigos inseparables. Este se llamaba Juan, su mujer Amelia y su única hija, de cuatro años, Mónica. Se reunían para cenar y luego hablar un rato.

Ya desde la terraza, Mónica los vio, abrió la puerta de la casa, bajó algunas escaleras y ¡paf!, saltó y se quedó colgando del cuello de Ana.

—Qué contenta estoy de que hayáis venido —dijo chillando. Más tarde, en la casa de Mónica y sus padres.

—¡Hola!, ya no os esperábamos —dijo Amelia.

—Bueno, es que con el tráfico —respondió Alejandro, poniéndose colorado.

Después de esto, entre todos pusieron la mesa y empezaron a cenar. De primer plato pusieron una sopa de fideos, de segundo un poquito de besugo y un trozo de carne de cordero, luego de fruta piña o naranja, sin olvidar que en el centro de la mesa había marisco, aceitunas y una ensalada. Cuando terminó la cena, los dos matrimonios se fueron a una salita pequeña y los niños a la habitación de Mónica a jugar. Empezaron hablando de la subida de los precios, y luego salió la conversación de lo bonito que es viajar. Roberto dijo:

—A mí me gusta viajar, pero las cosas en el extranjero están muy caras, sobre todo para los españoles.

—Pero si superamos esto podríamos ir nosotros y los niños por Europa. ¡Vale! —dijo Ana.

Todos afirmaron y se quedaron pensando. De repente, Amelia dijo que tenía la solución.

—Escuchad, es esto. Como en el extranjero la comida es cara, nos llevamos bastantes cosas en latas y otras como judías en bolsas, etc.

—Bien resuelto este problema —dijeron todos.

Otra vez empezaron a hablar, pero Roberto permanecía pensando y entonces interrumpió diciendo:

—Tengo otra idea; como el ir en avión, barco o tren es más caro que ir en coche, pues viajaremos en éste, y también iremos de camping en vez de hotel.

Todos aceptaron, pero el matrimonio Juan y Amelia, que también eran madrileños, aportaron que ellos no habían ido y dudaron que les gustara, pero los otros dijeron que lo intentasen. Después de esto, Roberto, Ana, Iván y Alejandro se fueron a su casa. Al día siguiente, Roberto llamó por teléfono a Juan para que vinieran el sábado. Pasaron cinco días y el sábado se presentaron por la tarde en la casa de Ana y la familia, merendaron y, como siempre, los niños se pusieron a jugar y los mayores a hablar si de verdad lo podrían hacer. Después de dos horas quedaron que no era imposible y que debían intentarlo. Así, se fueron reuniendo para aquel viaje fantástico, unos días planearon los países donde podrían ir, esto les llevó mucho tiempo porque no se ponían de acuerdo, pero luego quedaron que ir a Francia, Bélgica, Holanda, Alemania Occidental y Suiza. Otros días vieron en qué mes lo podrían hacer, Roberto dijo que en el mes de agosto, que tenía veintiocho días de permiso, y Juan lo mismo. Luego hicieron los kilómetros que debían hacer por día, y dijeron que como máximo trescientos kilómetros, pero que tenían que hacer dos jornadas de unos quinientos, Madrid a Bordeaux (Burdeos), que está en Francia, y de esta ciudad a París. Ya por mediados de mayo trazaron los días que podían estar en cada país; si

querían estar el mismo tiempo debían estar cinco días en éstos, y tres que les sobraban por si había algún retraso o incidencia. Posteriormente plantearon la comida que debían llevar, y como antes dijeron, muchas latas de conservas y bolsas de legumbres. Para la comida hicieron una lista de cosas que tenían que comprar. Luego les quedaba ver el dinero que debían llevar, puesto que no les sobraba. Las compras las dejaron como para quince días antes de empezar el viaje.

El tiempo pasó muy lentamente, y al fin llegó el día anterior a la salida; empezaron a colocar las cosas y utensilios en los coches; Roberto y familia en el suyo, un Simca mil doscientos, y el de Juan, Ana y Mónica, un seiscientos. Cada uno de los coches llevaba un cajón encima y se estuvieron riendo un rato porque el seiscientos no parecía uno, sino dos a causa del cajón que llevaba encima. En este coche habían colocado en el asiento de atrás un colchón que le servía de cama a Mónica y en el otro coche otro igual pero más grande. Después de unas horas se acostaron, pero ninguno durmió, y a las cuatro de la madrugada se despertaron cada uno en su casa; poco más tarde la familia de Roberto montaron en su coche y se dirigieron a casa de Mónica y sus padres; ellos ya les esperaban en el seiscientos. Un mes antes de empezar el viaje habían sacado los pasaportes y demás documentos. Por fin estaban en la carretera. Lo empezaron muy alegremente, pero a ver cómo lo terminaban. Pasaron algunos kilómetros y llegaron a Burgos, más tarde desayunaron en Vitoria, ésta fue su primera parada. Siguieron hasta San Sebastián, allí visitaron la playa de la Concha y subieron a un monte que se llama Igueldo y también al parque de atracciones de la ciudad, que se encontraba encima del monte. Recorrieron algunos kilómetros más hasta estar en la frontera, sacaron los pasaportes y se los dieron a un aduanero, luego se los devolvió y siguieron la marcha. Ninguno de nuestros amigos había salido de España, así que notaron mucha impresión, sobre todo en los carteles porque estaban en francés. Cruzaron algunos pueblos

más y llegaron a Biarritz, allí se bañaron. Después de esto no se detuvieron, hasta que llegó la hora de comer, pararon y comieron, hasta emprender de nuevo su recorrido. Por la noche llegaron a Bourdeaux (Burdeos). Allí acamparon en un camping y después de hablar un ratito se acostaron. Ya habían hecho la primera jornada de quinientos kilómetros, ahora les quedaba hacer una segunda etapa hasta París. Se levantaron temprano, desayunaron fuera de la tienda, luego recogieron ésta y la metieron en el coche y otra vez en la carretera, hoy tendrían que llegar hasta París.

Los protagonistas tuvieron la mala suerte de que les pillara una ola de calor y dentro de los automóviles en que viajaban estaban que abrasaban. Se detuvieron para comer, pero poco más tarde ya estaban en el coche. A eso de las ocho llegaron a París, allí no encontraron ningún camping, entonces fueron a una ciudad no muy grande que se llama Versailles y que se encontraba a unos quince kilómetros de la capital de Francia. Se dirigieron a un camping, éste estaba casi lleno, montaron de nuevo la tienda y se acostaron pronto.

Descansaron mucho en la cama y pronto desayunaron, hablaron de lo primero que deberían ver en París y quedaron que la torre Eiffel. Llegaron a París y preguntaron por la torre tan famosa y un señor muy amable los guió. Sacaron las entradas y subieron a un ascensor hasta la segunda planta y luego a la tercera que era la última. Desde allí vieron la mayor parte de la ciudad, Notre Dame, el Sena, el museo del Louvre, el Arco del Triunfo, etc. Estuvieron toda la mañana en ésta y a la hora de comer bajaron descansando un poco en los jardines. Ya por la tarde dieron un paseo en barca por el Sena y de noche vieron unas fuentes potentes y bonitas.

Al día siguiente se dedicaron a ver el Arco del Triunfo y los Campos Elíseos que estaban al lado Este. En el Arco vieron que había una tumba al soldado desconocido y que siempre había una pequeña llama encendida, que nunca se apagaba. Por la tarde volvieron a Versailles a ver el palacio de esta

ciudad. Era grandísimo, como cuatro veces el palacio de la Granja (Segovia). Estuvieron en el palacio y por los jardines, hasta que cayó la noche, entonces fueron a sus respectivas tiendas.

Se levantaron muy ilusionados y ese día fueron a contemplar Notre Dame, que traducido es Nuestra Señora de París. Es un monumento artístico que está entre Catedral e Iglesia. A las cinco de la tarde visitaron los Inválidos donde están la tumba de Napoleón y el Museo de Armas.

Al día siguiente fueron de compras y pasearon por la ciudad.

El ocho de agosto, muy temprano, recogieron la tienda y se fueron con destino a Bélgica. Siempre iba delante el coche de Juan porque corría menos que el otro. Pasaron por Compiègne que fue donde se firmó la rendición de Francia contra Alemania. Pasaron bastantes kilómetros y llegaron a la frontera, hicieron lo mismo que al pasar la otra frontera y estuvieron en Bélgica. Desde allí se dirigieron directamente a Bruselas. Llegaron no sin pasar por la ola de calor ya pronunciada. Acamparon en un camping a unos diez kilómetros de la ciudad, montaron la tienda y se dispusieron a cenar, pronto se acostaron porque el día estaba lleno de nubarrones. Los padres de Mónica eran un poco despistados y su tienda canadiense no tenía sobretecho, empezó a llover muy fuerte y la tienda empezó a calar y calar hasta que llegó a inundarse. Entonces Juan despertó a Mónica y Amelia que no se habían enterado de lo ocurrido, salieron de ésta para meterse en el coche y no mojarse. Esto ocurrió a las seis y media de la madrugada, pero la gente en el camping ya se levantaba. A las ocho de la mañana la otra familia se despertó. Ya había parado de llover. Hablaron de lo sucedido.

—¿Por qué no nos llamasteis? —preguntó Ana.

—No os queríamos despertar —respondió Roberto.

—Bueno por esta vez pasa, pero la otra nos llamáis —dijo de nuevo Ana.

—Está bien.

A causa de esto Juan tuvo un fuerte resfriado. Como veis en Bélgica empezaron los problemas. Roberto fue a Bruselas a por medicamentos, encontró una farmacia, con mucha dificultad le habló al farmacéutico, consiguiendo los medicamentos y volvió rápidamente al camping. Esta vez les tocaba hacer de médicos. Tenían un termómetro en el botiquín pero se les rompió al cogerlo. También hicieron tendedores para secar la tienda y el colchón, que por cierto se les pinchó al salir bruscamente de la tienda cuando estaba inundada. Amelia con Mónica se quedó cuidando de Juan porque le subió la fiebre, mientras Alejandro, su hermano y sus padres fueron a ver la ciudad. Empezaron por visitar la Catedral de Leiken, que es donde residen los Reyes, el palacio lo vieron de lejos, pero pudieron contemplar los movimientos de la guardia.

El diez de agosto Juan mejoró, pero tuvo que quedarse en la cama y todos decidieron descansar ese día por lo hecho en los otros. Pasó el día, la noche y la madrugada; en ese tiempo Juan se curó casi completamente y pudo salir de la cama. Fueron a visitar el Atomium que son nueve bolas unidas; al mediodía cogieron el coche para ir a Brujas, dieron un paseo en barca por el canal que rodea la ciudad y visitaron la Plaza Mayor. Luego fueron a Ostende, que tiene un gran puerto, y también visitaron su acuario. Nuevamente volvieron al camping, no sin antes ver el Markenpik (fue el niño que salvó a la ciudad según cuentan las leyendas).

Por la mañana del día siguiente recogieron la tienda para irse a Holanda. Alcanzaron la frontera holandesa y dejaron atrás Bélgica. Primeramente se dirigieron a La Haya, donde estuvieron buscando un camping. Consiguieron ir a uno y allí pusieron la tienda. Juan fue a la ciudad para comprar un sobretodo y parches para el colchón.

Al día siguiente fueron a La Haya a visitar la ciudad, el famoso museo de Martirios y Madouragan, que es toda la ciudad de La Haya en miniatura. En La Haya vieron que se



usaba el coche tanto como la bicicleta, y que para éstas había una carretera al lado de donde pasaban los coches.

Otro día vieron la ciudad de Amsterdam con su famosa playa Don (donde se encuentran los hippies) y dieron una vuelta en barca por el río que atraviesa la ciudad. Por la tarde fueron a la playa del Mar del Norte donde se bañaron. Al día siguiente visitaron la ruta de los molinos de viento, así como las esclusas, también compraron el famoso queso holandés, esto fue en Rotterdam donde está el mayor puerto de Europa y segundo del mundo. En Rotterdam subieron al Euromástil, es un mástil muy alto (más de cien metros de altura), al cual se sube mediante un ascensor que va girando, por cierto que pasaron mucho miedo. Desde arriba se divisa todo Rotterdam, también vieron el sistema de esclusas que tienen para dar entrada a los barcos. Volvieron muy cansados al camping y se acostaron sin cenar.

A las siete de la madrugada recogieron todo para irse a Alemania, tendrían que recorrer todo el país de extremo a extremo. Marcharon, como en otros países, a la frontera. La cruzaron sin casi darse cuenta y siguieron su trayectoria, hoy tendrían que llegar a Colonia. De noche alcanzaron su destino, encontraron con gran facilidad un camping y se quedaron allí.

El veinte de agosto subieron a la Catedral de Colonia, que medía más de ciento veinte metros de altura. Tuvieron que subir, pero Mónica y Ana se quedaron abajo. Desde arriba vieron una gran parte de la ciudad, y también un puente por donde pasaban al día mil trenes. Bajaron y dieron de nuevo otra vuelta en barca, pero esta vez por el Rhin. Más tarde se fueron de nuevo al camping.

Pasó el día temprano, empezaron por ir de compras, estuvieron toda la mañana en un gran establecimiento y cada familia compró un televisor pequeño en color, sin pensar en la aduana. A las cinco de la tarde se fueron a Düsseldorf para visitar a una amiga de Roberto. Esta amiga les enseñó la ciudad, luego bajaron de nuevo a Colonia.

Al día siguiente se marcharon de esta ciudad con destino a Frankfurt. Pasaron por Wiesbaden y después de varios kilómetros llegaron a Frankfurt. Acamparon y se acostaron. En los dos días que estuvieron, visitaron el zoológico, había toda clase de animales: canguros gigantes, hipopótamos, tarántulas, cocodrilos grandísimos, etc. También allí hicieron compras y vieron más cosas. Una cosa curiosa es que en este país los conejos están sueltos por los parques y plazas porque en el país no se come esa raza de animales. El día veinticinco recogieron de nuevo las tiendas para irse a Suiza. Estuvieron la mayor parte del día con sol en el coche, después de cruzar la frontera empezó a llover torrencialmente, mucho más que en Bélgica y sin ganas de parar. Llegaron a Berna y de allí se fueron directamente a Lausana, que es una importante ciudad de Suiza, la cual está situada al lado del lago Lemans que termina en Ginebra. En Lausana no encontraron un camping y se acostaron en el coche porque no podían poner la tienda a causa del mal temporal. Durmieron muy mal y al día siguiente se levantaron, pero seguía lloviendo. Entonces decidieron irse del país cuanto antes, quisieron salir pero el coche de Mónica y sus padres no arrancaba, el otro le tuvo que empujar. Salieron ilesos del camping y al llegar a Ginebra dieron una vuelta en coche por la ciudad. Luego siguieron hasta la frontera. Llegaron y desde allí se dirigieron a Marsella que es una ciudad importante de Francia. De noche la alcanzaron y acordaron quedarse dos días, algunos de los que debían haber estado en Suiza. En la ciudad fueron a visitar parques, jardines y monumentos que estaban mal cuidados y sucios. Tampoco les gustó el camping porque era de piedra y arena, no como los otros que eran de césped. Una cosa curiosa es que había mucha gente de diferentes nacionalidades. Allí hizo mucho viento y la tienda canadiense se cayó mientras dormían Mónica, Amelia y Juan.

Esta era la última noche que estaban en Marsella. Se levantaron para ponerla bien y estuvieron buena parte de la noche

sujetando los clavos para que no se cayera. Después de varias horas se despertaron para ir a Perpignan.

Llegaron sin ninguna incidencia y buscaron un hotel donde alojarse por una noche.

Se levantaron, y si hoy no había ninguna incidencia llegarían a Madrid, su punto de partida. Salieron de Perpignan y cuando estuvieron cerca de la frontera se dieron cuenta de que tendrían que pagar los televisores en color, si revisaban el coche, pero no les quedaba otra solución y se arriesgaron. Cuando se pusieron a la cola vieron que de cada cinco coches que pasaban revisaban uno. Ellos tuvieron la suerte de que no les pillara. Pasaron por Barcelona donde el coche de Juan pinchó una rueda, la repararon y siguieron por Lérida, Zaragoza, etc. Llegaron finalmente a Madrid, después de pasar por muchos problemas en el extranjero.

Una vez descansados, recordaron todas las anécdotas que les habían pasado, viendo que habían sido más los momentos buenos que los malos. Deseaban que llegaran de nuevo las próximas vacaciones para emprender de nuevo otra aventura.

OSCAR, 10 años



# *pepe el tornillos*

Fernando y Gabriel, 10 años



Pepe el tornillos nació en el segundo piso en la caja de herramientas. Su madre era un tornillo grande y su padre un alicate. A los pocos días decidió irse a otra caja de herramientas porque en la primera le engrasaban poco. En la segunda caja de herramientas sirvió de gran ayuda porque recogía los papeles de la caja con la lengua.

Le pagaban diez céntimos roñosos al siglo. Se iba haciendo mayor y su oficio favorito era vender tornillos.

Cuando tenía veinte años entró en la mili, que duraba doscientos ochenta años. Su tío el destornillador le vino a recoger a la estación cuando la barba le arrastraba por los raíles. Tuvo que ir a la peluquería de tornillos, en la cual tardó mil años. Cuando tenía trescientos sesenta y dos años, todavía recordaba la mili, en la que sólo le enseñaban a comer con las manos. Hizo un viaje a Tornillocolindazo de arriba, donde heredó un castillo de su tía alicata de dos metros cuadrados y dos centímetros de alto.

En el castillo no estuvo mucho tiempo porque además de los fantasmas no era muy grande.

Cuando vendió el castillo por cinco pesetas aprovechó para comprarse una cámara fotográfica de 1 milímetro por 1. Después de hacer dos fotos se marchó a Tornillocolindazo de abajo para pasarlo mejor. Allí mismo las reveló y decidió empapelar la casa con las fotografías.

Decidió irse a otro pueblo y por ser el tornillo con punta fina le nombraron alcalde de Villacanzajo del manillar, pueblo famoso por su exportación de peces aunque no tenía mar.

Se quedó allí por la excelente aceitada que daban de la mitad de cuarto de litro por cada milenio. Tuvo que dejar por unos días el puesto de alcalde porque a su sobrino Sierra loca le había dado un cancerdestornillo y requería el máximo cuidado. Cuando se le había curado el cancerdestornillo a su sobrino Sierraloca hubo de mandar una carta a Villazanajo del manillar para dejar el puesto de alcalde y quedarse en Tornillocolandiazo de arriba.

Cuando tenía novecientos noventa y nueve años le gustaba leer cuentos de misterio y novelas de Zipi y Zape. Llegó el modernismo del invento del coche a pedales. Tuvo que dejarlo porque en cuanto se oxidaba la cadena tenía que empujarle y a empujoncitos y empujoncitos se herniaba en un segundito.

Murió de un tornicancerloco por exagerar comiendo puré de martitornicate.

Cuando estaba en la tumba sólo le ponían flores marchitadas, y al entierro sólo fue el Papa.

FERNANDO y GABRIEL, 10 años



*un hombre  
en la calle*

Eduardo, 11 años



Paseaba por la calle cuando ya había anochecido. A la débil luz de los faroles distinguí una sombra que caminaba por la acera de enfrente. El sombrero, ladeado hacia un lado, amenazaba con caerse y los pantalones iban barriendo el polvo de la acera.

Mientras entraba en el portal la sombra se perdió en la esquina. Subí a mi casa y me desnudé, metiéndome a continuación en la cama. Antes de dormirme estuve pensando en este hombre, un hombre cualquiera, un hombre que como todos estaría sometido al trabajo de cada día... Me dormí pensando en este hombre... Llega a su casa tarde. Está en silencio. Sólo le interrumpen unos ladridos, casi gemidos, de su perro Lop. No se desnuda. Sólo se quita la chaqueta y se deja caer sobre la cama. Sus cuarenta años ahora le pesan más que nunca. Pero esta sensación va pasando a medida que se le van cerrando los ojos. Un sonido agudo le despierta a las ocho de la mañana. ¡Demonio de despertador! Todas las mañanas su pitido le avisará de que empieza un nuevo día de trabajo. Una vuelta en la cama, dos y tres hasta que se cae de ella. Entonces lanzando un breve gruñido, al que contesta Lop, se dirige al cuarto de baño. Saca la pasta de dientes y la extiende por el cepillo. Empieza a frotar y frotar mientras que se mira en el espejo. Termina y suelta el agua del lavabo que produce un ruido muy peculiar. Entre gruñido y gruñido acaba de lavarse. Se seca la cara y las ideas amontonadas en su cerebro se aclaran. ¡Oh, no! Las ocho y cuarto estaban dando en el

reloj de pared. Sale corriendo y patina al final del pasillo. Uf, tiene que hacerse el desayuno. Un huevo cae a la sartén; y le sigue otro. Un poquito de sal y... listo. Delicioso. Todo lo que hace él está delicioso, aunque no lo parezca. Está hojeando el periódico mientras que desayuna y suenan las ocho y media. ¡Caray! Deja el desayuno y se viste apresuradamente. Baja a la calle con la chaqueta en el brazo, coge su coche que empieza a petardear pero que no arranca. Los hombres y las mujeres pasan indiferentes, ante lo cual se crispan sus nervios. Al final consigue hacerlo arrancar y enciende su sexto pitillo en señal de triunfo. Haciendo increíbles peripecias consigue llegar a la oficina antes de las nueve. Aparca el coche y se sacude el polvo de la americana. Cruza el parque donde juegan los niños y llega a un edificio. En el piso quinto están las oficinas pero sube a pie. Al llegar al quinto ya casi no puede con la cartera, pero se pone muy rígido y llama al timbre. ¿Qué tal, señor Pérez? Por toda respuesta, la secretaria del "jefe" recibe un expresivo ¡uf! Cuando llega al despacho él se deja caer sobre su silla y tira la cartera al suelo. Tres minutos después, pasado el cansancio, sus dedos caen sobre una máquina de escribir y tecleatan con fuerza. Media hora después, hechas ya las gestiones pertinentes, habiendo llamado doce veces por teléfono y copiado tres cartas a máquina, termina todo el trabajo atrasado de ayer. ¡Joroba, ya era hora! Ahora comienza el trabajo de hoy. A las doce y media ha terminado. La corbata y la camisa están en el suelo bañadas por el sudor. Cinco minutos más tarde suena la sirena que anuncia la salida. Coge la chaqueta, la camisa y la corbata, y se viste rápidamente y se mete a empujones entre las chaquetas y los jerseys de sus compañeros. Diez minutos más tarde sale despedido tras su cartera y su caja de pitillos. Pasa el parque, y después de haber recibido un certero pelotazo en la cabeza, monta en su... auto. Mete la primera y su utilitario deja el parachoques del coche de enfrente hecho una rosa. Después de una breve charla con el dueño, después de

la cual acabó con una tirita en la mejilla, consigue hacer andar a su coche. Va contaminando el polucionado aire de Madrid hasta su apartamento. Cuando llega, ya exhausto, el ascensor está estropeado como era de suponer. Sube y se prepara el consabido potaje. Sin darse cuenta se mira en el espejo. A sus cuarenta años las sienes ya presentaban arrugas y hacia la mitad de la cabeza unos pelos empezaban a desprenderse. Los ojos verdes, casi siempre aparecían cerrados hacia la mitad en señal de cansancio. ¡Buf!, que asco de cara —pensó, pero siguió mirando. La frente también tenía sus ciertas arrugas pero bastante bien disimuladas. Así se siguió admirando. La corbata asomaba entre su chaqueta con un nudo más o menos bien hecho. Levanta las manos y las mira. Los dedos índice y corazón de su mano derecha están amarillos de tanto fumar, pero aparte de esto se conserva estupendamente. ¡Ay, demonios! El potaje empezaba a humear demasiado. Lo sacó y empezó a comerlo. Bueno, a pesar de todo estaba muy bueno. Cuando termina saca un filete que se estaba quemando en la sartén y lo digiere rápidamente. Por fin se tumba en un sofá y a los veintitrés segundos ya se ha quedado dormido. A las tres y media suena el reloj de pared y con sus monótonas campanadas consigue despertar al hombre cansado, tumbado sobre el sofá. Se despereza ruidosamente y cuando se da cuenta de la hora que es, guarda los platos y demás utensilios de la comida y sale corriendo con la chaqueta debajo del brazo. Llega al utilitario y a la tercera intentona consigue hacerlo arrancar. Cruza calles y plazas y a esa hora llega al parque, que a esas horas aparece desierto. Esta vez prefiere subir en el ascensor pues está bastante cansado. Pulsa el botón del quinto y el ascensor, renqueando, consigue elevarse. Sube poco a poco pero al fin llega al piso deseado, abre la puerta y pulsa el timbre de la puerta de enfrente al ascensor. Esta vez no sale la secretaria sino un compañero de trabajo con una colilla apagada en la boca. Se saludan con un ligero gesto de cabeza y pasa el umbral en dirección a su despacho. Se sienta en

la silla y durante dos minutos queda absorto, pensando no se sabe qué. Después abre un cajoncito y revisa unos folios. Había que terminar una carta. Un cuarto de hora más tarde recibe una llamada del despacho del jefe. ¡Ahí va! Se coloca la chaqueta, se sube el nudo de la corbata, se estira las mangas e intenta andar con una gran dignidad. No sabe de lo que se trata pero antes de correr el pomo de la puerta duda un instante. Al fin se decide y entra por primera vez en el despacho del jefe. Observa: todo es despacho. Hay mucho lujo. Enfrente suyo hay una ventana con cortinas y debajo de la ventana una silla. A la derecha de la ventana y a su izquierda hay una pequeña biblioteca y en ella un licorero. A la derecha de él hay dos ficheros, uno contra otro. Y enfrente de la biblioteca está, por fin, la mesa del jefe. Un tintero junto a una pluma dos bolígrafos, un lapicero, puros, etc... son los enseres propios del jefe que están en la mesa. El jefe está encendiendo un puro cuando le ve a él parado en la puerta. Entre, por favor— le dice. Empieza a hablar, el jefe, de cosas superfluas pero cuando verdaderamente se dirige al grano dice ni más ni menos que le ha subido el sueldo a treinta y cinco mil pesetas. Así se dirige anonadado a su despacho. Sin darse casi cuenta termina la carta y el trabajo rápidamente. Pide permiso, que le es concedido, para irse a su casa. Son las cinco y media cuando llega a su casa y se tumba en la cama. Había esperado trece años ese aumento y por fin había llegado. Media hora más tarde el estómago empieza a quejarse por lo que él se despierta.

Se prepara el mayor bocadillo de jamón conocido. Y después, aún un poco absorto aunque no fuera para tanto, se tumba en un sillón y enciende la televisión. Se pasa dos horas fumando, viendo la televisión y leyendo. A las ocho y para calmarse empieza a comer chorizo y chorizo hasta que lo acaba. Al final, terminada ya la caja de cigarrillos, sigue su costumbre y sin desnudarse se mete en la cama. Aquella noche no durmió pues las pesadillas le asaltaban cada hora y el pobre

de él tomó la resolución de tomarse unas cuantas tazas de café gracias a las cuales estuvo despierto hasta que amaneció...

Y justo cuando amaneció yo me desperté y tomé la firme decisión de nunca ser un oficinista.

EDUARDO, 11 años



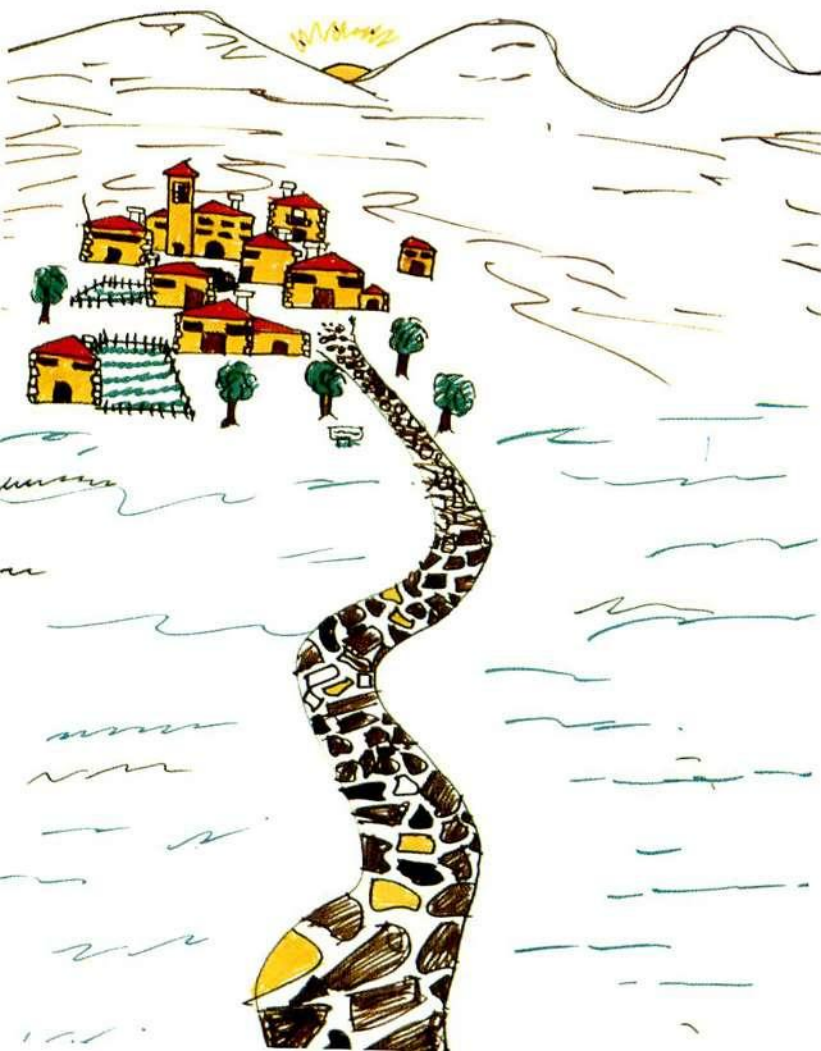


*cuento  
para niños  
muy pequeños*

Guillermo, 11 años



# CUENTO PARA NIÑOS MUY PEQUEÑOS.





Había una vez, en un pueblecito muy chiquito, muy chiquito una casa donde vivía la familia Ratónez. Eran muy pobres pero si veían que alguien tenía hambre le daban del poquitín de queso que tenían. Nunca dieron la espalda a quien necesitaba ayuda. Sin embargo, los demás vecinos eran muy malos con ellos. ¿Os preguntaréis por qué? Pues os lo voy a decir: porque eran muy pequeños.

Los hijos de los Marmótez, Conéjz, Ardíllez etc., no querían que en sus juegos participaran los hijos de la familia Ratónez: Ratita y Ratito. El papá de Ratita y Ratito, Ratono, fue a hablar con el alcalde gran número de veces. Aquí reproduzco una de sus cortas conversaciones:

—Buenos días, señor alcalde —dijo Ratono.

—¡Buenas, súbdito!

—Señor alcalde, mi familia y yo tenemos mucha hambre, ¿me podría dar usted trabajo? —le suplicó.

Pero el alcalde era de la familia Conéjz y por lo tanto el más malo del pueblo, o sea que contestó:

—¡Fuera de mi vista, los ratones son cosas pequeñas y por eso no sirven para nada!

—Pero señor alcalde, nosotros somos buenos con nuestros vecinos.

—¡Basta, todo eso es mentira! ¡Fuera!

Y el pobre Ratono tembloroso salió del despacho del alcalde. Después a la puerta del Ayuntamiento echa a llorar. Entonces oyó:

—¡Allí está Ratono, vamos a por él para pegarle! —dijo Marmoto a Ardillo y Conejote.

Al oír esto Ratono se puso a correr lo más deprisa que pudo a su casa. Una vez allí cerró la puerta con el pestillo y agotado se tiró en su sillón. Se lo contó después a su familia y todos se pusieron muy tristes. Así todos los días; recuerdo que una vez Ratona, la mamá de Ratita y Ratito salió a la tienda para comprar queso, pero por poco doña Gatuda se la come. Aun con todas las molestias que les causaban sus vecinos seguían siendo buenos y amables con ellos.

Un día que ya estaban todos dormidos: Ratita, Ratito, Ratona y Ratono, llega a su puerta un conejo y llamó despertándoles.

—¿Quién es? —dijo Ratona.

—Cartero.

—¿Qué desea?

—Hay carta para usted de Ratonía.

Entonces Ratona abrió la puerta y el conejo se la llevó en la mano mientras Ratona gritaba pidiendo socorro. Cuando llegó Ratono y los pequeños era demasiado tarde, habían desaparecido. A la mañana siguiente Ratono fue a preguntar a casa de los señores de Conejo si la habían visto pero lo echaron de un puntapié. Ratito se asomó a la ventana y vio cómo un conejo estaba dispuesta a comerse a mamá. Entonces abrió la ventana y de un gran salto se puso en la cabeza del conejo y empezó a morderle una oreja. Entonces su hermana Ratita hizo lo mismo y le mordió la otra oreja, mientras Ratito rescataba a Ratona. Cuando sus padres ya estaban a salvo fuera de la casa de los Conéjez, escaparon a toda prisa de un salto de aquella casa. Poco después los conejos salieron de su casa para buscar a los ratones pero ellos ya habían escapado. Al llegar a su casa se les apareció una señora con trajes limpios y bonitos con cintas de brillantes y perlas, y zapatos de flores azules y amarillas. Toda la familia dijo a una vez:

—¡Oh!, un hada.

—Sí soy un hada y en premio a vuestra humildad voy a haceros un regalo. Mañana al mediodía id al Valle del Polen.

Los ratoncillos se quedaron asombrados ante aquella hada. Pero ¿queréis que os diga un secreto? Que aquella hada no era de verdad sino un conejo disfrazado y lo de ir al Valle del Polen era una trampa preparada por todos los vecinos del pueblo. Medio aturdidos iban de un lado a otro de la casa pensando en cuál podía ser la sorpresa que les tuviera guardada el hada. Y así llegó la noche durante la cual no pudieron dormir ni un minuto. Ya en la mañana esperaron ansiosamente la llegada del mediodía. En el momento en el que el sol se puso en el punto más alto del cielo salieron disparados de su casa los cuatro ratones, y llegaron al Valle del Polen en un tiempo pequeñísimo. Una vez allí se impacientaron al no ver al hada que les había prometido un regalo. Pero sí vieron otra cosa: gatos, conejos, ardillas, marmotas etc., por todas partes. Se dieron un susto tremendo. Entonces vieron un poquito de sitio donde no había animales pero en seguida ese agujero se tapó. Poco a poco el círculo se iba cerrando en torno a ellos. A medida que se acercaban pudieron distinguir que eran todos los vecinos del pueblo! Los cuatro ratones temblaban de miedo y se daban cuenta que aquella era una falsa hada. De entre todas aquellas cabezas se alzó una y gritó:

—¡A por ellos!

Y así lo hicieron, pero como eran tantos, llegaron a donde estaban los ratones, se armaron tal lío entre ellos mismos que los ratoncitos pudieron escaparse con toda tranquilidad. Cuando los otros lograron desenredarse, nuestros pequeños amigos estaban en su casa merendando alegremente, riendo y cantando. Pasaron para ir a su casa los vecinos que les habían hecho esa faena y al oír que los ratones se lo estaban pasando bien les entró una rabia de aúpa. Era la primera vez que los pequeños ratones hacían pasarlas moradas a los otros. Y pasó la noche, y llegó la mañana. La familia Ratónez salió de paseo, cualquiera que les miraba lo hacía con una mirada que pare-

cía que se los iban a tragar, pero nuestros pacíficos paseantes no les hacían caso.

Entonces oyeron un ruido de pisadas que les asustó mucho, después una humareda en el horizonte y al final... ¡Una manada de lobos corriendo en estampida! Los pobres ratones, creyendo que venían a por ellos se echaron a correr, pero vieron que unos cien lobos que serían, se desviaban al pueblo. Disminuyó un poco su nerviosismo aunque al notar que su intención era comerse a la población del pueblo corrieron a avisarles, pero ya nada pudieron hacer. Los lobos se estaban dando un banquete con los vecinos del pueblo.

GUILLERMO, 11 años



*la república  
afortunada*

Oscar, 11 años



Por aquel país República Democrática Norte Islandesa, existía una crisis muy gorda, debido a los pocos recursos de que disponía aquel país. El país estaba desapareciendo por momentos, porque los habitantes emigraban, ya que en aquel país sólo había hielo y el único recurso era vendérselo a los árabes para regar los secos y sedientos desiertos. Y esto de vez en cuando.

El presidente Simoni Jansen estaba desesperado, ya estaba haciendo la factura para vender el país a Islandia. Pero pensándolo bien la retiró, y pensó hacer una flota de barcos piratas para conquistar al país que más admiraba, Irlanda. Simoni Jansen estaba ignorando con quién se enfrentaba. Y en efecto se hizo una flota de cuatro viejos barcos. Al día siguiente empezó a surcar los mares con una bandera pirata para que no sospecharan que era el presidente Simoni Jansen y destrozaran su país por completo. En cuanto llegó a las costas de aquel hermoso país empezó a disparar con unos viejos mosquetes que tenía en el museo nacional de dicho país, y fingió que era un temido pirata de Tasmania. Al ver esto, los irlandeses empezaron a disparar con más bravura, cosa que no favoreció al presidente Simoni Jansen. Los del barco pirata no tuvieron más recurso que irse alejando poco a poco hasta estar fuera de alcance. Los barcos lo único que consiguieron fue sembrar el pánico. Pero los barcos piratas no se rindieron, volvieron a las andadas. Esta vez les pasó lo mismo, sólo que perdieron un barco. Entonces vieron que con tres

barcos no podían conquistar Irlanda. Seguidamente, sin pensar en los líos que se podían meter, decidió unirse con Canadá e Islandia para que fueran muchos barcos y algunos aviones. Pero no pensó que después de conquistar Irlanda, iba a tocar a muy poco terreno. El 13 de diciembre de 1953, fecha importante para la República Democrática Norte Islandesa, empezaron los primeros ataques aéreos en los que murió el buen Presidente, el que sacó adelante a nuestro país, Simoni Jansen. Pero no hubo tiempo de hacer elecciones, pues estamos en guerra. Tras muchos muertos, ataques y estropicios que superaron los quinientos millones de pajines, moneda que hay en la República Democrática Norte Islandesa, consiguieron conquistar Irlanda... El país tocó a bastante terreno, claro está, con relación a lo que habían pensado. Con estos terrenos, el país se enriqueció bastante. En las elecciones salió ganador un hermano suyo, George Jansen. El nuevo Presidente, muy orgulloso por la victoria, cultiva las tierras, puso ganadería y fue exportando trigo, cereales, etc., hasta haber sobrepasado un poco la gravísima crisis interior. Pero el Presidente no estaba conforme y decidió atacar por sorpresa a Islandia un país inofensivo. Pero no con cuatro viejos barcos, como anteriormente, sino con diez o veinte acorazados y cuatro portaaviones. A la semana siguiente de haber empezado los primeros ataques, Islandia se dio cuenta de que los habían traicionado. La gran noticia corrió por todo el mundo rápidamente. Pero no la vida de este país le iba a ir favoreciéndole siempre. Alemania, cuando se enteró de esto, pensó conquistar su país dentro de poco, para que no les diera tiempo a enriquecerse más. El Presidente George Jansen se enteró de esto demasiado tarde.

Y en efecto, no les dio tiempo a enriquecerse mucho. Los alemanes empezaron a atacar y los de la República Democrática Norte Islandesa se defendían como podían, los del frente, claro, que mientras los de la retaguardia con los pajines que ahorraban compraban armas a Estados Unidos, con lo que pu-

dieron irles echando poco a poco, muy lentamente. Cuando consiguieron echarlos, Alemania se quedó muy débil y los norte islandeses pensaron terminar con Alemania ahora que estaban débiles. Mandaron un batallón mandado por el general de división Maclan. Alemania no estaba tan débil como ellos pensaban, o sea, que tardaron dos años en conquistar Alemania. De 8.000 hombres que envió a la guerra la República Democrática Norte Islandesa, sólo volvieron 784 ilesos, 325 heridos y heridos graves, 32. Con esta victoria pensaron cambiar el nombre al país y le llamaron R. D. C. E. Con esta última victoria se vio superada por completo la grave crisis interior. Ahora ya no era un país no nombrado en el mapa sino la 58ª potencia del mundo.

OSCAR, 11 años.



*un prototipo  
en el año dos mil*

Francisco, 11 años





Al unirse las dos superpotencias, la USA y la URSS en el año 2000, construyeron un barco a control remoto que en caso de urgencia sería disparado un cohete a propulsión.

Este barco iría desde URSS hasta USA efectuando su viaje por el Polo Norte hasta Alaska.

Los tripulantes serían jefes de gobierno o gente importante. Todo el mundo estaba entusiasmado por este nuevo prototipo y por lo que les iba a pasar a sus tripulantes.

Con este nuevo prototipo el viaje era mucho más seguro, ya que en caso de peligro, el propulsor a reacción despegaría.

Llegó el día de la partida. El prototipo estaba adornado con hermosas cintas de colores y además un servicio fantástico, con restaurante, discotecas y demás servicios. El prototipo tenía un reactor, así podría ir a grandes velocidades.

El primer día de viaje no recorrieron mucho, ya que salieron a medio día.

Este viaje duraría más de un día y medio. Cuando llegamos al Polo Norte a la mañana siguiente almorzamos; era un día frío. Ese día lo había dejado toda vida. Yo, un científico, descubrí que pasábamos por una zona fría. En ese mismo momento recibieron un mensaje desde URSS comunicando que no estaba preparado contra cosas heladas ya era demasiado tarde, pues el barco se deshizo al golpearse contra un iceberg. La Unión Soviética informó rápidamente a los Estados Unidos y decidieron que despegara el propulsor.

Así sucedió y el barco se hizo añicos al Oeste. Iba sin rumbo.

Después de un largo viaje llegamos a un nuevo planeta al que bautizamos Exilon. En este planeta no existía vida humana aunque había ríos y mares. No había contaminación ya que este planeta no tenía avance alguno. La sequía producía que no hubiese vegetación ni animales, o sea que se tuvieron que trasladar a otra parte del planeta. En esta parte parecía con más vegetación, o sea que decidieron instalarse aquí. A los pocos días descubrieron un lago a no más de 1.000 metros de aquí. Desde aquel día todos los tripulantes, un día caliente distinto a los demás, ya que allí helaba muchos días, decidieron investigar el lago. Allí encontraron especies de animales extrañas. Pero ninguna semejante al hombre.

Junto a ese lago encontraron plantas de no más de tres palmos. Así sucedieron los días, todos los días. Por la mañana nos dábamos un baño. Hasta ahora estaba probado que no había ningún animal parecido al hombre, pero un día en el baño descubrimos al salir unas huellas de un animal bastante grande y era parecida a la nuestra. El primer día afirmamos que existía un animal parecido al hombre. Luego se borraron las huellas y no vimos ni rastro de aquel bicho.

Después pensamos que el que nos debía estar buscando era ese animal. Escaseaba la comida y las esperanzas de encontrar a ese animal. Ese día hacía dos meses que habíamos partido de la URSS. Cuando encontramos un animal que no era como el que buscábamos pero más carnoso...

Este planeta era bastante más pequeño que el globo terráqueo. Aquí el día duraba como setenta horas. Pronto volvieron las posibilidades de que existiera un animal como nosotros, ya que encontramos unas huellas de no hace mucho que conducían a una cueva deshabitada y rocosa, donde encontramos pinturas rupestres. Parecía estar abandonada cuando apareció una sombra extraña, nos volvimos y encontramos un

animal peludo como un hombre de mediana estatura. Su idioma no era semejante al nuestro. Estos hombres parecían muy alegres. Después de convivir con ellos unos días uno de nuestros satélites artificiales nos vio e informó a la Tierra que nos habían encontrado, pero aquellos animales, al ver aquello se asustaron. Después de aquel desastre volvimos a su búsqueda de día y de noche. Al cabo de unos días caímos de fatiga.

Pronto nos repusimos y les encontramos muertos. Al partir hacia la tierra, muchos tripulantes murieron y otros al pisar la tierra, pero yo duré tres días más.

FRANCISCO, 11 años.



# *la vida del pastor*

Maribel, 10 años



Esta noche era el 24 de diciembre, el día de Nochebuena. En todos los hogares estaba la gente alegre, brindando al calor de la chimenea, comprando los regalos de Reyes y cantando villancicos a la luz de la luna, menos en una casa, la de nuestro buen amigo Juan. Juan vivía en una cabaña de piedra y tejas. Estaba haciendo solitarios, aburrido y sin compañía —sólo tenía un perro que vivía con él, llamado Haster—. Haster siempre le ayudaba con el rebaño.

Haster, al igual que su amo estaba aburrido y se encontraba muy solo.

Esa noche fue una noche muy, muy triste... Por fin se hizo de día; después de desayunar llamaron a la puerta, PON, PON, PON. En seguida Juan fue a abrir, y al abrir vio a un niño de unos siete u ocho años con ropa remendada y tiritando. Rápidamente Juan le cogió en brazos, le metió en la cama, y encendió la estufa. Y al cabo de un rato, cuando se hubo repuesto, Juan preguntó al recién llegado de dónde venía. Entonces el niño respondió:

—Mi padre se ha muerto y mi madre está enferma. Yo salí a por leña y a por unas hierbas cura todo, no encontraba las hierbas y buscándolas se hizo de noche, me perdí, fui andando, andando, y aquí estoy.

Juan dijo:

—Bueno, y ahora ¿qué piensas hacer?

El niño se quedó pensativo, y al fin dijo:

—Buscaré a mi madre —y se calló.

Juan dijo:

—¿Por qué no te quedas a vivir conmigo? Me podías ayudar con el rebaño y yo compartiría la vida contigo. Pero antes me tienes que decir cómo te llamas.

El niño, que ya lo había pensado, dijo al fin:

—Yo me llamo Jesús. Y yo creo que estaré más feliz aquí viviendo que en mi casa. Además tú tienes un perro y me divertiré mucho con él, jugando contigo y con todas las ovejas. Me quedaré aquí si te parece. De vez en cuando iremos los dos a buscar a mi madre que ya estará buena y si la encontráramos, la traeríamos y viviríamos todos juntos y alegres.

Al fin Juan dijo:

—Eso me parece muy bien, así podríamos tener comida en abundancia y no seríamos pobres. Entonces podríamos ir a un colegio de la ciudad porque tendríamos mucho, mucho dinero. Esto ocurriría en verano y en invierno iríamos a dar paseos en trineo y jugaríamos con la nieve, echaríamos carreras de trineos y nos lo pasaríamos muy bien. Como tendríamos mucho dinero compraríamos una televisión en color y estaríamos muy entretenidos con ella. A tu madre le compraríamos bonitos vestidos largos y cortos trajes.

Los dos dijeron a la vez:

—Esto sí que sería un sueño hermoso. —Entonces se pusieron a comer.

Luego, ya por la tarde estaban tan ilusionados que se les olvidó dormir la siesta y salieron afuera para jugar con la nieve.

Entonces Juan dejó de jugar con la nieve y se quedó pensativo. Jesús dijo:

—En ¿qué piensas, Juan?

Y Juan dijo:

—Estoy pensando que mañana podríamos ir a buscar a tu madre. —Juan pensó: "Ojalá que diga que sí. Así todos



nuestros deseos se cumplirían y viviríamos toda la vida muy, muy felices todos juntos.

Jesús dijo:

—Esa es una buena idea. Saldremos a la madrugada muy temprano.

Juan respondió:

—Así lo haremos.

Al cenar se tomaron un huevo y se fueron a la cama.

Juan dijo:

—También podríamos comprar una cama para cada uno y no tendríamos que dormir tan apretados.

Jesús dijo:

—También en eso tienes razón.

A la mañana siguiente muy de mañana salieron en busca de la madre de Jesús. Fueron andando hasta ver un bosque. En este bosque habitaban toda clase de animales desde ciervos hasta lobos. Cuando hubieron pasado el bosque, se sentaron sobre una piedra grande y allí tomaron un pequeño bocadillo para reponer fuerzas.

Después de haberse comido el bocadillo siguieron la búsqueda. Al cabo de un rato vieron una cabaña. Entonces fueron hacia ella creyendo que era la de Jesús. Pero estaban equivocados; esa cabaña estaba abandonada y deshabitada. Luego, al ver eso, una reconoció que ésa no era su cabaña. Entonces como ya era tarde se pusieron en camino del pueblo. Al pasar por el bosque vieron enganchado de una rama un trozo de traje de Jesús. La dirección venía del Norte.

Entonces Juan dijo:

—Ahora iremos a casa a dormir y mañana seguiremos la dirección indicada.

Al fin llegaron a la cabaña, cenaron y se fueron rápidamente a la cama.

A la mañana siguiente fueron por la señal indicada y andando andando encontraron una cabaña. Esta cabaña era la de su madre. ¡Qué alegría les dio al volverse a ver! Jesús

le presentó a su amigo. Le explicaron todos sus sueños, deseando ser realidad y la madre aceptó irse con ellos puesto que quería la felicidad de los dos niños.

Todos vivieron muy, muy felices y contentos con todos sus sueños deseados hechos realidad.

MARIBEL, 10 años.

*una aventura  
en tokyo*

Raquel y Elena, 11 años



Lo primero que puedo decir es que tengo doce años y me llamo Javier Herraz Sevilla.

También tengo un hermano mellizo, Jorge, y una hermana de seis años, Belén.

Normalmente me peleo con Jorge porque el pobre es un pesado y no me deja copiar los problemas de matemáticas. En cambio mi hermana Belén siempre me está quitando los lápices y cuadernos.

De vez en cuando te da un pellizco, pero por mucho que te duela hay que disimularlo, porque si no se pasa la tarde pellizcando...

Papá nos dijo que debíamos ir con nuestros tíos Tina y Charli a pasar las vacaciones porque ellos no podían ir con nosotros.

Mis hermanos y yo nos despedimos de nuestros padres para irnos a Tokyo (Japón); allí nos esperaban nuestros tíos Tina y Charli. Estos nos saludaron y mi tío Charli cogió las maletas. Tina nos preguntó que ¿cómo nos resultó el viaje? Yo contesté que bien aunque lo más pesado era mi hermanita Belén.

Llegamos a su casa. Estaba situada en la desembocadura del río Tone, y antes de entrar en la casa pasamos por unas enormes tierras verdes que rodeaban ésta. De detrás de la casa salieron seis niños gritando: "Papá, mamá". Cuando llegaron a nuestro lado dieron un beso a Tina y a Charli y después nos miraron con una mirada fija, pero en seguida dijo Tina:

—Son vuestros primos. La más pequeña es Belén, tiene seis años. Los chicos tienen doce (me señaló a mí) y dijo: Este es Javier y el otro es Jorge, son mellizos.

Luego habló mi tío Charli:

—Estos son nuestros hijos. El mayor es Miguel, tiene catorce años, le sigue Amelia, tiene doce años, le sigue Mario, tiene once años, Carlos con diez, Ana con ocho, y Luis, que tiene cuatro. Belén pronto se hizo amiga de Luis y yo, y mi hermano Jorge de Miguel, Amelia, Mario, Carlos, y Ana.

Poco a poco nos dijeron sus secretos y nos llevaron a un bote que no funcionaba que les había regalado su padre. Nos metimos en el bote, la cubierta estaba un poco carcomida. La escalera para bajar a la bodega sólo tenía dos escalones por lo cual Ana se tuvo que quedar en la cubierta ya que no podía bajar. La bodega daba miedo y estaba muy oscura, tenía un pasillo con dos puertas una a la derecha y otra a la izquierda. También había una en el fondo. Casi no las veíamos y entonces decidimos volver otro día con linternas y otros materiales.

Fue difícil salir, pero con la ayuda de Ana logramos salir todos.

Días después volvimos con linternas y maderas con las que hicimos una nueva escalera.

Luego nos dimos cuenta que la bodega estaba más sucia de lo que habíamos pensado. El techo estaba lleno de telarañas y al igual que el suelo estaba cubierto de polvo. Una de las puertas estaba rota, las otras dos estaban en un estado deplorable.

No encontramos nada de particular y salimos a la superficie. Más tarde salimos del bote y nos fuimos a casa. Durante la comida preguntamos a mi tío por el lamentable estado del bote; éste nos dijo que utilizaba el bote para pescar, pero una noche sus empleados se lo robaron, entonces llamó a la Policía y ésta encontró el bote sin pasajeros. Se supone que murieron.

Pedimos material a mi tío para mejorar el estado del bote. Este nos lo dio.

La tarde la pasamos en el río pescando; la pesca fue buena pero todos pensábamos en el bote. La cena fue rápida y sin comentarios.

Durante la noche me desperté por causa de una pesadilla. Por la ventana vi unas sombras cerca del bote. Después a mi hermano y a mis primos, menos a Luis, nos acercamos a la ventana y ya no había nada. Si hubieran sido personas mayores, habrían dicho que era producto de mi imaginación, pero como eran chicos, pensaron que lo había visto de verdad.

Por la mañana se lo contamos a las chicas y éstas a Belén y a Luis. Después de desayunar nos dirigimos al bote. Ya en la bodega oímos voces de niños pequeños gritando: "Mamá". Amelia instintivamente puso la oreja en el suelo y comprendió que las voces venían del suelo. Jorge, nervioso, se puso a andar y una trampa se abrió bajo sus pies y fue a caer donde procedían las voces. Jorge nos comunicó a gritos que los niños eran Luis y Belén y también que aquello estaba muy oscuro. Miguel subió a la cubierta y bajó con una cuerda, con ésta pudieron subir.

Después de comer fuimos al bote.

Cada uno inventó una relación entre la trampa y las sombras, pero ninguno adoptó ideas de los demás.

Entre todos decidimos bajar a la trampa con una linterna que Amelia no tardó en traer.

La trampa estaba llena de paja. Carlos encontró, una madera, la examinó y descubrimos que se abría automáticamente y dentro había un papel. Carlos observó que estaba escrito en una lengua que hubo por los alrededores y que aquel dialecto derivado del japonés desapareció hacía cerca de medio siglo. Lo consultamos con su abuelo y éste nos pudo traducir el mensaje. Trataba sobre un rapto y su traducción era:

"En la montaña de la plata, a media noche, bajo la luna llena..."

Su abuelo no pudo traducir más porque las letras estaban borrosas. Mi hermano Jorge descubrió un dibujo que descifró gracias a un recorte de papel que encontró entre las matas del jardín y significaba rapto. A esto continuaba el nombre Cha Fu Cheni. Días después mi tío leía en el periódico: "El mágico rapto de Cha Fu Cheni."

Simulamos ir de excursión a la montaña de la plata.

La montaña tenía muchas cuevas. Algunos aseguraban que existían laberintos y que se podía vagar durante días para no ver más una salida. De todos modos lo cierto era que existían más de cien cuevas y algunas comunicaban con otras, formando un pasillo nada peligroso.

Yo insinué que empezáramos a buscar en todas las cuevas. Ana lo negó, porque si era a media noche bajo la luna, se tenía que ver la luna por la abertura y como a media noche debía estar alta, sólo tendríamos que buscar en las pocas que tenían la abertura hacia el cielo, y como las de abajo todas tenían piedras y ramas, sólo teníamos que buscar en las de arriba.

Carlos pidió la madera a Ana y ésta le dijo que la dejó en la trampa, porque si no, no habría podido recoger el mensaje los que debían cumplir las órdenes y sin embargo lo copió en una hoja que guardaba en el bolsillo del pantalón.

Llegó la noche y no encontramos rastro de secuestro a las doce. Oímos un ruido de un motor y nos escondimos nerviosos detrás de una roca. Salió un hombre con un pañuelo al cuello, luego otro quejándose, y al final dos hombres bajitos.

Nos dimos cuenta que el segundo hombre era Cha Fu Cheni y decidimos esperar a que le dejaran en la cueva y se marcharan, pero uno de los hombres se quedó vigilándolo. Miguel tuvo una idea:

Se colocarían detrás de algunas rocas y de improviso saltarían todos a la vez, le pegarían y libertarían al prisionero. No me agradó del todo la idea, por lo que no obedecí las órdenes de mi primo.



Un paso falso de Miguel hizo que aquel hombre le cogiera del brazo y le obligara a decir dónde estaban sus compañeros y obligarles a salir. En aquel momento Miguel pensó lo bueno que había sido que yo no le obedeciera.

La cueva era pequeña y los tuvo que ocultar en otra cercana que comunicaba donde estaba Cha Fu Cheni.

La bajada era difícil, porque un ruido llamaría la atención al secuestrador.

El coche desapareció. Y yo tuve que ir andando al pueblo más cercano. Al amanecer tenía los pies magullados e hinchados, pero a lo lejos vi un pueblo.

Entré en un bar y había un policía, se lo conté y fuimos a la comisaría más cercana.

Dos coches patrulla fueron al lugar, yo recordaba la cueva.

Los policías se acercaron con armas y ordenaron que se rindiera, pero el secuestrador se agarró a Ana, la puso delante de él y con una pistola apuntaba en la nuca de ésta.

A los demás los dejó salir.

Más tarde el secuestrador salió con Ana, se dirigió a un coche patrulla, pues según las condiciones que puso, él se llevaría el coche.

Yo estaba en un árbol y le tiré una piedra al secuestrador. Se le cayó la pistola y Ana salió corriendo. La policía le apuntó y el secuestrador se rindió. Este habló de los otros dos hombres a los que también cogieron presos.

Cha Fu Cheni nos dio una cantidad de dinero a cada uno.

Transcurrió un mes y mis hermanos y yo tuvimos que volver con nuestros padres.

Pero prometimos volver en otras vacaciones.

RAQUEL y ELENA, 11 años.



*cuando se va  
a un colegio nuevo...*

Kati y Carmen, 11 años





ovario contiene los ovulos y  
materna es la continuation en  
donde crece ra el bebe.



TROMPA DE FALOPIO  
OVARIO  
VAGINA





Acabamos de venir de Barcelona por orden de la empresa de mi padre, y como es lógico, me tuvieron que cambiar a otro colegio. Mañana iba a ser el primer día. Tuve que ir de compras, para el material de la escuela, compramos: lápices, me iba? y sin saber la respuesta me quedé dormida.

Aquella noche estuve pensando en cómo sería mi nuevo colegio y me hice varias preguntas: ¿Serían simpáticas las chicas? ¿Me aceptarían bien? ¿Sería la enseñanza como a mí me iba? y sin saber la respuesta me quedé dormida.

Al día siguiente, aun con las prisas que me di, llegué tarde. Estaban pasando lista. Llegué justo al tiempo en que decían mi nombre: Nuria González Jordá. Cogí una mesa y un pupitre y me senté en un rincón, los chicos y las chicas cuchicheando: "ha venido una nueva". ¡Qué rollo! Ya somos 37 con ella, a este paso vamos a formar un batallón. Con lo bien que estábamos el año pasado...

Aquí acabó el cuchicheo entre ellos, el profesor dijo:

—Voy a repartir el material, tú reparte las hojas, tú los "bolis". A mí me tocó repartir las carpetas y cuando me levanté se hacían guiños. Al repartir por las mesas todo el mundo me miraba. Yo estaba extrañada de que se riesen de mí. Vino el profesor y me quitó algo de la espalda, di la vuelta y vi que era un muñequito de papel. Esto me hizo gracia, pues pensé que era una novatada. Pero no, aquello se prolongó durante varios días. Al principio me hacía gracia, pero, luego pensé que se estaban pasando.

¡Ah!, y el material que compré no me sirvió de nada pues me lo daban en la clase (aunque luego lo pagaba mi madre, claro).

Al cuarto día, estábamos todos en el recreo y una chica se acercó y me dijo:

—¡Hola! —Me hizo varias preguntas y a una no supe contestar—. ¿Te gusta el colegio? —Ella me miró y se rió, pues comprendía mi silencio.

Hasta ahora ha sido mi única amiga, pero hoy tuve un amigo, un chico. Lo conocí un día que me quedé a comedor, porque éramos los únicos de clase. El se llama Sergio; es un poco más bajo que yo, sus ojos son grises su nariz chata y su pelo castaño tirando a rubio, no es ni guapo ni feo, aunque debo confesar que me gusta.

Como él está en contacto con los chicos, vamos que tiene muchos amigos, pronto me uní a ellos más que a las chicas, porque ellas me parecían un poco cursis y quisquillosas, aunque la verdad es que no las conozco bien.

Jesús, nuestro, profesor, se ha tenido que ir por una serie de razones, las cuales no sabemos. Para sustituirle vino una profesora que a nosotros nos parecía muy cachonda. Al cabo de cuatro meses aproximadamente la echaron porque nos daba unas clases que según la directora no nos interesaban, aunque los demás profesores no estaban de acuerdo.

Entre todos los chicos y las chicas de la clase hicimos una huelga para ver si conseguíamos algo, porque en el fondo queremos mucho a Charo (la profesora).

Por lo menos algo pudimos conseguir, enfadar a la directora, ser antipáticos con ella y cuando pasábamos delante de ella no la decíamos ni hola, y como lo que quería ella de nosotros era nuestra simpatía, tuvo que aceptar a Charo.

Sus clases y ella nos divertían, uno de los temas que dimos nos interesó mucho a toda la clase, es el de la sexualidad. Yo me extrañé de que los chicos reaccionasen tan bien, porque en esta clase de temas la mayoría de la gente, lo considera



como una cosa aparte. Pero la verdad es que soy un poco tonta, pues no sé cómo me pude extrañar, si es una cosa completamente natural.

Al conseguir que se quedase Charo, nos unimos todos. Me di cuenta de que los chicos y las chicas de la clase valían, y yo había juzgado mal, pero cuando cambié de actitud, ellos también cambiaron y me aceptaron.

En este ambiente iban pasando los días, aunque también sucedieron cosas desagradables, porque no todo iba a salir bien.

A finales de curso hicimos una fiesta. Teníamos que preparar juegos, teatro ,etc... y todos participamos.

Yo me tenía que ir a otra ciudad. Nada, que no paro quieta. Bueno, pues otra vez a empezar de nuevo allí, en Granada.

KATI y CARMEN, 11 años.



# *el terrible planeta*

Marilís y M.<sup>a</sup> Jesús, 11 años



En un lejano planeta llamado Metrópolis, vivían unos hombres con cuatro piernas ochos brazos y dos cabezas.

Vivía un rey muy poderoso, que de asiento tenía una cama.

Era tan gordinflón que tenía una mesa de siete metros y cuando comía se la llenaban de comida.

Un criado llamado Canuto vino de arriba de la torre y dijo al rey:

—Señor, se acerca el enemigo.

El rey dijo:

—Coged las armas, todos arriba, cuando veáis que se acercan, disparad.

Empezó la batalla y todos murieron, menos Canuto, que quedó herido, subió a la torre y se encontró a la hija del rey llorando.

Canuto dijo:

—¿Sabes dónde está tu padre?

La princesa dijo:

—En la tumba, muerto. Subió a ver cómo estaban los soldados y lo mataron. Lo vi porque rodó por las escaleras abajo.

Canuto dijo:

—¿Sabes dónde está el botiquín?

—Sí, está en la habitación de mi padre.

Canuto se curó las heridas, dijo adiós a la princesa y se fue.

Se hizo una casa con troncos de árboles.

Por la noche a las doce apareció un terrible hombre que

tenía unos colmillos que le llegaban hasta el suelo, Canuto quedó paralizado de aquel horror.

Aquel hombre agarró a Canuto y se lo llevó volando a su terrible planeta. Cuando llegaron al planeta dio a un botón que tenía en el cuerpo y le subieron los colmillos y le dijo a Canuto:

—Lo hago para asustar a los hombres y traerlos aquí, porque hay muy pocos.

El terrible hombre de los colmillos dijo:

—Yo soy muy pobre y hasta que no me pagues cien monedas de oro no saldrás de aquí.

Le encerró en un cuarto oscuro, atado de pies y manos.

Canuto hacía grandes esfuerzos para desatarse, pero él sabía que si se escapaba el hombre de los colmillos le encontraría con su bola mágica y todos sus poderes.

Canuto llamó al hombre de los colmillos para que le dejase salir en busca de las cien monedas de oro.

El hombre de los colmillos le dejó salir, pero le dijo:

—Si no vienes dentro de cinco días saldré en tu búsqueda y te encontraré. Además voy a estar espíandote todo lo que haces con mi bolita mágica. Ya te puedes ir.

Canuto fue a la busca de la princesa, que ello tenía dinero. Cuando llegó al castillo vio a la princesa en el balcón de la torre, cuando subió donde se encontraba la princesa, Canuto le dijo:

—¿Me puedes prestar dinero?

La princesa contestó:

—¿Para qué lo quieres?

Entonces Canuto le contó la aventura. La princesa dijo:

—Yo sólo tengo 25 monedas de oro.

Entonces Canuto dijo:

—Dame las 25 monedas que tienes.

La princesa dijo:

—Toma las 25 monedas de oro y márchate antes de que sea demasiado tarde. —Canuto se marchó.

Fue a una ciudad llamada Piluno.

Se llamaba Piluno porque todos los habitantes tenían un solo pelo en la cabeza.

Canuto preguntó que si le podían dar dinero.

El hombre aquel tenía un pelo azul en la cabeza.

De repente vino un hombre y dijo:

—Es que aquí tenemos el pelo de un color.

El hombre del pelo azul le preguntó:

—¿Para qué quieres las monedas de oro?

Canuto le contó también la historia al hombre del pelo azul y le dio las monedas a Canuto, pero éste le dio también 25 monedas de oro.

El hombre del pelo azul le dijo que cerca de allí un pueblo llamado trébol, porque tenían la cara de trébol.

Los hombres aquellos eran muy malos y Canuto, al saberlo, sólo les pidió 15 monedas de oro.

El jefe de la cara de trébol, le dijo que ningún hombre le dio ninguna moneda pero que él se las daría si le decía para qué las quería.

Canuto le contó la historia, y el hombre de la cara de trébol le dijo que si quería más que se las daba.

Pero sólo le quedaban 24 y Canuto se fue muy contento y algo desesperado.

Canuto dijo:

—Ya tengo 99, me falta nada más que una. ¿De dónde la podré sacar?

Canuto dijo:

—Tengo una idea. Robaré algo de una tienda, lo venderé por 15 monedas de oro y una me la guardaré, y con las otras me compraré algo para comer.

Canuto se agachó y cuando el tendero de lámparas salió a tomarse una cerveza, entró Canuto a la tienda.

Cogió una lámpara que valía 20 monedas de oro y se marchó corriendo por el campo.

Llegó a un pueblo llamado Botellón.

Canuto se compró alimento y bebida. Ya sólo le quedaban quince monedas de oro.

Con las quince que le quedaban se compró una nave.

Ya sólo le quedaban dos días, y el hombre de los colmillos lo estaba viendo todo.

La nave le llevó a un pueblo llamado Capricornio, porque todos los habitantes de allí tenían un cuerno en la cabeza.

Antes de llegar al pueblo, Canuto se encontró una bolsa con cincuenta monedas de oro.

La bolsa se la encontró en el mar.

En ese pueblo le dieron 25 monedas de oro, ya sólo le faltaban 25 monedas de oro para tener otras cien.

Pero luego, más tarde, Canuto se dio cuenta de que tenía una lámpara que valía 20 monedas de oro.

Entonces Canuto decidió vender la lámpara, la vendió y le dieron las 20 monedas de oro.

Ya tenía 95 monedas de oro.

Canuto se metió la mano al bolsillo, tenía cinco. Ya tenía 200 monedas de oro.

Entonces decidió ir a dárselas al hombre de los colmillos.

Cuando llegó al quinto día le dio las 100 monedas de oro al hombre de los colmillos.

Con las otras 100 monedas se fue al castillo y le dijo a la princesa que si quería casarse con él y la princesa le contestó:

—Sí me quiero casar contigo.

Y se casaron los dos y tuvieron diez niños.

Y vivieron muy felices.

MARILIS y M.<sup>a</sup> JESÚS, 11 años.



*el tío genaro  
va a la luna*

M.<sup>a</sup> Carmen. 10 años



El tío Genaro es de un pueblo llamado Matalascabrillas del Duque.

Tiene un bar donde van los borrachos de su pueblo.

El otro día se empeñó en ir a la luna en el cohete Barbaro III.

Se dispuso a tomar el avión con destino a Moscú.

Llevaba con su equipaje: Un jamón, unas salchichas de Frankfurt, un chorizo, la bufanda, el traje de los domingos por si los lunáticos estaban de fiesta, una botella de champán que le regaló la abuela Benita y un beso de pintalabios que llevaba en la cara.

En ese momento llega una azafata y le da un libro de Historia; pero él le dice que le dé un autógrafo. La azafata le da una torta.

—Señores apriétense el cinturón...

—¿Tan pronto llegamos?

—Es un consejo de la dirección general de ahorro y roñosería.

Llega a Moscú, a la base espacial Beandras.

Mientras en las bases de todo el mundo se discute este problema: Nadie quiere montar en un raro aparato llamado cohete espacial... Pero en ese momento llega nuestro héroe.

—Señor quiero ir a la luna en un raro aparato llamado cohete.

—¿Cómo se llama?

—Genaro Pérez Zurrialde para servir a Dios y a usted.

- ¿Dónde le enseñaron eso?
- En la escuela.
- Está anticuado.
- ¡Oiga!, ¡qué se ha creído!
- Bueno, bueno monte en el cohete.

## EN EL COHETE

—Esto es una broma aquí no hay comida, sólo un tubo de pasta de dientes y unos botes de caramelos que pone letreos de nombres de comidas.

Probaré éste que dice "Pollo asado".

Hummm, qué rico si sabe a pollo.

Probaré ésta que pone vino.

Se emborracha y...

Hip... ya estoy en la luna hip.

Se encuentra una vaca muy chula y...

—Hola chata qué tal.

—¡Una vaca!, ven hermosa.

—Te quieres casar conmigo.

—No por Dios hip... hip...

En ese momento llega el padre de la vaca.

—Te quieres casar con mi hija.

—No señor.

—¡Cómo te llamas plebeyo!

—Genaro Pérez Zurrialde hip... para servir hijo a Dios y a usted.

—Dónde le enseñaron eso.

—En la escuela hip...

—Está anticuado.

—Eso hip ya me lo han dicho antes.

—Papá se me ha desabrochado el zapato.

Mientras se ata el zapato se va el tío.

—Evelina dame ese cordón.

Ya se iba a ir cuando...

—¡Un árbol que anda!

—No soy un árbol soy Merengueno el lunático.

—Ay, un marciano.

—Se iba a ir cuando...

—Prensa, prensa lunática cómo se llama usted.

—Genaro Pérez Zurrialde para servir a Dios y a usted.

—Dónde le han enseñado eso.

—En la escuela.

—Bah está anticuado.

—De qué planeta viene.

—¡Eh! un lunático (dice para dentro).

—Hay socorro.

—En la prensa lunática hay un raro artículo.

Crónica lunática Esyzkalikoli, a las 8 del medio día se ha presentado en la luna un extralunático; viene del planeta Hay Socorro, y es muy raro respira por la nariz y come por la boca; tiene dos pies y un vestido negro con cuadritos de colores. Todos los lunáticos que se dedicaban a las estrellas buscaban con ansia el planeta. Hay Socorro.

—Este no es porque pone bienvenidos a la tierra. Mientras el tío Genaro llega a la tierra.

—Qué tal la luna.

—Muy mal es un planeta horrendo, terrorífico amedrantador.

—¿Está habitado?

—Sí, por unos seres devoradores (de amor claro).

—Nadie volverá a visitarla.

Así termina esta historia; esto ocurrió hace muchos años...

Nunca nadie excepto el tío Genaro fue a la luna.

Aunque tal vez con el progreso...

## II PARTE DE EL TÍO GENARO VA A LA LUNA VENUSIANOS:

Venusianos: ¡Socorro!

Era en tiempos ya muy adelantados cuando después del lanzamiento a la luna del tío Genaro, éste cogió fama y le invitaron a Venus.

—Don Genaro puede ir usted a Venus.

—Si no es como la luna accedo.

Así es como el pobre tío Genaro se vio otra vez con traje espacial dentro del cohete.

Fue tranquilo el viaje hasta Venus cuando llegó:

—Uf que calor hace aquí si parece la Costa Azul. Menos mal que me traje el bañador:

¡Ultimo modelo!

El tío Genaro se puso un bañador consistente en: pantalones hasta la rodilla y una chaqueta de manga corta.

Entonces llegó una señora gorda y fea, entró en una máquina y se convirtió en una señora muy guapa.

El tío Genaro piensa si yo entro ahí me convierto en Robert Reford. Entró y salió tal cual era.

Al cabo del rato salió la señora gorda y exclamó.

—Estas tías tardan mucho en arreglarse.

El tío se fijó mejor y vio que ponía —servicios—. Llegó la prensa como siempre metiendo las narices en todo.

—¿De qué planeta viene?

—De la tierra.

—Cómo se llama.

—Genaro Pérez Zurrialde para servir a Dios y a usted.

Mientras en el palacio de la cacatúa el maléfico científico Locatis Sintornillos pensaba destrozarse Venus enseñándoles a todos sus habitantes un Ratón (Made in Japan) exportado de la tierra. Salió por la radio y el tío Genaro al que la prensa había regalado una cosa lo oyó.

¿Cómo podría matar un ratón? Porque si ese científico es listo lo habrá hecho resistente.

—Cuatro horas estrujándose la cocoota. Dijo el tío Genaro.

—Pero ¡Ya sé! no sabía por qué se iban a asustar sus habitantes, pero ya lo sé, como casi todos sus habitantes son mujeres.

Mientras tanto Locatis Sintornillos empezaba su maléfica obra.

Sacó el ratón y a la primera que se lo enseñó fue a su suegra.

—Listo que es uno: dijo Locatis.

—¡Haaaaaaay un ratón! (así murió dulcemente su suegra).

—¿Un ratón? (pensó el ratón y miró a su alrededor). Pero como el ratón era él dijo ¿Será fantasmal? Pero el ratón enternecido por la suegra dijo ¡hago un ratón! Se comió un queso y se echó la siesta pensando:

Estos científicos te tratan a cuerpo de rey.

—Despierta Holgazán, dijo el científico.

—No todo es bueno en los científicos, dijo el ratón.

—Ahora le toca a mi mujer —pero todo fue más silencioso porque le dio un infarto al corazón.

La gente estaba atemorizada.

—Ja, Ja, ya sé cómo matar a Caperucita y a su abuelita.

—Caperucita, a dónde vas tan bonita.

—A casa de mi abuelita.

—Pues abre la bolsa que la tengo un regalo.

Y sin que lo viera metió un ratón en la bolsita.

El ratón estaba encantado en la cesta; porque en casa de Caperucita había un ratón (hembra claro) muy chulo con el que podía ligar.

—Ya pensaremos en ir acabando con unos cuentos. Por ejemplo Cenicienta.

Desde entonces todos los cuentos terminaron:

Y se lo comió un ratón.

Los niños morían de tanto llorar por los finales tan tristes que había.

El Tío Genaro no podía más que pensar en un remedio. No sabía cómo acabar con los ratones.

Pero se le ocurrió una idea.

Cogió un matamoscas, cuatro acorazados, 17 tanques, 20 camiones de los bomberos etc., etc.

Cuando llegó al castillo de la cacatúa estaba el ratón echado en un sillón.

Fumando habanos como cualquier hombre de negocios, llegó el tío Genaro con su ejército y dijo: malvado ríndete.

Al ratón le dio un ataque al corazón y después de algunos contorsiones murió.

Llegaron muchos científicos de todas partes.

El tío Genaro preguntó de qué había muerto.

Salió el médico más sabio y dijo:

Ha muerto de "Horrorios corazonadas pelos de punta"; en lenguaje normal, de verle a usted.

El científico salió diciendo —Leonardo que nos queda el cuento de la ratita presumida.

Pero cuando le vio muerto; con esa cara de horror, de espanto, con sus cuatro pelos de alambre de punta... murió.

Toda la gente en la calle decía:

—Viva "El Tío Genaro".

Le dieron una medalla y desde entonces todos los venusianos fueron felices y para confirmar que esto es verdad en el museo de ciencias de la cacatúa se conservan algunos libros de cuentos que terminan y se lo comió un ratón.

M.<sup>a</sup> CARMEN, 10 años



# *el naufragio*

Amelia, 10 años



Día 7 de abril, el barco chino Chang-chun cruza el Océano Pacífico. En este barco van todas las riquezas del Emperador chino, recientemente muerto, y ocho pasajeros además de los marineros y el capitán. Iba rumbo al puerto de San Francisco que estaba en los Estados Unidos, allí descargarían las joyas que serían llevadas a un museo.

Son las tres de la tarde, y el cielo empieza a llenarse de negros nubarrones, el viento sopla fuertemente, se desencadena una tempestad.

El barco poco a poco va hundiéndose, los pasajeros tratan de coger los botes salvavidas, pero una gran ola se los lleva y la tripulación no puede hacer nada.

Mientras, en la costa, Mark, el jefe de la policía del puerto, en su oficina estaba muy preocupado, puesto que también allí estaba la tormenta. De pronto sonó la puerta:

—Toc, toc.

—Adelante —dijo Mark.

—Hola, Mark.

—Hola Boris —dijo Mark— ¿qué tal estás?

—¡Oh!, bien, menuda tormenta, ¿eh? —dijo Boris.

—Sí, y estoy preocupado por el barco que viene de China. Cuando pase la tormenta mandaré a John, Tom y Jimmy en un helicóptero y a Ana y a Miriam en una lancha a ver si han quedado supervivientes, porque no creo que el barco haya podido resistir —dijo Mark.

—Yo tampoco —dijo Boris—. Oh, mira, parece que está aclarando.

—Sí —dijo Mark— vamos al embarcadero a llamar a los chicos.

Salieron y les encontraron en una caseta al lado del embarcadero.

—Hola —dijo Mark.

—Hola —dijeron todos a la vez.

—Bueno —dijo Mark— John, Tom y Jimmy iréis en un helicóptero y Miriam y Ana en una lancha.

—Pero, ¿a dónde? —preguntó Ana.

—A ver si han quedado supervivientes del naufragio —dijo Mark.

—¿Y cómo sabremos dónde están? —preguntó Tom.

—Iréis a unas ciento cincuenta millas, que fue donde nos dijeron que estaban en su última comunicación —respondió Mark.

—¿Yo qué haré? —preguntó Boris.

—Tú te quedas conmigo, y vosotros comunicaros tanto si encontráis algo como si no veis nada —dijo Mark.

Los chicos se montaron en el helicóptero y las chicas en la lancha y fueron a la zona donde se suponía que había naufragado. Los chicos no encontraron nada y llamaron al cuartel:

—Aquí 64 XZ llamando a cuartel —dijo John.

—Aquí cuartel. ¿Habéis visto algo? —preguntó Mark.

—No, nosotros no vemos nada, pero quizá Ana y Miriam sí, dijo John.

—Bien, corto y cambio y regresar ya.

—Corto y cambio —dijo John.

—Llamaré a las chicas —dijo Mark— Aquí cuartel llamando a 74 XZ.

—Aquí 74 XZ ¿qué quieres, Mark? —dijo Ana.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Mark.

—Sí, si esto es algo, vamos, un trozo de madera y un barril

de provisiones —dijo Ana— Así que habrá naufragado por aquí cerca.

—¿Dónde estáis? —preguntó Mark.

—A ciento cincuenta millas justas —respondió Ana.

—Bien, venid para acá, corto y cambio.

—Corto y cambio.

—Boris voy a ir a ver al jefe de la zona marítima, tú te quedarás aquí esperando a los chicos. ¿De acuerdo? —dijo Mark.

—De acuerdo —contestó Boris— no tardes.

Ya estaban todos allí, sólo faltaba Mark que al cabo de un rato llegó:

—Hola —dijo Mark— ya estoy aquí.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Boris.

—Hablé con el jefe de la zona marítima, como ya dije a Boris, y nos dio autorización para empezar a buscar, pues no había otro equipo de submarinistas disponibles —dijo Mark.

—Y, ¿cuándo empezaremos? —preguntó Jimmy.

—Mañana mismo —dijo— a las...

—Nueve —dijo Ana.

—Sí, a las nueve —dijo Mark— hasta mañana.

—Hasta mañana —dijeron todos a un tiempo.

Se quedaron solos Boris y Mark, éste sacó un mapa de la zona marítima y señaló un punto.

—Aquí es donde ha dicho Ana que se supone que ha naufragado —dijo Mark.

—Bueno, hasta mañana Mark —dijo Boris.

—Hasta mañana, Boris, adiós.

Boris se fue y Mark se quedó un poco más y luego también se fue.

Por la mañana Mark fue el primero en llegar, luego entraron los demás.

—Toc, toc.

—Adelante —dijo Mark.

—Hola, ¿cómo es que venís todos juntos, tú también Boris?

—Es que nos encontramos en el camino —dijo Yom.

—Bueno, John, Tom y Jimmy preparaos que bajaréis vosotros, y vosotros preparad una lancha, nosotros iremos dentro de diez minutos —dijo Mark y cada uno fue a hacer sus cosas.

Luego fueron todos al barco y fueron a la zona que denominaron la zona del naufragio.

—Las botellas duran cuarenta y cinco minutos, así que no las desperdiciéis —le aconsejó Mark— y se tiraron al agua. Allí debajo no veían nada, pero cuando sólo quedaban cinco minutos de aire, Tom vio una cosa allí abajo pero no pudo bajar porque no le quedaba aire y tuvieron que subir.

—¿Habéis visto algo? —preguntó Ana.

—No —dijo John— nada.

—Yo sí que vi algo —dijo Tom.

—¿Qué viste? —dijo Boris.

—Una gran figura, pero no la vi bien, pues estaba muy abajo.

—¿Y por qué no bajaste? —le preguntó John.

—Porque no me quedaba aire, había mucha presión y antes de llegar había una gran corriente, necesitaría un traje de buzo y un ascensor para bajar.

—Iré a ver otra vez al jefe de la zona marítima a ver si él me puede conseguir más gente. Vosotros id a la oficina y esperadme allí —dijo Mark.

—De acuerdo, allí te esperamos.

A la hora llegó Mark.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Boris.

—Nada, le pedí más tripulación y me la dio.

—¿Cuántas personas te dio?

—Seis hombres, tres mujeres: Peter, Steve, Huil, Sali, Mery y Carol.

—¿Cuándo vendrán? —preguntó Jimmy.

—Mañana por la mañana. Mientras, nosotros prepararemos un barco.

Así pasaron el día, y por la mañana:

—Ya son las diez pasadas. Tenían que haber venido ya —dijo Boris.

En ese momento sonó la puerta:

—Pase —dijo Mark.

—Hola —dijeron seis chicos que entraron.

—Hola —dijo Mark. Vosotros sois los chicos que pedí.

—Sí, somos nosotros —dijo Huil.

—Bien, vamos al barco, dijo Boris.

Y fueron al barco. Mientras llegaban Mark les fue diciendo lo que cada uno iba a hacer.

—Tom y Steve bajaréis, John, Jimmy, Peter y Huil bajaréis y subiréis el ascensor cuando os lo digan Carol, Ana y Sali que estarán atentas a las señales. Mirian y Mery se encargarán de conducir el barco.

Entretanto llegaron al barco, se montaron y fueron a la zona del naufragio.

Tom y Steve, ya con los trajes de buzo puestos, se montaron en el ascensor.

—Si queréis que subamos tirad de la cuerda —dijo Boris.

—Está bien —dijo Steve.

Empezaron a bajar y al principio no veían nada, pero luego, más abajo, divisaron una gran figura. Cuando ya veían el barco perfectamente, una fuerte corriente les arrastraba hacia alta mar. Tom rápidamente tiró de la cuerda. Ana, Carol y Sali notaron el tirón y dijeron a los chicos que la subieran.

—Eh, tirad de la cuerda. Subidles.

John, Jimmy, Peter y Huil subieron el ascensor y cuando ya estaba arriba ayudaron a Tom y Steve a salir.

—¿Por qué habéis subido tan pronto? —les preguntó Huil.

—Porque, como ya dije ayer, hay una fuerte corriente, y si la cuerda no es fuerte nos habría arrastrado hacia alta mar. Para acercarnos con el barco necesitamos un submarino pero que tuviera la puerta por abajo.

—Lo hay —dijo Boris rápidamente. Todos le miraron.

—Sí, volvió a decir. Es un aparato aplanado que se llama “Mariposa”.

—¿Sí? —dijo Mark muy asombrado. ¿Cómo no me lo dijiste?

—Pues porque no me lo preguntaste —respondió Boris.

—¿Tú lo puedes conseguir? —le preguntó Peter.

—Si me lo propongo, sí.

—Pues propóntelo —dijo Mark— y consíguelo para mañana.

Se fueron a sus casas y volvieron al día siguiente.

—Toc, toc —sonó la puerta.

—Adelante —dijo Mark.

—Hola —dijo Boris que venía con los demás. El “Mariposa” ya está en el barco, lo trajeron anoche.

—Bien, pues vamos para allá —dijo Mark.

—Un momento Mark —dijo Huil— ¿Quién bajará?

—Tom, Steve, Carol y Ana. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí —dijeron todos—, y salieron hacia el embarcadero. Al subir al barco vieron que el Mariposa estaba atado a la grúa. Corrieron hacia él para verle mejor, y viéndole llegaron a la zona del naufragio.

—Bien, Tom —dijo Steve, y se metieron en el pequeño submarino. Huil, Peter, Mark y Boris bajaron la grúa, y cuando el submarino tocaba el agua lo soltaron. Steve encontró un libro donde venía el manejo del Mariposa y según quería hacer las cosas miraba en el libro.

—Qué bien que se va en este trasto —comentó Carol.

—Ya lo creo —la siguió Tom.

—Me comunicaré con el barco —dijo Steve. Aquí Mariposa llamando al X 4 (que era como se llamaba el barco).

—Aquí el barco. ¿Qué tal vais? —respondió Mark.

—Muy bien, ya vemos el barco, ahora estamos pasando la corriente y prácticamente no se nota.

—Bien, tenme comunicado. Corto y cambio.

—Corto y cambio —dijo Steve.



—Cada vez está el barco más cerca —dijo Steve.

—Y ya hemos pasado la corriente —dijo Ana satisfecha.

De pronto el Mariposa se paró, todos se miraron.

—¿Qué pasa? —preguntó Carol.

—No lo sé —dijo Steve— Como llevo el traje puesto saldré a ver lo que pasa.

Salió y vio que la hélice se había enredado en unas cuerdas del barco, volvió al submarino muy preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

—Unas cuerdas del barco han quedado enredadas en la hélice.

—Llamaré al barco —dijo Carol cogiendo la radio.

—Aquí el Mariposa llamando al X 4.

—Aquí el X4 —dijo Mark. ¿Qué tal vais?

—Mal, la hélice se ha enredado en unas cuerdas. ¿Qué hacemos?

—Vaya por Dios. ¿No se te ocurre nada a ti? —dijo Mark.

—Sí, pero no sé si servirá —dijo Carol.

—Cuenta, cuenta.

—Mira, nosotros salimos y buscamos el cofre, mientras vosotros preparáis otro Mariposa y cuando nosotros cojamos el tesoro ya habrá bajado el otro Mariposa. ¿Qué te parece?

—Bien —dijo Mark. Seguro que antes de tres horas está el otro "Mariposa". Si acabáis antes, esperad en el Mariposa. ¿De acuerdo?

—Bien, de acuerdo —contestó Carol. Corto y cambio.

—Corto y cambio.

—Chicos —dijo Carol— ¿quién saldrá?

—Yo y Miriam —dijo Tom. Se prepararon y salieron al agua, mientras Mark le había dicho a Boris lo que sucedía:

—Boris, ¿podrás conseguir otro Mariposa?

—No sé, será difícil, pero quizá lo consiga.

—¿Para dentro de tres horas? —le preguntó Mark.

—Sí, creo que sí.

Mientras, Tom y Miriam ya habían entrado en el barco, cogido los tesoros y los habían trasplantado al Mariposa.

—Aquí Mark, llamando al Mariposa, ¿me oyen?

—Aquí Mariposa, ¿me oyen?

—Aquí Mariposa, ¿qué tal vais?

—Bien, acaba de llegar Tom y Miriam, ya tenemos los tesoros —respondió Carol.

—El Mariposa baja ahora, hasta luego, corto y cambio.

—Corto y cambio.

—¿Quién bajará ahora? —preguntó Sali.

—Tú, Mery, Huil y Peter —respondió Mark. Nosotros nos quedaremos aquí en el barco.

—Se montaron en el submarino y bajaron. Al poco rato vieron el barco:

—Mira, Sali —dijo Mery. Allí está el barco.

—Y al lado el Mariposa —siguió diciendo Huil. Acerquémonos.

Miriam, Carol, Steve y Carlos pasaron al otro Mariposa y también el tesoro. Subieron a la superficie y llevaron las joyas al museo. Luego:

—Esto merece celebrarlo —dijo Ana.

—Ya lo creo —comentó Carol—, después de este trabajo propongo que vayamos al restaurante Karlo y comamos.

Fueron al restaurante y comieron, pues se lo merecían después de aquel trabajo.

AMELIA, 10 años

*la isla de  
los tres días*

Marcos, 10 años



Marchaba yo por una calle de Londres cuando vi un anuncio que decía "Se necesitan voluntarios para una expedición submarina". Me decidí a entrar y cuando lo hube hecho vi un viejecillo leyendo el periódico. Le pregunté si me admitían y respondió afirmativamente. Me dijo que pasara a una habitación. Pasé y cuando estuve dentro vi nueve hombres más. Me senté y al rato apareció otro hombre más. Este hombre dijo:

—Yo soy el capitán, y vosotros sois mis marineros que tendréis que manejar mi submarino el CONQUISTADOR.

Nos mandó que atendiéramos sus explicaciones para manejar el submarino. Al cabo de una hora nos pusimos los trajes de marineros y montamos en el submarino. Todo iba bien hasta que apareció un cachalote y dio un gran coletazo al submarino; el periscopio salió a ver si el cachalote se había marchado.

En efecto, no se veía nada más que el mar tranquilo. A las tres horas de navegación sin ningún incidente nos bajaron a cinco de los tripulantes a una base submarina pequeña y deshabitada. En ella un sexto hombre nos ayudó a manejarla para conseguir un estudio del mar.

Empezamos por los moluscos; había gran cantidad de ellos y de gran tamaño y era bastante peligroso hacer su captura. Intentamos coger al más grande, pero fue imposible, pues mostraba las pinzas y no se le podía coger. Después de comer, cogimos las escopetas marinas y salimos para conocer aquella zona tres hombres.

Tras varias horas, de andar con botas de plomo, empezó un gran oleaje que nos llevó hasta unas rocas donde choqué y perdí el conocimiento.

Por la mañana me desperté y me puse a explorar toda aquella zona. Al cabo de una hora vi que era una isla y que era bastante pequeña. Encontré en una cueva y vi que había un agujero por la parte de arriba por el que entraba claridad y decidí quedarme en aquella pequeña morada, y me puse a fabricarme un arma con el puñal que yo acostumbraba a llevar en el cinturón. Corté unas lianas y até el puñal con ellas a un palo para que me sirviera de lanza.

Afilé con piedras la lanza y corté unos troncos que puse en el agujero de arriba de la cueva para tapanlo y no mojarme cuando lloviera. Después cogí hojas de tabaco que había por allí y las puse encima para que no se pudiera pasar ni una gota. Corté más árboles y los até con lianas y los puse de puerta.

Estaba atardeciendo y sentí hambre y cogí la lanza para cazar. Al cabo de un rato cacé un ciervo pequeño, me hice una especie de cocina, lo quité la piel y lo asé, haciendo fuego con el cuchillo y una piedra de pedernal. Después que estaba anocheciendo y entré en mi casa, hice una especie de cama con la piel de cabra. Me desperté y pensé hacer una expedición. Me hice con la piel del ciervo unos pantalones, un gorro, y una bolsa, cosiéndolo con lianas muy finitas... Aprovechando que tenía un cocotero al lado de mi casa, subí al árbol, cogí tres cocos y me marché, internándome en el bosque. Me di cuenta de que aquel bosque era grandísimo; vi huellas de animales que seguían una vereda, la cual yo seguí hasta que salí de aquel bosque. Me encontré con unos jabalíes a los cuales me acerqué con sigilo subiéndome a un árbol bastante fino.

Al parecer vivían allí, pues había multitud de ellos y estaban muy tranquilos. Así me hice un coto privado de caza. Torcí de camino para no toparme con aquellos animales y me

eché una carrera para que no me vieran y cuando me alejé seguí a paso normal. Empecé a sentir sueño, hambre y sed. Me bebí el agua del coco me comí su pulpa y me subí a un árbol a dormir la siesta. Cuando me desperté vi que estaba anocheciendo y cogí rápidamente unas hojas grandes de palmera para hacerme una cama confortable en mi morada y me marché rápido por el sendero que había venido, cuando de repente vi todos los jabalíes durmiendo. Pasé con sigilo, pero a uno que le pisé el rabo, dio un gran alarido. Se abalanzó sobre mí uno que parecía ser hembra y que iba a tener un cachorro. No quise matarla porque iba a tener un cachorro y la di un golpe con la parte de atrás de la lanza y cayó desmayada. Al ver esto, los demás animales retrocedieron. Me eché a hombros el animal y me marché corriendo. Cuando llegué a mi cabaña le até una liana al cuello y al otro extremo de la liana le puse una piedra muy grande encima.

Ya al amanecer, la gorrina me despertó y como no veía nada, quitando una hoja de palmera de mi cama me hice una antorcha con la que me alumbré y vi que la gorrina estaba teniendo un cachorro. La ayudé a sacárselo y desde ese momento me tomó cariño. Salí fuera y cogí unas hierbas y se las di a la madre. Me volví a dormir y cuando me volví a despertar el cachorro ya estaba mamando y cogí la lanza, corté unas lianas y unos árboles y con ello empecé a hacer un corral y en él metí a los dos animales que no se resistieron a salir, pues hacía un sol espléndido.

Empecé a cortar hierba y se la eché a la madre para que pudiera dar de mamar al cachorro. Salí a cazar porque tenía hambre y fui a cazar ciervos al sitio donde había cazado al otro. Cacé una buena pieza y volví a mi casa donde hice fuego y lo asé. Después de comer los jabalíes empecé a hacerme una chaqueta con la piel del ciervo. Cuando menos me lo esperaba empezó una fuerte tormenta. Rápidamente metí en la casa a los jabalíes. Antes de que se mojara cogí unas hierbas para hacer cestas en la cabaña. Me puse a hacer cestas

en la cabaña y las dejé en el suelo. Me eché la siesta, por estar bastante cansado y me tapé con el resto de la piel del ciervo.

Me desperté y ya había dejado de llover. Salí fuera con los jabalíes a ir a dar una vuelta por la isla. Me llamó mucho la atención unos sonidos de pájaros que se oían desde el centro de la isla. Me dieron muchas ganas de ir y partí hacia los sonidos. Luego una bandada de pájaros inmensa pasó volando encima de mí y después muchos más animales pasaron des-pavoridos y cacé uno de ellos para alimentarme y me lo cargué a los hombros. Cogí hierba para los jabalíes, para eso la metí en el bolso. Inicié la excursión y cuando ya estaba anocheciendo sentí picotazos en las plantas de los pies. Eran marabuntas y no tuve más remedio que salir corriendo con los jabalíes. Me di cuenta de que habían matado a la madre y cargué con el cachorro y emprendí la huida. Cuando llegué a la casa sin perder ni un segundo cogí la puerta y la empecé a arrastrar hacia un riachuelo que había cerca. El jabalí llevaba carne y hierba auestas. Cuando ya llevábamos un rato de camino llegamos al riachuelo, donde eché la balsa al agua. La balsa fue deslizándose hasta llegar al mar y me sentí muy aliviado pues me había librado de las marabuntas.

Ya era de noche e intenté dormirme pero no lo conseguí pues se puso a llover y el jabalí se acurrucó junto a mí, para que yo le diera calor. Pasaba el tiempo lentamente cuando dejó de llover y mucho después amaneció con un sol espléndido, di de comer al jabalí las hierbas que llevaba y yo no tuve más remedio que comerme la carne cruda, pues no tenía la hoguera como en la isla. Me corté un poco con la lanza y en la piel del ciervo escribí: "La isla que ha sido atacada por la marabunta tiene el nombre de la Hormiguera". Me desmayé y cuando volví en mí me encontraba en la barca de un pescador que me llevó a su casa, donde me quedé a vivir.

MARCOS, 10 años



*el corazón de  
las máquinas*

Javier, 10 años



Estamos en el 20 de marzo del 2001, época en la cual las máquinas jugaban un papel importante, pues casi todo se hacía con ellas.

Las máquinas eran además como "listas", pues según decían los maquinólogos que se encargaban de estudiarlas cuando salían de la fábrica relucientes y preciosas estaban contentas y funcionaban bien, pero las viejas de once meses a las cuales se las iba a destruir pronto, con un año, estaban tristes y funcionaban mal, pero no porque estuvieran usadas, pues estas máquinas eran perfectas, sino porque las iban a destruir y eso las hacía mucho daño. Pero, en cambio los hombres las trataban fatal, tan mal que con lo perfectas que eran con un año ya no servían, y las descomponían y las quitaban la vida, y las máquinas sufrían mucho, y en algunos sitios pasó que las máquinas al salir de la fábrica y pasar por el departamento de descomponer funcionaron mal para siempre, por lo cual se empezó a deducir que las máquinas tenían vida y... es verdad.

Pero las máquinas no pensaban seguir igual, así que se comunicaron entre sí unas cincuenta millones de máquinas viejas y decidieron hacer huelga por su mal trato, y al segundo mes las máquinas jóvenes quedaron convencidas por las máquinas viejas, así que sabiendo su futuro y triste destino las máquinas de todo el mundo se pararon, por lo que la vida humana estaba en juego pues la humanidad dependía en un 80 % de las máquinas.

Ante tal acontecimiento el mundo se empezó a superalar-mar, así que llamando a los mejores y peores maquinólogos del mundo se reunieron en distintos países y se empezó a abordar el grave problema, que si no era resuelto en un mes el mundo entero podía morir. Esto era un grave misterio, pues se creía que las máquinas eran máquinas, o sea que no tenían vida, y como todas estaban en perfecto estado, pues... qué pasaba...

Pero había un estudiante que no estaba de acuerdo, pues él sí creía que las máquinas tuvieran vida, entonces fue a consultar a una máquina vieja, a la que empezó a hablar, y al principio la máquina no respondía, pero luego ya hablaban, pues se hicieron amigos y la máquina le contó al estudiante las causas de la huelga. Entonces el estudiante empezó a hablar de cosas con ella y con más máquinas, haciéndose amigo de ellas y sabiendo todo lo que quería saber, pero ocurrió algo fatal...

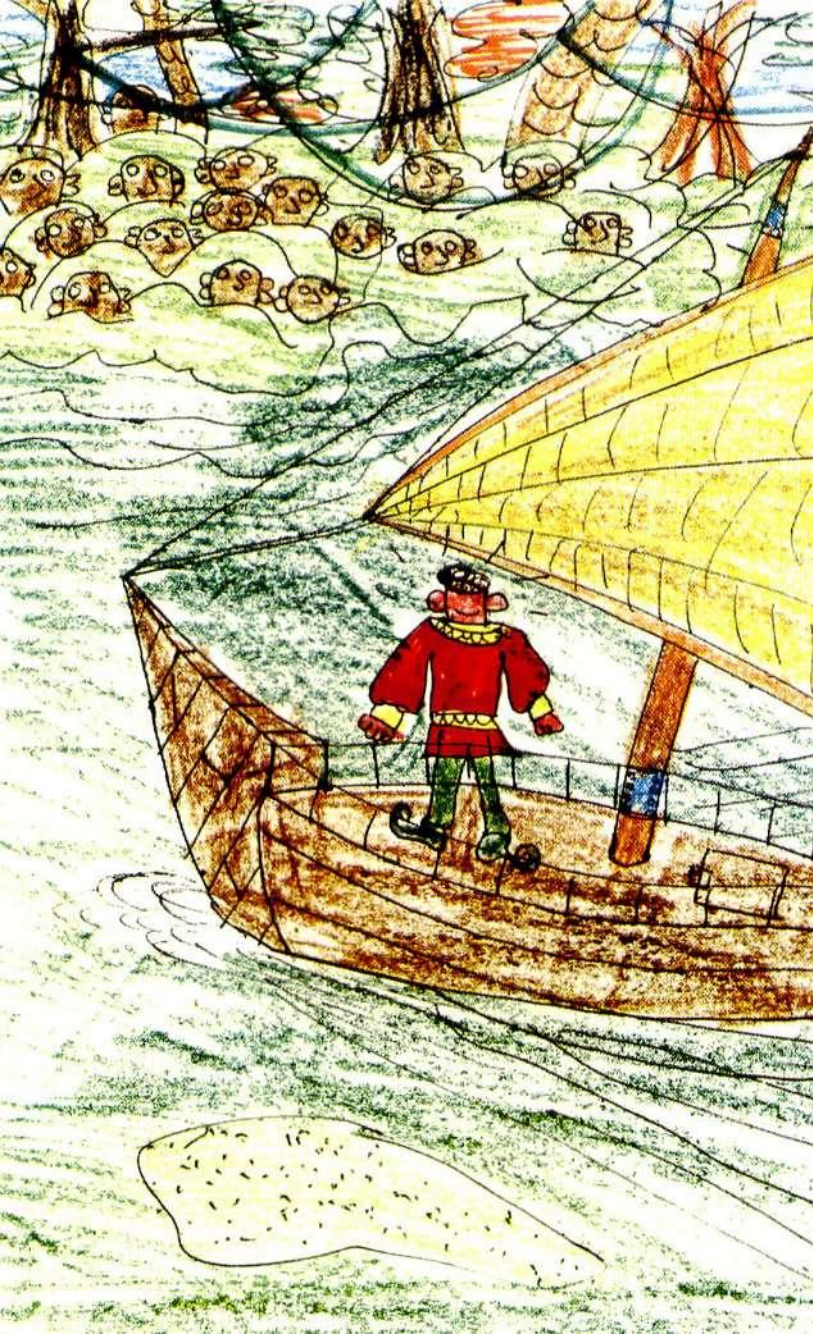
Al querer explicar esto todos le dijeron que estaba loco, así que sin ninguna protección más que la de las máquinas se fue a hablar con ellas, llegaron a un acuerdo: elegirían por cada grupo de máquinas un representante, así que consiguieron 50 representantes y consiguió también reunir a casi todo el país y se puso a hablar con las máquinas y con el país.

Convencidos todos, se consiguió que las máquinas se trataran mejor y así ya nunca se tiraban, por lo cual ya no hubo más departamentos de descomponer y así se logró un mejor método de vida para las máquinas y los hombres.

JAVIER, 10 años

*perdido*

Guillermo, 11 años









Soy Yami-Moto, nativo de una pequeña isla de Nueva Zelanda.

Es una tierra selvática donde vivimos algunos comerciantes. Digo comerciantes porque vendemos los productos de la isla (dátiles, plátanos, cocos, etc.) a los barcos que pasan.

Se me ha ocurrido que, en vez de esperar a que vengan aquí los barcos, puedo ir yo a Wellington para vender mis productos. Dispuesto a realizar mi pensamiento voy a acoplar unas cajas de cocos y otras cosas en la bodega de mi chalupa. Debo cubrirlas con un tejido de palmera especial que sólo conocemos los de aquí que es impermeable, pues si se mojan ya los puedo ir tirando. Se lo he dicho a mis vecinos, pero no me han hecho caso. Para ahorrar tiempo, tengo pensado ir por un atajo. Para llegar a Wellington hay que bordear una gran isla que se interpone entre la mía y la capital, pues bien, esta isla, que me obliga a dar un rodeo tiene un gran brazo de mar que penetra hasta muy adentro en la isla. Al llegar al final de este brazo comienza un río poco caudaloso pero suficiente para mi pequeña embarcación. Este río desemboca en la orilla opuesta a donde comenzó el brazo de mar, así, tan fácil puedo conseguir hacer el recorrido en una cuarta parte de lo normal. Sin pensarlo dos veces, hoy partí muy por la mañana, he calculado en llegar antes del mediodía. Solté la cuerda que sujetaba mi chalupa con tierra, rápidamente salté dentro, se abrió ante mí un extenso horizonte detrás del que no se divisaba la menor porción de tierra. Poco a

poco me iba separando de mi isla y me iba acercando a aquel horizonte lejano que a su vez me parecía que se separaba más y más de mí. Por fin, a un cuarto de hora de mi salida vi una línea lejana y difusa hacia el norte. Faltaba ya poco para llegar. A medida que me acercaba, la línea difusa la vi con claridad. Busqué el brazo de mar, mas no tardé en encontrarlo. Me metí por él bordeando algunos troncos semihundidos. Tuve que recoger la vela porque las ramas desgarraban la tela. Parecía que iba a chocar contra la maleza que se levantaba ante mí y en el momento justo se abrían formando un maravilloso túnel de árboles y flores. Se oía continuamente los gritos de los monos y algunas aves de la selva. Me pregunté cómo el barco avanzaba sin que tuviera vela y además lo lógico era que el mar me sacara de la isla. Me extrañó un tanto este suceso, observé el mar y no veía nada anormal, me asomé a la maleza y no pude ver algo más inimaginable, no era ningún animal gigantesco, ni cosas de esas sino muchos negritos enanos armados de arcos y flechas tan pequeñas como ellos. Me imaginé su intención, e inmediatamente me tumbé sobre la cubierta. Los chillidos de los monos y los pájaros se vieron multiplicados por los de estos seres extraños que cayeron de todos lados a mi barco. Cubrieron el suelo con los cocos y dátiles que sacaron de la bodega. Continuaban saltando más y más a mi barco, subieron por el mástil y bajaron la vela. La dejaron hecha una pena, mientras tanto se tiraban a por mí la mayoría. Cuando me deshacía de uno, llegaban cinco enanos salvajes más. Después de una corta lucha caí agotado de cansancio. Calculo que llegaron a subir en mi pequeño barco unos quinientos. Cuando me recuperé estaba en un lugar muy distinto al último que vi. No puedo describirlo porque no era ni árido, ni boscoso, ni polar ni desértico ni nada, era mezcla de todo. De lo primero que me di cuenta era de una herida que tenía en la sien y que me dolía horriblemente. No vi agua por ninguna parte, por eso me puse a andar hacia el norte, igual que podía ponerme a andar hacia

el sur, este u oeste. Estuve muchas horas de caminata sin encontrar agua. Seguí caminando y vi unas huellas, las comparé con las mías y eran iguales. En esta tierra arcillosa también vi marcada la huella de una mano. La comparé igualmente con la mía y era exactamente igual. Saqué la conclusión de que había vuelto al mismo lugar de donde salí y por lo tanto estaba... ¡Perdido! Eché a correr a izquierda, derecha, adelante, atrás sin saber a dónde ir. Entre los arbustos oí un ruido extraño, me acerqué y saltó sobre mi cabeza una cosa, que no sabía lo que era, pues pasó muy veloz. Me tiré al suelo porque pensé que lo que quería era golpearme. El cielo oscureció rápidamente. Grandes luces pasaron por delante de mí y brillantes ojos se acercaban rápidamente y desaparecían. También oí carcajadas y pasos por todas partes. Intenté mantenerme sereno pero era imposible ante aquellas terroríficas visiones. No conseguía comprender lo que ocurría en aquel momento. Me imaginé que quien quiera que fuese quería volverme loco pero yo me mantenía en mis trece sin dar el menor signo de locura. Enseguida desaparecieron los ruidos y las voces y el cielo quedó iluminado otra vez. No había rastro de que hubiera habido alguien en aquel lugar. El paisaje había cambiado completamente, no había ni plantas ni árboles ni nada, sólo unas piedras rectangulares que cubrían el suelo. Cogí una para ver si había sido tallada por alguien o tenía alguna marca pero nada, no tenía nada. La volví a dejar en su sitio pero no pude despegarme de ella. Saltó hacia el cielo internándose en una espesa niebla. Noté que me despegaba de ella y caía en la tierra. En el momento que me iba a estrellar en el suelo, aparecí tumbado en mi barco con la ropa destrozada y el barco en malísimas condiciones. Todo había sido un sueño, las visiones terroríficas, el paisaje extraño, todo, todo había sido un sueño. El puente del barco estaba lleno de desperdicios de frutas. Desapareció la vela y el timón lo arrancaron por lo visto. También hacía agua por multitud de brechas y así se hundía lentamente. Salté del

barco y fui nadando hacia la orilla. Seguí el brazo de agua en su dirección al mar. Al llegar a la playa vi encallada en la arena una barca, me acerqué a ella con mucha precaución. La empujé hacia el agua, rápidamente me metí en ella, cogí los remos y me alejé lo más deprisa que pude de aquella playa. Volaban por mi cabeza multitud de preguntas: ¿Por qué el barco se movía contra la corriente? ¿De dónde provenían aquellos enanos? ¿Por qué me atacaron? ¿Qué misterio esconde esta isla? Seguramente no lo sabré nunca.

GUILLERMO, 11 años

*el robo no  
se aprovechó*

Marta y Arancha, 10 años



Un barco de pasajeros que parte de Kanchatka hacia una travesía para Dinamarca para dejar a unos pasajeros, la mayoría de ellos ricos. Con los pasajeros va una mercancía de cobre y hierro que deberá ser dejada también en Dinamarca.

Pasaron quince días y el barco seguía tranquilo por el mar. Pero de lo que no se daban cuenta era de que seis personas buscaban dónde estaba guardada la mercancía de cobre y hierro, los timbres de alarma, cómo desconectar la radio para que no pudiesen mandar mensajes, dónde estaban las armas, dónde se situaban las salidas de urgencia.

Mientras, en los camarotes de pasajeros se oía cómo cuchicheaba la gente de lo bien que estaba en ese barco. Pero no suponían lo que iba a ocurrir dentro de poco tiempo en el barco.

Los ladrones ya estaban preparados para dar el golpe. A la hora de comer todos estaban juntos en la sala. Los ladrones estaban preparados para dar el golpe, entraron y apuntaron con una ametralladora. Las señoras chillaban, los señores sacaban sus pistolas pero acababan tirándolas al suelo por las órdenes de los ladrones. Las señoras se calmaron aunque algunas estaban desmayadas.

Los tripulantes se dirigían despacio, seguidos por los ladrones hacia los botes salvavidas pero uno de los asaltantes se dirigió hacia una chica joven de unos veinte años, hija de un viejo rico.

La cogió bruscamente del brazo y se la llevó a un camarote.

Mientras, los botes salvavidas se alejaban dejando allí a los ladrones.

Los bribones se reunieron en una habitación: estaban planeando algo. Y a la hora salieron ordenando a la chica que escribiese una carta a sus padres diciéndoles que fueran al norte de Noruega con un maletín que tuviera diez mil dólares.

En el puerto más cercano dejaron la carta y se alejaron hacia su refugio donde había un sitio estupendo para dejar el barco.

Llegaron a una cueva donde planearon recoger el dinero y poner rumbo hacia Islandia donde harían algunas compras y darían el dinero que debían a la gente.

Al día siguiente con todos los preparativos partieron hacia Noruega donde estaba el dinero. Los bribones estaban impacientes por coger el dinero. Cuando llegaron, como la chica era hija única y la querían mucho les entregaron el dinero. Los ladrones se fueron a Islandia donde estaban sus amigos.

Por el camino como estaban tan contentos de que les hubiera salido todo bien tomaron muchos licores con muchos grados y se emborracharon. Daba risa oírles cantar, pues eran unas canciones muy tontas y una de ellas era: temente con temi te clo el camello me dijo, temente con temi te clo el camello me habló. El barco terminó destrozado pues armaron mucho jaleo, hasta uno jugaba con el timón cambiándolo y así un buen rato hasta que lo dejó sin darse cuenta en un rumbo desconocido para ellos. La noche caía sobre el barco y cayeron dormidos sobre el suelo.

Al día siguiente tenían una jaqueca enorme y por fin se dieron cuenta de que el barco no estaba en el rumbo correcto. Buscaron una brújula pero no la encontraron por ninguna parte: estaban perdidos en el mar. Miraron cuántos días podrían vivir, buscaron las provisiones y observaron que podrían resistir dos meses. Buscaron un mapa en el camarote del capitán pero no encontraron nada.



Los tripulantes se habían llevado todo, hasta un poco de comida.

Se repartieron el dinero y más tarde decidieron jugar al póker.

Uno de ellos sabía jugar muy bien se llamaba John y dejó casi sin dinero a los demás.

Subieron a cubierta y quedaron muy asombrados al divisar tierra.

Cogieron una balsa y fueron hacia tierra para ver si era un continente o una isla.

Cuando llegaron, recorrieron el trozo de tierra que había en el mar. Cada uno fue por un lado y se dieron cuenta de que estaban en una isla sin vida humana.

Trajeron todas las cosas del barco y lo anclaron, decidiendo quedarse allí algunos días.

Buscaron un sitio donde resguardarse y encontraron una cueva muy grande en la que podrían estar algún tiempo. Se metieron dentro con todo lo que llevaban y luego se fueron para cazar. Cuando volvieron todo estaba revuelto, la comida había desaparecido. ¿Qué había sucedido? Todos se lo preguntaban hasta que vieron muy asombrados una leona y sus cachorros..., al final de la cueva comiendo su comida. Menos mal que habían cazado dos conejos, si no no podrían comer. Tuvieron que volver al barco a por más provisiones. Además de comida necesitaban hacer fuego y coger cerillas del barco. Todos decidieron vivir bastante tiempo en la isla, matar a la leona, al león y a sus crías, y guarecerse allí. Cuando los mataron les quitaron las pieles para luego venderlas.

Al mes se marcharon con provisiones que cogieron de la isla. Y ya en el mar cada uno pensaba ir en una dirección, pero al final decidieron irse a la derecha.

Al cabo de dos semanas se estaban acabando las municiones. Uno vio tierra pero nadie la veía. Le preguntaban dónde es-

taban y señalaba al frente, pero como no se veía nada le dijeron que eran espejismos. Al final como se les acabaron las municiones, y no podían pescar o pescaban poco, se murieron y se encontró el barco con toda la mercancía robada y el dinero.

MARTA y ARANCHA, 10 años

*año MCMLXXXIV*

Eduardo, 10 años



Los hijos de V. Scarhof, H. Jonston, J. Letland y V. Bostok están aburridos.

El hijo de V. Scarhof se llamaba Snick, era inglés y tenía bigote, era alto y bajito. Le llamaban Alvaro.

El hijo de H. Jonston era alemán, se llamaba Fritz y patentaba inventos.

El hijo de J. Letland era el jefe, alto y le gustaba la poesía. Se llamaba John.

El hijo de V. Bostok se llamaba Moose y le llamaban Barracuda.

A la banda se había unido una chica, Jean, hija de John.

Era media tarde y había niebla. Sonó el timbre y el jefe fue a abrir la puerta. Vio a un cartero que le dijo: Carta para el señor. El jefe cogió la carta y le dijo: espere.

Fue a por una libra, y cuando llegó a la puerta el cartero había desaparecido entre la niebla.

—¡Hum! —dijo el jefe— Qué extraño, ese cartero parecía del Londres victoriano.

Abrió la carta y leyó:

TIKIS, 10-2-74.

T. Venga en seguida. Sherlock Holmes.

TIKIS (GEORGIA) URSS.

—¿Dé qué se trata? —dijo Jean.

—Ejem. Seguramente una simple y deplorable broma —dijo su padre—. Si no fuera así no sabría leer. Leed.

—¡Ach!, qué broma. Todos sabemos que Sherlock Holmes es un detective imaginario.

—Inventado por Arthur Conan Doyle en 1887. Intervino Jean.

—Si existiera tendría más de 120 años. Mirad este libro habla de esto, dijo—. Este libro dice que en Georgia hay 260 personas masculinas y 368 femeninas que han sobrepasado los 120 años.

Broma o no, la carta escrita con el estilo de Sherlock Holmes, despertó su curiosidad y partieron para Georgia.

En la frontera, Alvaro que iba con Fritz eran el centro de las miradas.

—Estúpidos —dijo Fritz.

El aduanero, mientras revolvía los equipajes, preguntaba:

—¿Nada que declarar?

—Sí, que estoy muy feliz de llegar a Rusia.

El aduanero, hombre de cuarenta años con su gorra de estrella, rio.

—Ja, ja. Eso es más viejo que las historias sobre Popoff el científico.

Poco después montaron en un coche lleno de mecanismos de ataque y de defensa. La carretera estaba muy mal asfaltada y tenía hielo, había que ir despacio. Comieron a 20 kilómetros de Georgia. La comida era barata pero de mala calidad.

Después de comer entraron en un coche y lo pusieron en marcha. Sólo una persona sabía que iban para allá: J. Morlarty Junior, nieto del terrible enemigo de Sherlock Holmes. El nieto quería seguir una ventura que era la de encontrar una fórmula de un arma secreta. Los dos de la banda de Morlarty colocaron una bomba en el coche de 19 minutos.

El viaje duró 18 minutos. Cuando salieron la bomba explotó.

—Alguien sabe que estamos aquí —dijo el jefe— y nos quiere matar a todos.

Se acercaron al hombre más viejo y le preguntaron: ¿está aquí Sherlock?

El hombre respondió:

—Si lo quieren ver vayan allí.

Ellos penetraron en la habitación. Se quedaron maravillados: el abrigo, el violín, la cama, el cuadro, la pipa.

—Sí, para el mundo soy una leyenda y así es mejor, amigos. Confiaba en ustedes.

Era imposible. Sherlock les miraba a los ojos. Era viejo, pelo blanco y escasa barba.

El detective prosiguió.

—Hace años asesinaron a un científico. El asesino fue Morlarty. Robó una caja fuerte en la que había una vieja fórmula y la escondió no se sabe dónde. Días después hubo un enfrentamiento entre él y nosotros. El y Watson murieron, y Morlarty se llevó el secreto a la tumba. Luego tuve que venirme aquí por sus poderes. Oh, London, la niebla. Cuántos recuerdos. Tienen que encontrar la fórmula.

Volvieron a Londres. Allí fueron al Archivo Real y preguntaron.

—¿Nos puede dar el dossier séptimo de Mr. Doyle?

—No está. Se lo ha llevado un tipo llamado Arimonty.

Mientras en los barrios bajos Moose y Alvaro se hallaban en un bar sucio y cochambroso. Había unos hombres que buscaban pelea: mira ese mosquito, dijeron. Moose se levantó al momento y avanzó despacio. Empezó a pegar y pegar, pero no deprisa. A cada golpe echaba todo el peso de sus 100 kilos. Un hombre de Arimonty les contrató, fueron a su casa y decidieron ir al museo de Sherlock. Pero el jefe ya había encontrado la fórmula y les esperaba en la habitación. Llegó Arimonty, pero el diabólico hombre tenía un arma. Una ventana se abrió y golpeó fuertemente en la nuca a Morlarty que se levantó y salió corriendo. Alvaro cogió su arma y disparó. Un minuto después Morlarty caía muerto y una gran multitud entraba en el despacho. Nuestros amigos entraban

en un avión rumbo a Rusia. Una vez allí fueron a Tikis y preguntaron al viejo. Este respondió, ¿quién es ese? Entraron en la habitación y estaba vacía. El jefe se tocó el bolsillo y la fórmula no estaba.

Días después en el R. Unido el jefe pensaba: nadie me quitará de la cabeza que fue Sherlock Holmes quien abrió la ventana. Y después dijo: frágil es la barrera entre el sueño y la realidad. Con el sonido de un piano la aventura terminó.

EDUARDO, 10 años



*los dos policías  
se quedan  
en calzoncillos*

Maríalis, 10 años



Una vez en un pueblo había una comisaría vigilada por dos policías.

Una vez robaron en la panadería y el ladrón salió corriendo.

El panadero llamó a la Policía, y los dos que estaban de guardia en la puerta de la comisaría salieron en busca del ladrón y no le encontraron. Por la noche, se iban a acostar, se quitaron los pantalones y se quedaron en calzoncillos en el momento que entra un ladrón en la habitación. Los dos policías al verle cogieron sus armas y salieron detrás de él, sin darse cuenta de que estaban en calzoncillos.

A la mañana siguiente los policías seguían persiguiéndole, cuando el ladrón volvió a pasar por las calles del barrio y los policías detrás en calzoncillos. Toda la gente se reía. Cuando pasaron por delante de la comisaría al verlos el jefe y los demás policías se quedaron pensativos. Luego se dieron cuenta de que eran los dos policías que iban detrás del ladrón.

Cuando los policías volvieron a la comisaría les dijo el jefe que por qué iban en calzoncillos. Los policías pasaron corriendo a su habitación a vestirse.

Cuando estuvieron vestidos fueron y se lo contaron todo al jefe.

A la noche siguiente les pasó lo mismo. Cuando iban corriendo, el ladrón se tiró por un tobogán lleno de arena y los policías, al tirarse se les rajaron los calzoncillos.

El ladrón, al ver que huían con los calzoncillos rotos, se rió de ellos.

Los policías iban hacia la comisaría.

Cuando entraron, lo hicieron tan deprisa que los que estaban allí no se dieron cuenta.

Por la noche el ladrón no fue. Al día siguiente le hicieron una broma al jefe: cuando se sentó las patas de la silla se rompieron.

Un día el ladrón hizo sonar un tambor en el campo y todos fueron allí. Mientras, el ladrón fue al pueblo y robó muchas cosas. Los hombres y mujeres, al llegar a casa y ver que les habían robado, se dieron cuenta de que era una broma.

Los policías vieron pisadas, lejos de donde toda la gente había ido, y pensaron que podían ser del ladrón pero no estaban seguros.

Un día, cuando el ladrón se disponía a robar una tienda, donde vendían ropa, el tendero le vio y llamó a la Policía, pero éste al oír la sirena salió corriendo y no le pudieron coger. Uno de los policías se metió la mano en el bolsillo y se dio cuenta de que tenía una bomba, pero cuando se disponía a tirarla le estalló en la mano. No murió porque la bomba era pequeña.

Cuando volvieron a la comisaría se lo contó al jefe, pero éste se quedó pensativo y al fin dijo: ¿Cómo y por qué? Los policías no tenían ni la menor idea.

Los policías se fueron a dormir y no les pasó nada, pero más de noche se presentó un hombre en su habitación.

Los policías salieron detrás de él pero esta vez se pusieron los pantalones. Ya le estaban alcanzando cuando aparecen cinco más y los policías al ver que eran tantos huyeron des-pavoridos.

El jefe dijo que si se le cogía se le metería en la cárcel, pero antes iría a un juicio.

Los policías habían pensado hacerle la broma de la silla y así toda la gente se reiría. Pero, para hacer esto, tenían que coger al ladrón. ¿Pero, cómo lo harían?

Los policías pensaron y a uno se le ocurrió poner una trampa en cada portal y entrada de una tienda, así el ladrón cuando entrara a robar lo cogerían.

Esta trampa la pusieron y por la noche se presentó el ladrón. Iba a robar a una tienda, pero cuando se disponía a entrar cayó en la trampa. Al día siguiente se celebraba el juicio y ya tenían preparada la broma. Así cuando el jefe se sentó toda la gente rió mucho, hasta el ladrón se rió.

MARIALÍS, 10 años.



# *cabeza de lobo*

Jerónimo, 10 años





## I

Corrían los tiempos del Oeste, y en un poblado Apache se festejaba que la mujer del jefe había dado a luz a un niño. Llegó la hora de presentárselo al jefe: él dijo:

—“Ser un niño débil y enclenque, no valer para guerrero, llevarlo a las montañas y abandonarlo, no le quiero en mi tribu, ser enclenque.”

La orden del jefe fue rápidamente cumplida, seis guerreros partieron hacia las montañas portando al niño.

Cuando llegaron, uno de los guerreros dijo:

—Le abandonaremos aquí, “cabala” (lobo) dará buena cuenta de él, lo matará y el jefe estará contento. —Después de abandonarlo se marcharon.

## II

### CRIANZA

El niño pasó a la intemperie dos días y dos noches, y al tercer día llegó “Cábala”, porque había escuchado los llantos del niño, la loba lo adoptó, porque los apaches habían matado a sus dos crías, lo cogió por la piel de búfalo en que iba envuelto y se lo llevó a su cueva.

Al cabo de ocho meses el pequeño ya sabía andar a gatas, (aunque muy toscamente) y un día vio algo encima de una piedra intentó saltar para subirse en ella, y lo único que consiguió fue ponerse con las extremidades anteriores sobre la piedra. Se había puesto de pie por casualidad. El hacer aquello le pareció algo muy divertido, y lo intentó una y otra vez, hasta que consiguió andar bien a dos patas.

Cuando el pequeño tenía ocho años una vez andando y andando llegó a la aldea del que fue su padre, y vio cómo los guerreros se hacían arcos y flechas, lanzas y toda clase de armas, también asistió a unas asambleas, aunque todo esto lo hacía en secreto, y también se enteró de que las lanzas, etc... se usaban para cazar y alimentarse, pero no sabía cómo utilizarlas.

### III

#### APRENDIZAJE

Una vez, la loba decidió enseñar al pequeño a cazar (pero como ella sabía, claro). La loba le había enseñado a andar a cuatro patas, y para cazar, eso le sería útil, le enseñó a rastrear, le enseñó a seguir un rastro, y a olfatear el aire o en una mata a la posible presa, pero cuando localizaba la presa y salía corriendo no la alcanzaba nunca, y se pegaba un trompazo, la loba se dio cuenta de ello, y desde entonces ella fue la que siempre salió a cazar, para conseguir alimento para los dos, aunque algunos días tenía que salir a cazar tres y cuatro veces, porque el pequeño comía sin cesar.

## IV

### VUELTA AL POBLADO

Cuando el chico ya fue más mayor, en otras excursiones secretas al poblado del que fue su padre, se dio cuenta de que aquellos hombres eran muy parecidos a él, aunque más grandes, y también se dio cuenta de que cada vez era más distinto de la loba, y un día decidió ir al poblado ese...

Cuando llegó al poblado todos los guerreros se dieron cuenta de que era el hijo del jefe, el cual mandó que lo llevaran a las montañas, para que "Cábala" le matara, y como todos creyeron que era un fantasma, salieron corriendo, el jefe al ver todo este alboroto, salió a ver qué ocurría, y se encontró con su hijo, lo reconoció por los rasgos de la cara. Vio que podía ser un buen guerrero, tenía músculos, y era muy fuerte y ágil.

Encargó a las mujeres del poblado que le enseñaran a hablar.

Al cabo de bastante tiempo, cuando ya sabía hablar, le contó a su padre cómo le había cuidado la loba, y un día decidió ir a verla. Cuando llegó a su cueva vio que la loba estaba enferma y se acercó, la cogió y dio su último gruñido en sus brazos; había muerto.

## V

### HECHO UN GUERRERO

Pasaban muy rápidamente los años para "Cabeza de lobo" (así le llamaban en recuerdo de la loba), ya estaba hecho un guerrero, y su padre, el jefe de la tribu, estaba agonizando, porque los comanches una vez que los intentaban robar y su

padre salió a luchar, un arquero por la espalda lo había asae-teado. Su padre estaba siendo cuidado por algunas mujeres y él, antes de morir, lo último que dijo fue: "Mi hijo será el jefe de la tribu cuando yo muera, que sigan siempre los buenos consejos de mi hechicero y gran amigo "lengua de serpiente", y que nunca lleve al pueblo al saqueo, o guerra con otros pueblos, si no es porque el otro pueblo lo ha provocado, ¡ah! y lo más importante, decidle que no ataque al poblado comanche que nos robó, por venganza."

En ese momento entraba su hijo "Cabeza de lobo", y después de enterarse de lo que había dicho su padre, salió de la tienda, y se dirigió al poblado, diciendo: "Mi padre ha muerto, y dijo que yo fuera jefe de la tribu, pero quiero saber si vosotros lo aprobáis". El pueblo aclamó, "Sí, sí, sí, sííí".

## VI

### UN JEFE JUSTO

Pasaban los años y la vida en el poblado era tranquila, pero durante el último mes, unos misteriosos "jinetes nocturnos", saqueaban, incendiaban y mataban, etc, etc... y el poblado estaba en lo que se llama ahora, la bancarrota.

Una noche el jefe (o "Cabeza de loba") oyó un ruido fuera de su tienda, salió, y exactamente como a su padre, le asae-tearon por la espalda. Por la mañana le encontraron muerto, lo enterraron, eligieron un nuevo jefe, y la vida continuó en el poblado.

JERÓNIMO, 10 años.

*farmón*

Gema, 11 años



FARMON







Venía por la oscura calle, con paso, ligero, y con el rostro lleno de cansancio. Había estado fuera, bebiendo en los bares "lunáticos", con su socio Farmón.

Por fin llegó a su casa. Las paredes eran de un metal brillante, las puertas, de hierro pintado con cada color de las estrellas, y ¿las ventanas? Las ventanas eran lo más hermoso de la casa, hechas del cristal más fino.

Razmín no tenía una mujer que lo cuidara, como los demás, ni tampoco era pobre como los de allí. No, Razmín era rico y soltero y bastante avaricioso. Por esto, sus únicos amigos eran el cochero, el sereno, el criado y Farmón. Este llegó después a su vivienda. Tenía una buena mujer, tres hijos y una casa pequeña. Las paredes no eran de metal, sino de simple ladrillo, las puertas de madera y las ventanas con cortinas elaboradas por Amalia, su mujer.

Farmón tenía el yunque y las herramientas en el jardín. Estaba una mañana trabajando, cuando Razmín se interesó en las láminas de aluminio y platino. Así se conocieron.

Aquella noche, la luna brillaba en lo alto, y los planetas lejanos a esta luna de Venus relucían más que nunca, Farmón entró en su casa. Reinaba el silencio y la oscuridad. Había encima de la mesa un vaso de "chele" (líquido pastoso y blanco) y un "sanracon" (una masa blanca y cocida) que le preparó su hija mayor, Loira. No tenía hambre, apartó la comida. La garganta le quemaba. ¿Sería por las bebidas que tomó? Sí, eso sería, y lo único que le aliviaría sería un vaso

de agua fría: Fue corriendo al grifo, pero no salía ni una gota de este líquido. Salió al jardín, derecho al pozo. Estaba seco.

—“¿Qué ocurrirá? Todo está seco” —pensó—. “Será mejor que entre, aquí hace demasiado frío”.

Farmón llevaba una “sablú”, un “lontapan” y los pies desnudos. Daba pasos temblorosos e inseguros, que le guiaron hasta el lecho. Este, eran varias maderas juntas en forma de cajón, con un colchón de paja y algunos trapos que hacían de “tamán”, “nabasa”, o “chacol”.

Le seguía doliendo la garganta. Sus párpados se cerraban poco a poco hasta que quedó profundamente dormido.

Al amanecer, el sol relucía en el horizonte, las hojas estaban regadas con el rocío de la mañana y las ocas blancas que ya nadaban en la gran charca, daban pasos torpes. Farmón tenía los ojos abiertos, fijos en el techo, pensando en la noche anterior. Su mujer le llevó una taza de chele y varias galletas. El los tomó con gusto, ya que desde la mañana anterior no había comido nada. Después de desayunar, se dirigió a la calle de Senuv Yecolik. Allí, en la puerta, le esperaba un hombre bajo de ojos oscuros y hundidos con el pelo gris y una gran barba que le cubría casi todo el rostro. Este hombre era todo lo contrario de Farmón, alto, de ojos azules, rubio y con la barbilla lisa.

—Hoy, tienes que ir a una nueva manzana de casas —dijo el hombre bajo (su jefe, Mirtón)— ¡Hala, a trabajar! Aquí tienes la dirección. ¡Vamos! —gritó con voz grave y ronca.

—Pero..., esto está a mil kilómetros y...—

Unas pálidas manos le introdujeron en el vehículo que le llevarían a otro lugar. Por fin se puso en marcha. La nave devoraba kilómetros y kilómetros. Después de una hora aterrizó en la nueva manzana de casas rojizas y blancas. Con su carro de hierro fue vivienda por vivienda hasta que vendió todas las láminas. La gente de allí era muy extraña, ya salían hombres vestidos de colores que vestidos de negro, mujeres

viejas que jóvenes, rubias o morenas, pero siempre variado. Aquel lugar estaba bastante lejos de su casa y ya era hora de regresar. Subía los dos escalones rápidamente, y antes de cerrar la puerta de la nave un extraño animal se acercó a él.

—Oh, qué ser más raro —pensó— y qué sonidos hace.

Farmón nunca había visto un perro, por esto le pareció extraño. Más tarde, tras pasar otra hora, llegó al lugar de donde despegó.

—¿Has vendido todas? —le preguntó Mirtón.

—Sí. Y ahora deme mi dinero.

—Toma. Anda, vete y descansa.

De allí a su casa no había un largo camino y éste era muy bello. Había un trecho rodeado de pinos, praderas, mariposas y flores. Todo esto hasta su casa. En fin, no llegó la civilización.

—Papá, papá— Salieron todos sus hijos al encuentro. El les miraba uno a uno. Primero a Loira, de ojos verdes y pelo rubio. Luego a Victoria, ojos negros y de pelo castaño, y por último a Kaizu, ojos color miel y moreno. Las dos niñas eran exactas a su padre, por el contrario el niño era como su madre. Se dieron un abrazo y entraron a la casa. La mesa estaba dispuesta, y los platos despedían un agradable olor a sopa. Lavoteo de manos, ruido de sillas, por fin hubo silencio. Tras unas palabras, tras unas oraciones, lo único que se oyó fue el tintineo de las cucharas al juntarse con el plato y el de los vasos al rozarse con la jarra. La comida fue desapareciendo de los platos, la bebida de los vasos, y la gente de la acogedora estancia; las chicas a estudiar, el chico al jardín con su padre, y su madre, con pasos ligeros, a la cocina.

La afición de Farmón era hacer cazos de metal, puertas para las grandes y plateadas naves, y extrañas mesas. Estas embellecían los rincones más raros, ya era en la despensa, en la habitación, como en la salitina. Esta era una gran sala adornada de cortinas y de diversas y coloridas figuras. Far-

món se pasaba todos los ratos libres en esta distracción, ayudado por Kaizu, gran ayuda para su querido padre.

Amalia y las chicas (ya habían acabado de estudiar) preparaban, a escondidas de su padre, un gran pastel adornado con bolitas de nata. Al día siguiente sería el cumpleaños de Farmón y le iban a dar una sorpresa.

—Más azúcar. Cuidado con la nata. Ese pastel se va a quemar— éstos eran los únicos comentarios que se oían en la cocina.

Por el contrario, el padre de esta familia tan unida y su hijo hablaban de carpintería y del futuro ignorando la fiesta preparada para el siguiente día.

Por los montes, el sol, de color de fuego, se ocultaba y por el otro lado la luna se descubría. A las diez, el viejo búho de las plumas marrones y de pico oscuro, ya daba las buenas noches a la familia con su monótono ruido...

Tras largas horas, esa bola de fuego aparecía otra vez por detrás de la casa. Al mugir la vaca, Farmón despertó y vio, como siempre, el rocío de la mañana que resbalaba por las hojas verdes del manzano, sí, esas gotitas que se presentaban como pequeñas perlas transparentes, a la vez que el sol y a la vez que el gallo cantaba. Se levantó, de mala gana, lentamente y con la cabeza gacha. Ese día era su cumpleaños, lo sabía, y que transcurriría como siempre, con un beso y con caras felices. Pero se equivocaba, algo faltaba, y lo vería muy pronto. Se puso las vestimentas que tenía, sentándose cada momento en un mullido sillón azul, y salió al jardín donde se respiraba un agradable olor a perfume de las plantas y de las flores rojas, amarillas, blancas... de los colores más hermosos. Se pasó horas y horas contemplando el paisaje y pensando en ese día:

—Este día es muy extraño, no me dejan entrar en la cocina, y de lo único que se habla es de la comida. ¿Qué estarán haciendo?

Por suerte, Farmón no consiguió ver nada y a la hora de comer la sorpresa fue suya, El postre era una monumental tarta adornada con letras de nata: "A papá querido Farmón."

Todos llevaban en las manos un gran y pesado paquete que colocaron en la mesa pequeña del salón. Quitó, primero, la cinta azul que le rodeaba, y por último el pliego de papel rojo en el que resaltaban unas flores verdes y amarillas en un ramo, y vio un yunque plateado que relucía al rozarse con los rayos del sol. Sus ojos se volvieron a fijar en cada uno de los componentes de la familia y sus rojos labios se separaron dejando escapar unas palabras de agradecimiento. Ahora Farmón es viejo, su sonrojado rostro es ahora pálido, sus suaves manos son ásperas y arrugadas, pero aún guarda el antes nuevo y ahora viejo yunque que le hace recordar todas estas cosas ya pasadas.

GEMA, 11 años.



# *las fiestas del pueblo*

Alvaro, 10 años





Estamos en abril de 1899, Semana Santa.

Aquella semana es una de las fiestas religiosas más importantes y como siempre en todos los pueblos y ciudades se saca el santo a pasear por las calles principales; a este acto se le llama procesión.

Faltaban dos horas para que en Cabezón de la Sal —que es un pueblo de Asturias— se celebrase la procesión, pero había un problema terrible: Daba la casualidad que por estas fechas se estaba combatiendo en la guerra por la independencia de Cuba y del pueblo se habían ido todas las personas del sexo masculino mayores de catorce años, y de sexo femenino mayores de veinte años y menores de cuarenta años a combatir o a servir de enfermeras o enfermeros y entonces sólo quedaban en el pueblo niños, viejos y el párroco y como el santo estaba hecho de hierro y la cabeza de plomo y además estaba recubierto por una espesa capa de escayola...

Y para colmo los trajes eran de pana. Total que pesaba tanto que sólo lo podían levantar entre 50 mozos de los más robustos. La gente del pueblo no estaba muy segura de que entre 100 personas pudiesen con el santo; porque como ya he dicho antes sólo había 50 niños, 40 ancianos y el párroco. Cuando llegó la hora todos se pusieron a levantar al santo; pero en treinta minutos no lograron ni siquiera sacarlo de la iglesia que en este tiempo quedó hecha una porquería ya que

al intentar sacar al santo se les cayó 20 veces lo menos y en esas caídas rompió todas las vidrieras, la puerta y el altar y a la vez se le rompió parte del traje y se le cayó la mitad de la escayola que llevaba encima y además los habitantes, como eran muy cabezotas —de ahí viene el nombre del pueblo— se empeñaron en hacer el recorrido completo que constaba de dar la vuelta al pueblo entero.

Así que la gente se cogió sus mochilas y comida para ocho días ya que la procesión tenía pintas de durar más de seis días. Llevaban cinco horas ya y sólo habían recorrido 100 metros y el santo se les había caído seis veces y había destrozado otras tantas casas. Al día siguiente la procesión seguía y faltaban 7 km. para que terminase ya que habían recorrido un solo kilómetro. Cuando llevaban tres días habían recorrido dos kilómetros y medio y había y habían destrozado diez casas y siete establos y el santo estaba todo abollado, y sin ropa puesto que de tantas caídas se le había roto toda y posteriormente se le cayó. Llevaban ya cuatro días y el pueblo había quedado arrasado totalmente. Pasaban al lado de un barranco y de pronto un viejo cayó agotado al suelo y el santo cayó al fondo arrastrando con él siete personas que resultaron muertas al igual que el viejo que murió agotado.

Con estas ocho bajas hubo algunos que se querían ir a su casa pero fueron convencidos por los otros más cabezotas que ellos.

Al día siguiente cayeron agotadas ocho personas más y horas después diez más, y al día siguiente, veinte más, y aún les faltaban tres kilómetros para terminar el recorrido. Entonces un chico propuso que se fabricase un carro gigante y que se pusiese encima lo que quedaba del santo y todos los caballos que había en el pueblo los ataron al carro con sogas. Así consiguieron ir un poco más deprisa pero no iban al ritmo deseado. Los caballos se iban cayendo agotados ya que los pueblerinos, no queriendo romper la tradición que se basa en hacer la procesión dentro del plazo de una semana como

máximo, queriendo ir deprisa no se paraban a dar de comer a los caballos que de un total de 30 sólo quedaban 20.

Por fin acabaron la procesión en el plazo de ocho días y a las seis y media de la tarde, y el párroco convocó a todos a las siete en la iglesia para hacer un funeral por los caídos en la procesión.

A las siete los 54 habitantes que quedaban en el pueblo estaban en la iglesia rezando, pero como llovía mucho y hacía tormenta tenían que rezar a voces para oírse entre sí y no había techo en la iglesia ya que en la procesión la habían destrozado. La tormenta destrozó lo que quedaba en pie de toda la iglesia y el pueblo y en el aguacero murieron diez personas. Cuando terminó la tormenta los pueblerinos se construyeron unos pequeños refugios con telas y palos.

ALVARO, 10 años.



# *desesperación*

Alfonso, 11 años









### *Un film muy desesperante*

Es la vida de una familia que lucha por la supervivencia del modo más rápido: el *robo*.

Nos situamos en una pequeña aldea del Norte de España, donde sus habitantes se las ven mal para poder subsistir. Allí las únicas diversiones que existen, mejor dicho acontecimientos, son las fiestas de San Ignacio, patrón de Lusán, pues Lusán es el nombre de este pequeñísimo pueblo no nombrado en el mapa.

Las únicas fuentes de supervivencia es el ganado y la agricultura, las cuales hacen que este pueblo honrado viva si no es del todo, por lo menos regular. Los trabajadores lusaños se levantan desde que sale el sol hasta que anochece, llevando una vida verdaderamente agitada. Otro problema para ellos es la enseñanza, pues deben pensar en el futuro de sus hijos, es decir, que no será futuro sin antes haber cursado estudios. Nos hemos dejado atrás que gracias a otro pueblo cercano al de ellos llamado Zorincalo este pueblo ha podido arreglar muchos problemas que se le avecinaban entre ellos y bien claro está el de la enseñanza.

Muchos de los niños lusaños asisten a la escuela de Zorincalo donde por lo menos se educan, aunque los estudios no sean muy completos. No se crean que estos pueblos del Norte no tienen sus ventajas, pues sí las tienen, sí, y una de ellas es

la salud, la cual hace que la gente muera de muy viejos, es decir que sufren muy pocas enfermedades. Dentro del pueblo hay distintas clases, gente que se enfrenta mejor a la vida gracias a pequeñas sumas que a lo largo del tiempo ha recibido de sus antepasados y otra clase más extensa que vive simplemente de lo poquito que sacan de su trabajo. Una de estas familias es la de los Steveson, la cual procede de gente poco honrada y mal querida, por ello esta familia está en un desafecto con los demás.

A consecuencia de esto la familia Steveson se le planteaban diariamente problemas de todos los estilos. Uno de ellos y el más importante digamos que es el de la venta de cereales, la cual se hacía difícil al no poder venderla a los habitantes de Zorincalo los cuales como es de suponer conocían la poca formalidad y no querían ser chantajeados por tan infame familia. Los que tenían menos culpas eran sus hijos los cuales tenían que aguantar el bochorno de cuantos los rodeaban, escuchando casi diariamente todas las locuras que sus padres hacían. Llevando esta vida no me extraña nada que la mujer tomara ya unos grados de locura pues su desesperación aumentaba por momentos. Por suerte los Stevenson tenían unos parientes en Andalucía, los cuales estaban enterados de la enfermedad de Belva, la mujer, se dispusieron a hacerles una visita. Al llegar a Lusán lo primero que hicieron fue preguntar por los Stevenson a unas gentes que trabajaban.

Con el poco dinero que habían ahorrado durante los seis años últimos pudieron llamar a un doctor de Zorincalo, el que no les pudo solucionar al no saber qué le ocurría, el padre, ya desesperado se disponía a hacer la mayor locura con tal de saber la enfermedad de su mujer. Dentro de sus pensativas cabezas ya empezaban a figurar pequeños maléficos pensamientos que consistían en hacerse rico por la vía rápida, es decir, por el robo.

Todo estaba pensado para la noche siguiente, día en que parte del pueblo marchaba de excursión al lugar donde ado-

raban al santo San Ignacio por aniversario de este mismo. El autocar que llevaba a los lusaños al valle de los santos partió a las once de la mañana y llegaba a la una de la madrugada, por eso mismo los Stevenson aprovecharon a las diez de la noche para dar el toque a la tienda de comestibles.

Era una noche donde la lluvia apretaba por momentos y las nubes tapaban las estrellas, dejando el cielo prácticamente negro. Los tejados de las casas chorreaban mucho y hasta daba miedo salir de la casa, pero en la situación que estaban los Stevenson nada podía causarles miedo.

Cogieron unos plásticos que usaban para tapar la ropa cuando llovía y se encaminaron hacia la tienda de comestibles. Como es de suponer las cerraduras que se instalaban en Lusán no eran de mucha resistencia lo cual les favoreció lo suyo, pero no creamos que esto les solucionó la entrada, claro que no, lo que hizo fue simplemente abrirles el paso fácilmente.

Lo primero que hicieron fue coger de su casa una pequeña y fina barrita de hierro con la que a fuerza de golpes pudieron introducir por el ojo de la cerradura. Después de poder meter el hierro por la cerradura, consiguió darle unas cuantas vueltas, haciendo que la puerta casi se abriera, con un empujoncito la puerta terminó por abrirse y al señor Stevenson se le nublaron los ojos de alegría.

Empezaron por coger algunas que otras latas de conserva y unas cuantas barras de pan, siguieron con botellas de bebida y otras tantas cosas que costarían por lo menos las 5.000 pesetas.

Ya estaban bien cargados cuando oyeron a lo lejos el autocar que traía a los lusaños del valle de San Ignacio, salieron corriendo, llamó a su esposa y los dos se ocultaron tras unas matas que rodeaban la casa. Mientras tanto los niños estaban durmiendo y no sabían lo que ocurría a su alrededor. Los padres estaban muy nerviosos al pensar la llegada de ese autocar a una hora imprevista podía ocasionar su destruc-

ción. Mucho les pesaba la idea de abandonar Lusán pero las consecuencias que ocurrirían si se quedaban serían peores, por eso mismo se dispusieron a abandonar Lusán y a hacer nueva vida en pueblos lejanos al suyo. Gracias a su situación, casi fuera de España se encontraron muy pronto y así pudieron enrolarse en un barco hacia América. Desde luego no pudieron entrar tan fácilmente en el barco pues su dinero era escaso y sin dinero no se puede ir a ninguna parte, pero como en todas las historias esto no puede terminar así, así que supongamos que el capitán del barco era un viejo de Jymy y todo se arregla sin problemas.

Tomaron asiento en unas de las mejores butacas mejores pues el capitán, hombre generoso, no consentía tener a bordo a unos amigos y sentarles en las últimas filas. Pasaron bastantes días, exactamente 20 y al terminar el día 21 ya se encontraron en el puerto de Kigmon (América).

Bueno, ya estaban en América pero ahora lo difícil era buscar alojamiento, pero, por qué devanarse la cabeza visitando hoteles, cuando no se les iba a permitir entrar en ninguno aunque sea por una noche.

Ellos pensaban:

Es imposible Belva, es imposible, no comprendes que con esta pinta de desgraciados pueden pensar lo peor de nosotros. A pesar de esto no perdían el humor por lo que camino del último hotel de aquella ciudad iban entonando una canción que su bisabuela cantaba en los tiempos difíciles:

“Jymy dame queso y yo te doy chorizo que el jamión de York se me terminó y la longaniza se me ha podrido y el salchichón se lo di al ratón.”

Y así estos desgraciados terminaron por enfermar gravemente pero todo no estaba perdido pues un día cualquiera de un mes cualquiera de un año cualquiera, Robert su hijo mayor acompañado con el bebé Tutankamen que ya no era

bebé surcaron los mares hasta llegar a América y encontrar a sus padres tirados en la acera de una calle con muy poca vida, pero con vida que era lo que importaba. Robert por suerte supo ganarse la vida honradamente, por lo que su posición era buena.

A Robert le costó muchísimo el recoger a sus padres pues nunca podía olvidar lo mal que se portaron con ellos. Pero al fin y al cabo eran sus padres y peor estaría dejarles ahí tirados por lo que les cogió y se embarcaron hacia Lusán el pueblo en que si lo recordáis hicieron el robo. La gente de Lusán, enterada de todo esto estaba desesperada por cogerles y hacerles pagar todas sus deudas pero Robert ya reconciliado con sus padres les devolvió su dinero y todo volvía a pasar a la normalidad pues Jymy y Belva se restablecieron rápidamente al probar la comida. Pero lo que nunca se aclaró fue cómo Robert y el bebé Tutankamen encontraron tan pronto en América a su padres.

ALFONSO, 11 años.



*la historia  
del pulguito*

M.<sup>a</sup> Carmen, 11 años





La familia Pulga vivía hace muchos años en un perro famoso. Como Pulguito, que era el más pequeño, era muy travieso se divertía en saltar de un lado a otro y por encima de sus lanas. Este perro se llamaba Pachi.

Papá y mamá Pulga se pudieron hacer una habitación de forma rectangular, resguardada del frío y del calor.

Papá le dijo que podía ir por donde quisiera jugar siempre que no fuera a las orejas o al rabo del perro y para que se acordara tenía en el cuello y en el principio del rabo unos carteles que decían "Prohibido el paso" y como Pulguito era muy valiente se fue a la espina dorsal y luego al comienzo de la cola. También era caprichoso y no hacía caso a lo que sus padres le decían y cuando leyó el cartel dijo:

—Yo no tengo miedo.

Y de un salto se fue a la cola de Pachi y éste, que tenía la costumbre de arrascarse sin poder alcanzar a los bichejos, dijo:

—Esta es la mía.

Y sacudió con fuerza el rabo. Pero Pulguito dio una carcajada y se fue de un salto a la copa de un árbol junto a un gorrión y sus polluelos hambrientos.

Pulguito dijo:

—Buenos días, señor Gorrión.

—¿Quién me habla?... Vaya, vaya. Prepárate Pulguito que te voy a comer.

Contestó:

—Yo no tengo miedo. —Y de un salto se fue a parar al tejado de una casa. Allí estaba un gato acariciándose el bigote.

—Buenos días, Don Gato.

—¿Quién me habla? Ah, eres tú Pulguito, quién te manda venir a molestar? —Y levantó su zarpa para hacerle picadillo y de nuevo dijo:

—Yo no tengo miedo. —Y de un salto fue a la torre de una iglesia.

Había una veleta y un gallo encima, pero alguien le hacía cosquillas porque le picaba la pata:

—¿Quién me hace cosquillas?

—Soy yo, Pulguito. ¿Qué tal se está ahí arriba?

—Muy mal, bicharraco, porque me molestas —y le quiso dar un picotazo.

Pero Pulguito dijo:

—Yo no tengo miedo —y de un salto se fue a una montaña donde estaban unas águilas. La mayor, al verle, dijo:

—¿Qué estupendo regalo para mis aguiluchos? —Y se lanzó a por él.

Pero Pulguito dijo, riendo:

—Yo no tengo miedo —y de un salto se fue a la luna. Esta tenía muchas cosquillas y en cuanto Pulguito la tocó con sus patas, comenzó a rotorcerse:

—Ja, ja, ja, ja, ja. Estáte quieto, Pulguito. Ja; ja; ja; ja; ja. Cómo te coja... —y abrió la boca para tragarle.

Pulguito gritó:

—Yo no tengo miedo —y de un salto se fue al sol.

Al llegar al sol estaba dormido pero Pulguito le despertó de una patada.

—¿Quién es el tonto que me despierta? —Dijo el sol—. Ahora verás —y empezó a arder.

A Pulguito se le quemaban los pies. Dio un salto diciendo:

—Ahora sí que tengo miedo —y se sentó en un rayo que

iba a la tierra. Se deslizó por el rayo que iba a su habitación.

Al verle de nuevo preguntó Papá Pulga:

—¿Se puede saber dónde andabas?

—Perdóname, papá, he desobedecido y me he ido hasta el sol.

Papá y mamá se miraron y dijeron:

—Qué hijo más mentiroso tenemos.

Pero mamá miró los pies de Pulguito y se dio cuenta de que los tenía dorados, entonces se convencieron y dijeron el uno al otro:

—Qué hijo más valiente tenemos.

M.<sup>a</sup> DEL CARMEN, 11 años.



# *el rey del bosque*

Eduardo, 11 años



## I

Aquí está; dos grandes astas adornan su majestuosa cabeza, sus patas, ahora recogidas, demuestran lo que algún día fue, de carácter gentil nunca fue vanidoso y a pulso se ganó un muy codiciado título.

El rey del bosque, el señor de las peñas. Pero ahora, su mirada antaño orgullosa, se ha vuelto melancólica, sus pensamientos antes dirigidos a la manada retroceden mucho más atrás, unos ojos, un pequeño hocico, unas manchas en el lomo, y una mirada maternal. Un pequeño rincón en el bosque fue su primer hogar; allí, rodeado de pinos y de robles, nació el futuro rey del bosque, el que más tarde conduciría a la manada.

Su primer pelaje fue muy diferente al actual, un color marrón claro, casi naranja presentaba pequeñas manchas blancas. Qué gran acontecimiento aquél, cuando el futuro señor de las peñas dio sus primeros pasos, cuando sintió por primera vez sobre sus débiles patas el peso de aquel pequeño cuerpo y cuando notó la humedad de la hierba fresca que durante años pisaría. Había nacido a una vida llena de peligros, probablemente de honores. Este pequeño aún no sabía nada de su responsabilidad, del cargo que más tarde desempeñaría, aún no sabía que de sus decisiones futuras dependería a veces la supervivencia de sus congéneres.

El pequeño había nacido en otoño, recién empezado; las

primeras imágenes que aparecieron ante sus pequeños ojos fueron las del suelo cubierto de hojas amarillas, la de los árboles desprendiéndose de su vestido de verano, la de las primeras lluvias que muchas veces le obligaron a refugiarse entre las rocas cubiertas de musgo. Poco a poco los árboles quedaron desnudos, las flores esperaron un mejor tiempo para florecer y los arroyos crecían a veces hasta inundar parte de la pradera. Habían aparecido nuevas frutas, distintas casi todas, con cáscara, pequeñas y deliciosas. Unas eran jugosas, con mucho zumo, otras eran duras y difíciles de pelar. Y así, día a día llegó el invierno. Las primeras ventiscas le parecieron al pequeño algo horroroso, algo que se arremolinaba junto a él, algo invisible y que silbaba fuertemente. Las finas lluvias del otoño se convirtieron en torrenciales tormentas que rompían el silencio de la noche con sus truenos y relámpagos y que más de una vez chamuscó un árbol por medio de los rayos. Pero el mayor acontecimiento del invierno fue la nieve. Era una mañana fría, muy fría cuando ocurrió aquel fenómeno que dejó al pequeño paralizado. Un manto blanco había cubierto la hierba; de los pinos y abetos colgaba también una capa de nieve. El pequeño no pudo reprimir una exclamación que sobresaltó a su madre. No era para menos. La hierba, los matorrales, los tréboles y las madrigueras, todo había desaparecido bajo el misterioso manto blanco. Repuesto de la sorpresa empezó a gozar de la nieve. Era un placer revolcarse y hundirse en aquella fría capa blanca. Pronto empezó a gustarle la estación que había empezado. Por la mañana quizá fuera peor. Había que procurarse la comida, encontrar el agua y demás tareas propias del invierno. Pero la rudeza de la estación pronto pasó. Las flores tímidamente salieron de sus capullos, los arroyos se habían multiplicado, la hierba volvía a nacer con el mismo verdor de siempre y el pequeño cervatillo volvió a trotar por las praderas, a brincar entre las flores y a revolcarse en la verde hierba. Qué grande es la primavera, pensaba para él, el cervatillo, los pájaros vuelven a inundar



de trinos los campos, las frutas crecen tan apetitosas como siempre, y la hierba, que daba el color característico a los valles y las montañas. Mientras tanto el cervatillo, que trotaba entre las rocas quedó paralizado y mudo de terror. Unas terribles fieras hechas un manojo de huesos perseguían un pequeño ciervo, como él. Los chasquidos de aquellos impresionantes colmillos sonaban en el valle como un aviso para los pequeños animales que huían aterrorizados. Esta fue su primera lección ante la vida. La persecución se prolongaba por ríos y campos, por bosques y pastizales, hasta que el pequeño ciervo cayó al vacío, se despeñó y murió en el fondo de aquel barranco. El pequeño cervatillo volvió la cabeza para no ver tan desastroso final y cuando quiso contemplar el fondo del despeñadero no vio más que un círculo de buitres dándose un gran festín con el pequeño. Entonces fue cuando empezó a comprender la vida del bosque, la continua huida y lucha por la supervivencia, la peligrosa carrera que emprendía uno al nacer. De regreso al rincón rodeado de pinos donde que hacía las veces de hogar vio a su madre tendida entre la hierba descansando plácidamente. Una vez despertada comprendió lo que atemorizaba a su hijo y de la manera más clara posible le explicó la vida. Más tarde el pequeño ya comprendía la vida, sus cosas buenas y sus cosas malas, y desde entonces su corazón guarda un gran rencor a aquellas fieras de expresión feroz, que poco a poco iban acorralando a la presa, pero no, mejor no pensar en ello. El pequeño aquella tarde la pasó viendo la puesta del sol. Las montañas que poco a poco cambiaban de color, amarillo, naranja, verde. El sol pronto fue sólo un gran resplandor naranja y rojo, que iluminaba los arroyos y el pequeño cervatillo se levantó y con las pocas fuerzas que le quedaban trotó alegremente entre los zarzales hasta caer exhausto en su cobijo, junto a su madre. Poco a poco el día se hizo más largo y la noche más corta, el calor era mayor y más apetecía un baño en los arroyos; había llegado el verano. El cervatillo lo pasaba en grande tirándose a los

arroyos y poniéndose después a secar en la hierba. Todo era mejor en el verano; todos los animales salían a refrescarse al agua haciendo las delicias del pequeño cervatillo que jugueteaba con ellos. Pero esta estación, como todas, pasó. El otoño arrebató a los árboles sus hojas, ocultó las flores en espera del mejor tiempo y lanzó al bosque las primeras lloviznas y vientos fuertes.

## II

El pequeño había cumplido su primer año de existencia. Aquel pelaje marrón claro con manchas blancas ya no presentaba tales manchas y se había oscurecido. En su cabeza, donde antes había dos pequeñas manchas, ahora se alzaban dos no muy grandes astas. Una mañana el pequeño fue despertado de golpe. La niebla ocultaba los abetos y el pequeño, soñoliento, se preguntaba el porqué de aquel brusco despertar. Entonces sus ojos casi se salen de las órbitas al ver ante él un ciervo sensacional. Le miraba como examinándole, acariciándole la piel, dándole ánimos y fuerzas. Entonces la madre del ciervo le explicó su cargo (bueno su futuro cargo). Conduciría la manada pero había una pega, una gran pega. Además de él había otro aspirante. Un joven de aspecto recio, de gran musculatura y de grandes astas. El ánimo del futuro señor de las peñas decayó al ver a su adversario, sintió que las piernas no le aguantaban y hubo de retroceder un poco para sentir de nuevo el aire fresco. Pasado este momentáneo mareo examinó a su adversario. Le miraba fija, desafiante y lentamente. Entonces los músculos de los contrincantes se pusieron tensos y se produjo el salto; a un metro o así del suelo los cuernos de los ciervos chocaron con fenomenal chasquido. El joven ciervo rodó por el suelo incorporándose inmediatamente mientras que su adversario permanecía plantado sobre sus pode-

rosas cuatro patas. Fue entonces cuando el pequeño tuvo una gran idea para vencer a su adversario. Hizo además de repetir el salto y mientras que su hercúleo contrincante volvía a elevarse sobre el suelo él, el joven ciervo, le asestaba por abajo una fuerte cornada que hizo que su contrincante se retirara sangrando fuertemente por la pantorrilla derecha delantera. A partir de entonces el ya joven ciervo era el orgullo de su madre. Hasta que un día llegó, como había de llegar la muerte a su hogar. La madre se tumbó en la hierba gravemente enferma y las últimas palabras para el pequeño que había criado fueron las de "a partir de ahora tendrás que seguir el camino tú solo". Aquel golpe fue muy duro para su vida y fue muy poco a poco como se recuperó. Una vez recobrado de aquel acontecimiento al joven ciervo no le pareció tan fácil y divertida la vida. Sobre todo fue aquel día en que pastaba tranquilamente cuando creyó oír un ruido vagamente familiar. Volvió la cabeza y sí, sí era eso. Aquellos animales huesudos que parecían ansiosos de sangre. Sí, eran los lobos. Fieras de mirada cruel, de gran inteligencia, hambrientos que no perdonarían ningún fallo del joven orgullo de la manada. Eligió para su huida el camino que le pareció más intrincado, más impracticable. Saltó matorrales, cruzó ríos, brincó sobre las rocas pero todo era inútil. El círculo de lobos se cerraba junto a él. Sólo se le ocurrió una vía de escape: el despeñadero en el que murió aquel ciervo del que le llegaba una vaga imagen. Sacando fuerzas de flaqueza aumentó la velocidad y haciendo un enorme esfuerzo todos sus músculos se comprimieron, expandiéndose después. Un cuerpo esbelto voló por encima del abismo. Los ojos de los lobos siguieron el salto, asombrados, impacientes. Las piernas se le doblaron al llegar a la otra orilla, no pudieron aguantar el peso del cuerpo y se desplomó en el suelo, sin aliento. Aquel desgraciado incidente se borró en seguida. Después de desaparecer las últimas nieves y empezar a lucir un sol espléndido, cuando comenzó la primavera murió el macho que hasta entonces había

guiado la manada. El joven ciervo se había convertido en el señor de las peñas. Hasta entonces sólo había sido un sueño y ahora era realidad. Aquella noche no durmió. Las pesadillas le despertaban continuamente. Pero bueno; el primer año digamos que fue algo aburrido. Su mandato no fue tal pues los consejos de los viejos machos sonaban aquí y allá y la verdad sea dicha, no hizo nada, de lo que creía que iba a hacer. Y pasó ese año sin dejar huella. Al año siguiente, quizás el mayor acontecimiento de su vida. Había vuelto el otoño con sus lluvias y ventiscas y con los ciervos. Por vez primera se había fijado en una cierva. La cara no podía ser más inocente. Además, dos ojos azules como el cielo se abrían y se cerraban sobre su hocico. Esa fue su elegida. Decidió formar una familia con ella. Pero de pronto se presentó el mismo problema que en su infancia. Un contrincante, pero qué demonios, por qué siempre él tenía que luchar; odiaba la lucha y siempre se le presentaba. En fin, tuvo que resignarse y al día siguiente fue el combate. Su contrincante era un ciervo arrogante, de buena figura. Un corro expectante, de ciervos y ciervas, aguarda el momento. Los dos ciervos retrocedieron y luego se lanzaron los dos a gran velocidad el uno contra el otro. El estrépito de los cuernos al sonar fue fenomenal. Ninguno de los dos dio muestras de dolor. De nuevo retrocedieron. Esta vez el contrincante del señor de las peñas había cogido gran velocidad e iba embalado contra él. El terror asomó a los ojos del señor de las peñas. Una nube de polvo comandada por dos grandes astas se dirigía hacia él. A su vez, éste, había cogido también gran velocidad y sólo pudo dar un gran salto que bastó. Su contrincante no pudo frenar y se dio un gran golpe contra una roca. Se retiró grandemente dolorido.

La alegría del rey del bosque era inmensa. La cierva que honradamente había conquistado le proporcionaba toda clase de mimos. Pasaron unos días muy felices, gustaban de correr por los bosques y parar a descansar y beber en los arroyos. El otoño otorgaba a la pareja exquisita hierba humedecida, agua pura y demás placeres del otoño. El invierno cruel hacía que la pareja trabajara afanosamente en la busca de la comida. Había que escarbar la nieve varios centímetros para encontrar la apetecida hierba. El invierno fue calmando sus nevadas, vientos y lluvias y un día empezaron a salir las flores. Primavera, con sus pájaros y arroyos, haciendo resucitar las hojas en las ramas de los árboles. La pareja, ciervo y cierva, esperaban sus pequeños. Ese ansiado día empezó con una mañana como las demás. El rey del bosque dormía plácidamente. En cambio su compañera se sentía mal. Le dolía el vientre y ella sabía que muy pronto tendría pequeños. En efecto fue aquella mañana. El ciervo notó que algo se le subía por la espalda y caía rodando por su pecho. Se levantó sobresaltado y vio con gran satisfacción un ciervo pequeño la mar de mono. Después de enseñarle ciertas cosas fundamentales en su vida, se separó de él y de la madre del pequeño. Siguió disfrutando del verano, solo, hasta que llegó el otoño y pasó con sus ventiscas y nieblas, dando lugar al invierno. Así, solo, fue conduciendo la manada durante inviernos y veranos, primaveras y otoños. Año tras año; pasaban con monotonía. La figura del macho era sensacional. La cabeza portaba dos ramificadas y fuertes astas y estaba bien proporcionada con el resto del cuerpo. Sus patas eran muy fuertes y vigorosas. Su cuerpo ágil y armónico, y tenía una recia musculatura. Ah, pero, llegó un día, después de pasar la primavera y el verano llegó el otoño. El no sabía por qué, pero le gustaba el otoño. Las hojas caían una a una agolpándose sobre la húmeda y verde hierba. Las finas lluvias le golpeaban en la cara, siendo esto de su

agrado. Había corrido todo lo que se podía correr en la vida, cosas buenas y cosas malas. Quizás la peor cosa que se le presentó fue cuando ya estaba consagrado como viejo y sensato macho. La noche no había dormido, previendo lo que iba a ocurrir. Por la mañana, cuando el día empezó a clarear él se levantó acompañando la aurora. Comió un poco de hierba unas frutas verdes y negras muy jugosas y fue despertando uno a uno a toda la manada. Al despertar al último, un compañero, muy, pero muy amigo suyo, fue cuando se quedó de una piedra. Le dijo que muy a pesar suyo, le retaba a un combate por el título de rey del bosque. Fue así, tan de sopetón, que no le pudo contestar. Quedó un momento paralizado, con la mente trastornada. Al final pudo comprender y fue la tercera vez. Tres veces había peleado: una en su adolescencia, otra más tarde siendo adulto y ahora era irremediable. Al recobrar la palabra contestó que sería a la puesta del sol. El día lo pasó recibiendo alientos de los ciervos que estaban de su parte. Al mismo tiempo recordaba los dos ciervos que venciera, pensando probablemente que ahora le tocaría a él. El sol fue subiendo durante la mañana para empezar a caer después del mediodía; no se sentía bien, la cabeza le daba vueltas y él pensó que no podría luchar... Pero no, debía luchar y salvar su honor. Todos le vieron trastornado pero no dijeron nada. La pelea comenzó. Los dos retrocedieron, y al señor de las peñas le pareció sentirse aliviado con el suave viento. Sus ojos castaños miraron a su hercúleo amigo que parecía pedirle perdón por el reto. Los dos ciervos arrancaron. Pájaros ardillas y demás animales se cruzaban entre las patas de los ciervos expectantes. El fulgor de la corona del sol escondiéndose entre las montañas iluminaba el llano en el que los dos ciervos peleaban. Los cuernos de los dos ciervos chocaron. Volvieron a retroceder lanzándose de nuevo a la carrera. Otra vez, otra y otra. Los cuernos de los contrincantes chocaban delante de la mitad de los animales del bosque. Pero, oh, fatalidad. El ciervo tropezó y cayó rodando.

Para no arrastrar en su camino a ningún animal cambió el rumbo y después de chocar con una roca cayó por el barranco. El golpe fue muy duro pero su cuerpo permaneció igual... Los buitres no bajaron. Aun muerto infundía un gran respeto.

EDUARDO, 11 años





*joe marmota,  
el vago de minesota*

Fernando, 10 años



Cuando era niño era más bajo que Rafael Ureta, el dormilón de la eta. Tenía que levantarse a las nueve pero claro, como era tan vago que cuando su madre lo levantaba se quedaba un segundo de pie y, claro, su madre quitaba la cama, Joe se desplomaba al suelo y PLOOOOM I llegó al magma.

Iba a un colegio que empezaba a las 11, porque era como el profesor siesta, a mitad del desayuno se dormía.

Vivía en el poblado de Minnesota, que sólo tenía dos casas para vagos.

Vivían cinco personas, el borracho, el cantinero, el loco, el padre y Joe.

Hizo un viaje a Marmotiloco del Medio. Allí tenía unos familiares dormidos, y les venía a hacer compañía.

Cuando tenía 21 años fue a la mili pero salió al día porque como entró de noche, nada más entrar se durmió, y al día siguiente no había quien le despertara.

Le llamaron por teledormio que tenía que ir a Marmotiloco del Medio porque uno de sus parientes se había despertado. En seguida fue y le durmió con un biberón que tenía ácido sulfúrico y volvió a Minnesota para estar con su amiga la cama y su hermano el almohadón. Ya tiene 30 años y era un obrero especialista y se quedaba dormido cogiendo ladrillos, claro, se dormía, le caía un ladrillo en la cabeza y ¡fuera abajo! PLAF a la carretilla con cemento. Le echaron del oficio por dormirse a horas de trabajo. Salió y necesitaba dinero para

comprarse una cama, ya que los perjuicios los tuvo que pagar con la casa.

Decidió hacer una gamberrada que consistía en poner un petardo de 100.000 voltios en una tienda, cuando explotó el dueño salió y al ver que no había nadie se puso a buscar. Joe Marmota entró, pero fue a coger el dinero y se durmió; entonces llegó con el policía y le cogieron.

Le sentenciaron a cadena perpetua pero él se dijo que la cama era muy dura y que no resistiría ni un año. Estuvo dos días haciendo una pistola de jabón cuando uno llegó a darle la comida, pues le amenazó y le dijo que abriese la puerta; él lo hizo y le llevaba por el patio. De pronto... otro, y le amenazó igual. Ya tenía dos rehenes y salía por la calle y estaba lloviendo y claro, se le deshace la pistola de jabón y a las mazmorras, pero decidió escapar otra vez.

Se hizo el muerto y los policías al llevarle la comida, creyendo que estaba muerto le echaron. Fue a su casa y se echó un baño con agua amarmotada.

Hizo un viaje a Marmodormilito de Arriba, para unirse a una banda de supervagos dormidos.

Pero se marchó porque se despertaban y a dar la tabarra y así no podía dormir.

Se iba haciendo viejo y su oficio favorito era vender pastillas para dormir.

Ya la barba le medía, con 99 años, cuatro kilómetros, coma dos, casi.

Murió por exagerar, comía sopas de letras de ceros.

Al entierro le ponían flores más marchitadas que en la cama que él dormía, porque estaba más viejo que su pelo. Al entierro sólo fue su alma. Y murió en el año 1701, en Enero, el... a...

FERNANDO, 10 años

*mazapán*

Nerea, 10 años



A 57 kilómetros de la China había un pueblo, que se llamaba Mazapán. Al pueblo le impusieron este nombre por ser el mazapán su especialidad.

El pastelero era simpático y amable pero su hermano era sucio y antipático. Entre los dos existía un odio tremendo.

A estos dos hombres les cuidaba una sirvienta que se llamaba Judía.

El pastelero se llamaba Eusebio y su hermano Felipe. Eusebio dijo un día:

—Voy a ver a la gitana de la suerte —dicho esto salió rápidamente y se fue a ver a la gitana.

La gitana era rubia, con trenzas, y un sombrero de copa. Era fea y delgada, sus ojos eran verdes, y vestía de harapos.

Estaba sentada en un taburete de madera, y enfrente tenía una mesa con una bola de cristal azulado. Eusebio se impresionó al ver a la anciana y su ambiente.

Le dijo en voz baja: —Señora adivina, deseo que me diga mi futuro— La gitana se concentró y dijo:

—La vida te irá de disgusto en disgusto hasta que un día llegues a ser feliz.

Eusebio salía un poco preocupado de no haber entendido las palabras de la gitana. Al llegar a casa, Judía le había preparado su exquisito plato de paella.

Cuando apenas había saboreado el rico plato, llegó Felipe de mal humor, dando un portazo que retumbó en la casa.

Judía se enfadó,

—Ya estoy harta, y que sea la última vez que vengas tarde a comer.

Felipe respondió:

—Vengo de mal humor porque no he vendido ningún mazapán.

Eusebio siguió:

—No me extraña eres tan antipático que nadie te quiere comprar, en cambio a mí, en cuanto me ven entrar, a nada que me descuido ya tengo una cola enorme.

A Felipe se le acabó la paciencia,

—Sí, pero tú te has ido a ver a esa gitana sucia y mentirosa.

Eusebio dijo: —No es verdad. Sucia, tal vez, pero mentirosa ya no.

Felipe, quemado, se sentó a comer.

Mientras, Eusebio estaba saboreando el rico plato.

De repente Judía cayó al suelo y los dos muchachos se impresionaron mucho; fueron como dos balas hacia ella.

Eusebio le dijo a Felipe:

—Corre, ve a llamar al médico y a la ambulancia.

Rápidamente se vieron entrar a dos hombres con una camilla y un médico. Los dos hombres cogieron a Judía y la pusieron sobre la camilla, el doctor la examinó y dijo:

—Me temo que empeore, porque su estado es muy grave; hoy, lo que resta de día lo pasará en el hospital, no obstante, pasen mañana a verla.

Dicho esto se marchó.

Eusebio le dijo a su hermano:

—Todo por tu culpa, que no le das más que disgustos.

Y los dos salieron a vender mazapán y volvieron a las diez de la noche.

Cenaron y se acostaron con los ojos llorosos y tristes. Se notaba la ausencia de Judía, toda la casa desordenada y sólo había estado fuera medio día.

Al día siguiente Eusebio decidió ir a ver a la anciana de



Judía. Le llamaban anciana porque tenía 68 años y estaba como una flor.

Eusebio le dijo a su hermano:

—Quédate hasta que yo vuelva.

Felipe le contestó:

—Está bien, vete tranquilo— Eusebio pensó: “Eso espero”.

Al llegar al hospital le dijo el médico que Judía había muerto. Eusebio, llorando amargamente le preguntó de qué había muerto.

El doctor le dijo:

—De un ataque al corazón, lo siento, porque parecía una buena madre.

Eusebio siguió:

—No era mi madre, sino una persona que nos quería y cuidaba, bueno yo la quería como a una madre. ¿Puedo ver su cadáver?

—Sí, pase, —le contestó.

Después de ver el cadáver de Judía, Eusebio salió del hospital dirigiéndose a la oficina, donde se contratan mujeres para los quehaceres de la casa.

Y contrató a una chinita de 20 años, muy mona. Se llamaba Cleopatra.

Rápidamente Eusebio le dijo a Cleopatra que fueran a casa para presentarle a Felipe. Pronto llegaron a casa pero se dieron cuenta de que no estaba Felipe.

Preocupados se sentaron en el sofá y de repente llamaron por teléfono.

Menudo susto se pegaron. Era la policía.

Eusebio, impresionado, dijo: —Dígame.

Y la policía contestó:

—Señor Eusebio Rodríguez.

—Sí, soy yo, ¿qué desea?

—Su hermano está entre barras, más borracho que una cuba. Lo encontramos en un bar, borracho con otros chicos. Si quiere venga y pague la fianza.

Eusebio contestó:

—Sí, ahora mismo voy— le dijo a Cleopata: “Ven conmigo y te enseñaré al loco de mi hermano.

Allí estaba Felipe como una cuba llena de vino.

Al lado de él estaban también sus amigos, Raimundo que le tomaban por bruto solamente por meterse con un niño de 12 años, y su amigo Frank, éste era más listo.

Eusebio le preguntó al comisario cómo había sucedido todo esto. El comisario le contestó:

—Según lo que me han dicho Frank y Raimundo, le llamaron para ir al cine. Su hermano, Felipe, llegó a su casa; entonces los tres salieron directos al cine y como no había entradas se metieron en un bar. Y así comenzó todo.

Eusebio le dijo:

—Por favor, me dice cuánto le tengo que pagar por la fianza.

—10.000 pts., con destrozos incluidos.

Eusebio dijo, impresionado

—Des...destrozos; pero, qué ha hecho.

El comisario le contestó:

—Ha roto un escaparate, 15 botellas de coñac y una mesa.

Eusebio, desesperado, contestó

—Sí que me ha salido carito mi hermano.

Y el comisario le contestó:

—Todos los borrachos salen caritos; ninguno se queda quieto en su sitio.

Eusebio, desesperado, dijo:

—Bueno, tenga 1.000, 2.000 y el resto vendré el mes que viene; ahora no tengo más.

—Está bien, adiós —dijo el comisario.

Más tarde vinieron dos policías y sacaron a Felipe del cuarto y lo llevaron a darle una ducha fría.

Al cabo de 20 minutos salió ya Felipe normal. En cuanto se dio cuenta de que su hermano estaba con una mujer dijo:

—Oye, Eusebio, qué novia más guapa te has echado.

—No digas tonterías, ya sabes que yo jamás tendré novia, es nuestra sirvienta; Judía murió. —dijo Eusebio— Mientras tú estabas ahí divirtiéndote.

Al llegar a casa, Cleopatra les preparó la cena y se acostaron.

Al día siguiente, antes de ir a vender mazapán, Eusebio le dijo a Felipe:

—Ven, tenemos que hablar.

Eusebio siguió:

—A ti te gusta que toda la gente de Mazapán te tome por antipático y sucio.

—No. Pero ya sé lo que quieres decir, y desde ahora te prometo que seré limpio y simpático como tú.

Y esto fue verdad. Felipe se volvió limpio y simpático. Y días más tarde Cleopatra y Eusebio se casaron.

Como le dijo la gitana "hasta que un día encuentres la felicidad".

NEREA, 10 años



*la excursión  
a la montaña*

M.<sup>a</sup> Jesús, 10 años



En un país muy lejano, cerca de los Alpes, vivía una familia japonesa.

Estos japoneses, pero de nombre español, eran: un padre y una madre, dos chicos y una chica. El chico mayor se llamaba Oscar. A éste le gustaba mucho hacer química y cosas nuevas. El mediano era Juanjo y le gustaba el judo y el kárate y además la gimnasia, y la chica nada más pensaba en pintar la cara y los ojos, o sea, era repipi, y se llamaba Ana.

El padre se llamaba Juanjo como su hijo y era arquitecto, y su madre se llamaba Ana como su hija y no trabajaba en nada, ésta en casa trabajaba en el hogar.

Juanjo un día dijo:

—Podíamos ir a la montaña este fin de semana.

Ana dijo con una voz cursi:

—Si mamá ni papá van, yo no voy.

Oscar, que era el mayor, dijo:

—Ana, eres más chula que un camaleón con falda, y sobre lo que tú has dicho, Juanjo, digo que para otro domingo, pues papá tiene mucho trabajo y yo no voy de excursión.

Entonces dijo Juanjo:

—Voy a llamar al profesor de judo, pues el otro día le dije que no podía ir porque me iba de excursión.

En ese momento entró su madre cargada del mercado y Juanjo deja el teléfono, Ana de pintarse y Oscar deja la química y van a cogerle la carga a su madre.

Ana, que como siempre era muy chivata se chivó de que

Juanjo quería ir de excursión sin comentarlo y decirle al profesor que no iba a judo por ir a la excursión sin comentarlo, como decíamos antes.

Su madre dijo:

—Juanjo, que no vuelva a ocurrir; si no, te castigo sin ver la televisión.

Juanjo dijo que no era para tanto, pero su madre no le perdonó.

Juanjo dijo:

—Me voy a la calle— y además —Prepara el testamento, Ana, y que no te pille en la calle.

Oscar, que era el mayor, dijo:

—Como vea que la pegas, voy a ser yo quien te pegue un tortazo —añadió a eso— Ana, si tú quieres sal a la calle con tranquilidad.

Juanjo enfurecido se fue y cerró la puerta con mucha ira.

Ana salió a comprar el pan y Juanjo la estaba esperando, le dio dos tortas y le dijo:

—Chivata, chivata— y le dio otra torta, y en ese momento salió Oscar de su casa y le dijo:

—¿No te dije que no le pegaras?— y entonces Oscar le fue a dar una torta, pero Juanjo se agachó y se la dio a Ana.

Juanjo se empezó a reír y Oscar enfurecido empezó a pelear, Juanjo se siguió riendo porque sabía hacer, en cuanto le entraba, una llave que por casualidad le había enseñado Oscar, que enseguida estaba en el suelo; Oscar más enfurecido le entró, y en tres segundos estaba ya en el suelo, Juanjo le perdonó a Oscar y Oscar a Ana por la torta que le dio sin querer.

Los tres se fueron a casa.

Juanjo estaba deseando que llegara el verano, faltaba un mes.

Los días pasaban muy deprisa y pronto llegó el día de la excursión. Ya era por la mañana y el primero que se levantó fue Juanjo, pues era el que más contento estaba.



Prepararon la comida para tres días y se pusieron en camino.

La carretera era muy mala y de pronto sonó un ruido cuando el padre frenó y salió del coche.

Sonó una exclamación:

—Oh, no. Oh, no. Oh, no. Oh, no. Oh, no.

Era un pinchazo.

Tardaron media hora en arreglar el pinchazo y después de esto se pusieron en camino.

A la hora habían ya llegado, todos estaban cansados y lo que hicieron fue cenar y acostarse.

Se acostaron todos, hasta el padre.

Al cabo de un rato se oyeron unos ruidos extraños. Juanjo y Ana se despertaron.

Ana estaba cagada de miedo, no sabía lo que hacer, si llamar a su padre o quedarse junto a Juanjo. Este estuvo escuchando de dónde venían los ruidos y de repente supo que eran de abajo.

Juanjo llamó a su padre y se despertó.

Momentos después vino la policía, pues el padre la llamó con el teléfono del coche.

Y al día siguiente, Juanjo y su familia se hicieron famosos.

M.<sup>a</sup> JESÚS, 10 años



*el pequeño príncipe*

Javier, 10 años



## I

Julián era un niño de cinco años. Ya iba a la escuela. Su primera ilusión fue ver los dibujos de los libros, su primer dibujo fue el de una boa constrictor comiéndose a un topo. Entonces él lo quiso dibujar y lo hizo. El dibujo se lo enseñó a las personas adultas que le dijeron que era un sombrero y otros que no perdiera el tiempo. Entonces Julián la dibujó, pero con el elefante, que era lo que quería que se comiera, adentro de la boa. Así que lo hizo y le dijeron lo mismo.

De mayor Julián quiso hacer lo mismo, ser pintor, pero le pasó lo mismo que de pequeño. Así que hartado de las consecuencias se montó en su avión para dar un paseo, tranquilizarse y olvidar todas las cosas.

## II

Fue al aeropuerto, y pidió el avión y se marchó. Cuando iba a aterrizar en el aeropuerto pidió, por radio pista pero la radio no funcionaba. Entonces se dio un golpe en la cabeza y se durmió.

Cuando despertó se vio parado en un desierto. Se dispuso a arreglarlo y cuando lo estaba arreglando le apareció un niño con el pelo rubio. Tendría cinco años, una capa verde y roja

y en la capa un sable. Entonces le pidió que le dibujase una oveja, Julián se quedó atónito. Estuvo un minuto inmobilizado. Luego el principito le volvió a decir que le dibujase una oveja. Entonces él sacó el bloc que tenía empezó a dibujar la boa comiéndose al elefante y dijo:

—Es lo único que sé dibujar, un sombrero.

Entonces el principito dijo:

—Eso no es un sombrero, es una boa constrictor comiéndose un elefante. —lo cual dejó tranquilizado a Julián.

Entonces, viendo que el niño era listo le dibujó una caja con agujeros en la cual estaba la oveja. Así que el principito empezó a mirar por los agujeros como si viera a la oveja dentro. Pero Julián no salía de su duda y se lo preguntó:

—¿De dónde vienes? —Entonces el principito le contó su historia.

Yo vivía en un planeta muy pequeño en el cual había tres volcanes que examinaba todos los días; también una fuente, pero un día creció una flor más hermosa, rosa a la cual quería mucho el principito, pues por eso se creía principito. Pero un día se fue para buscar otro planeta mejor y vino a la Tierra. Entonces vio jardines con rosas y creyó que ya no podía ser un principito porque lo que él tenía lo tenían también las personas de la Tierra y a lo mejor los de otros planetas. Entonces le dijo Julián al principito:

—¿Y por qué no vuelves a tu planeta?

Entonces el principito le dijo que él había venido con una bandada de pájaros que se le había ido, así que no podía irse. Julián le dijo que si había agua. Entonces el principito le dijo que sí, que en un oasis había una gran charca en la cual había visto una serpiente a la cual acudiría para ir al cielo, que si no aparecía su bandada de pájaros haría que la boa le picase para así subir al cielo y buscar su planeta al que tanto quería.

Después de andar seis kilómetros hasta el oasis y beber y beber, fueron hacia el avión pero el principito desapareció.

Entonces Julián alarmado fue a buscarle y le vio al lado de la boa que le había picado en un tobillo y el principito le dijo que le quedaba un día de vida. Entonces él le llevó hasta el avión y le metió dentro con el fin de que se sintiera cómodo.

Cuando hubo descansado le dijo que le invitaba a su país a que viviera con él, pero el principito le dijo que no, que él no quería ir, porque aunque le curase y estuviera mejor en la ciudad, él no volvería a su planeta y lo quería mucho. Julián le dijo que ya que se iba que por lo menos cuando volase desde su estrella se riese para que él le oyera cuando volase, y así fue. Julián pudo oír en el viaje de vuelta su risa.

JAVIER, 10 años

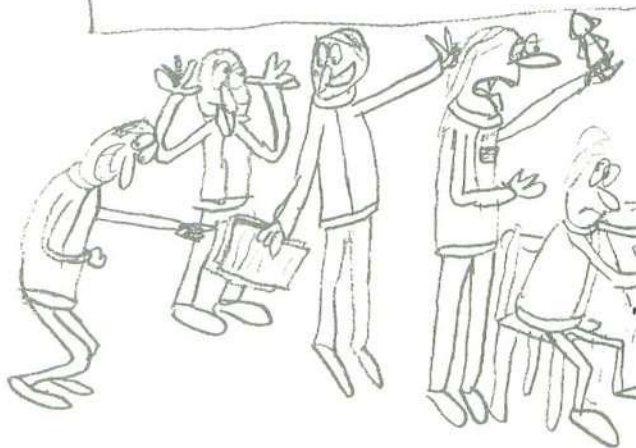


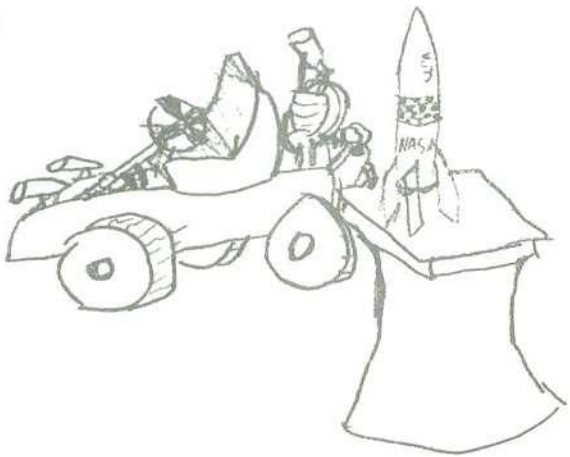
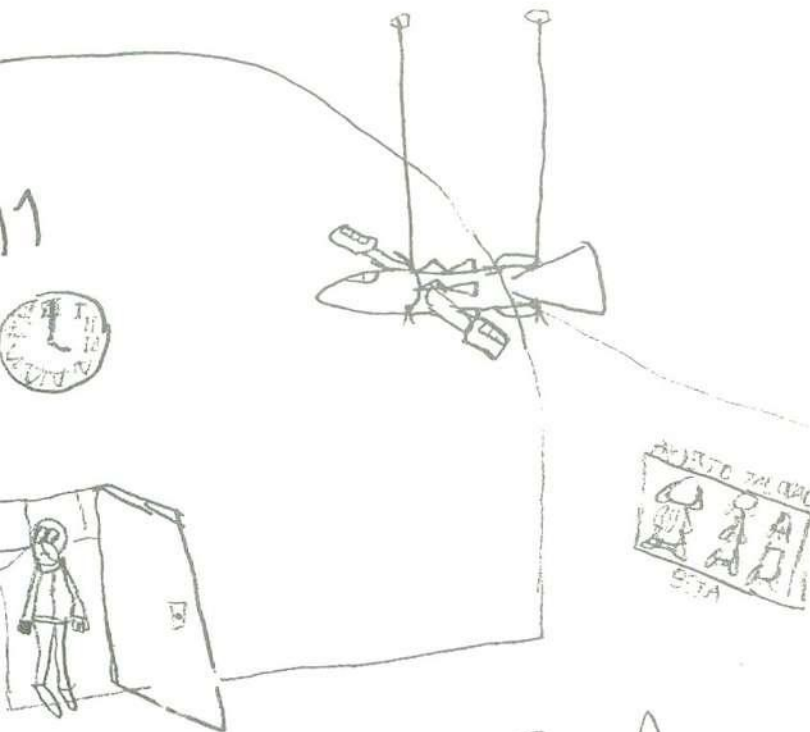


*beta*

Emilio, 10 años

SALA







“Adiós, Tierra, adiós, adiós, viejo planeta”.

Repetía el Coronel de Exploradores del Espacio, Rob Stewart, al abandonar, junto a toda la humanidad, la Tierra, su satélite, la Luna, Venus, Marte, Deimos y Fobos, para dirigirse a un nuevo planeta.

Todo empezó una mañana normal, parecía ser, para el Coronel de Exploradores del Espacio en el año 2.001. Rob Stewart, salía de su casa en la ciudad residencial de la N. A. S. A., como cada día, y como cada día se traslada lo más rápidamente que puede al cuartel general.

En él reinaba una gran actividad, por el reciente descubrimiento de un planeta muy parecido al nuestro. Bueno, yo creo que ha llegado el momento de que haga un pequeño resumen de la vida en nuestro planeta en este año. Las ciudades están encerradas en cúpulas que las liberan del aire tóxico y de la radiactividad del exterior. La fauna existente en el siglo XX se ha extinguido casi por completo y el agua fuera de la cúpula, en los ríos o en las costas es fangosa y rebosante de excrementos humanos. A bastantes kilómetros de éstas y gracias a diferentes barreras purificadoras el agua se convierte en pura conservando la salinidad que tenía en el siglo XX. Aquí aparecen las ciudades sumergidas, que mantienen como principal actividad la de producir nuestro primordial alimento: las algas. Además de esto, para evitar la superpoblación hay ciudades, también en cúpulas, en nuestro satélite, la Luna, en los planetas más cercanos, Marte y Venus, y en los saté-

lites de este primero, Deimos y Fobos, ya que el segundo carece de ellos. También, aunque muy lentamente, el hábitat polar y desértico se ha empezado a explotar. Alrededor de la Tierra hay estaciones espaciales y gigantescos laboratorios en órbita en los que, como es natural, también habitan personas.

Ahora volviendo al relato, diremos que gracias a unos sensibles aparatos que captan las ondas de vida de cualquier planeta, han recibido en el observatorio de Cabo Kennedy la señal que verifica que el nuevo planeta llamado Beta, tiene vida. Al principio se creyó que ésta sería unicelular, pero las ondas se recibían demasiado claras para ser sólo de ese tipo. Al recibir esta noticia el mundo se conmocionó, los periodistas no dejaban de acosar a los directivos de la NASA.

Así, al llegar, Rob Stewart a la base, no le extrañó que un nutrido grupo de periodistas, rodease a su jefe.

Al llegar a su despacho su secretaria le comunicó que el ministro de Asuntos Planetarios le había llamado para que acudiera a la sala 11, que estaba destinada a los nuevos prototipos y aparatos espaciales.

Dirigió sus pasos hacia allí y cuando llegó encontró al ministro discutiendo con una de las más relevantes figuras en el diseño de naves. Cuando le vio se dirigió hacia él y dijo:

—Ah, Stewart.

—¿De qué se trata? —contestó fríamente.

—En el consejo de directivos que tuvimos esta noche decidimos lanzar una nave tripulada al nuevo planeta Beta.

—Y han decidido que yo voy a ir. ¿No?

—Sí, y vaya reclutando gente que usted considere con aptitudes para emprender este viaje espacial.

—Así lo haré.

Se dirigió hacia el archivo de personal para comprobar quién reunía las aptitudes necesarias para emprender este largo y posiblemente peligroso viaje.

A la mañana del siguiente día, y después de haber hecho los ejercicios preparatorios, continuó con la tarea de recluta-

miento. Cuando terminó tenía una extensa lista, pero como no sabía a cuántos ascendería el número de tripulantes que admitiría la nave fue a preguntárselo al ministro. Su secretaria no le dejó, ya que según ella, alegó que estaba conversando con el presidente, pero sí le dejó utilizar el vídeo (aparato que era como el teléfono, pero con imagen y sin auriculares).

—Señor —dijo— Stewart quiere preguntarle algo.

—Muy bien, que pregunte —contestó.

—¿A cuántas personas llevará la nave?

—Hum... Lo he olvidado. Lo tengo apuntado por ahí y no voy a buscarlo ahora que está el señor presidente aquí. Pregúntaselo a Halliwel, el técnico diseñador.

Stewart se dirigió a la sala 19 y consultó su problema con el técnico. Eran 50 los que admitía y él tenía 52 en la lista. "Tendré que eliminar 3". Como en el archivo de personal figuraba lo mismo de cada uno aunque con pequeñas diferencias, tuvo que recurrir a su historial médico. Cogió las fichas de todos los reclutados y se sentó en su despacho a seleccionarlos.

—A ver, a ver, "Jonathan, muy propicio a los resfriados", qué tontería. Vaya, esto es más interesante.

Había descubierto que Rembrandt tenía ataques epilépticos y había estado recluido dos años en un hospital psiquiátrico.

Le descartó de la lista. Cuando terminó, comunicó a los que había elegido que se preparasen para el viaje. Así lo hicieron y al cabo de una semana estaban listos para emprender éste. Se enteró de que el único problema para que la nave fuese lanzada eran los motores que estaban todavía en fase de diseño. La velocidad máxima que se había conseguido en el transcurso de aquel año rayaba casi a la luz, pero a ésta se tardaría 104 años en llegar a Beta. Según los científicos, en cuanto se supere la velocidad de la luz, lograr alcanzar Beta en dos meses sería un hecho realizable. Los 50 tripulantes,

contando con Rob, continuaron los ejercicios preparatorios hasta que la nave estuviese lista.

Un día, cuando se disponía a rellenar unos impresos, su superior le ordenó que acudiese a la ya antigua ciudad de Florida en donde se celebraría una reunión de científicos para decidir qué sistema de motor se emplearía en la nave.

Sacó un billete de "Tren-Jet" a cargo de la NASA. Este tren se desliza en un tubo cerrado al vacío que está dotado de un fuerte campo magnético. Otro campo de igual signo es producido en el tren y como ya se sabe, dos cuerpos con la misma carga se repelen evitando así la fricción. Está propulsado por dos motores a reacción y llega a alcanzar seis veces la velocidad del sonido. Además de este transporte terrestre, existe el automóvil que se mueve sobre un colchón de aire gracias a un motor eléctrico, ya sea a hélice o a reacción. El transporte marítimo no ha avanzado desde el siglo XX, excepto en los submarinos, pues se necesita rapidez para la construcción de las ciudades sumergidas y para el transporte rápido a éstas. Sobre el agua sólo se realizan viajes de placer. En el género aéreo los aviones han evolucionado de tal modo que carecen de alas y ejercen el despegue vertical. Sus recorridos suelen ser, excepto para viajes cortos, saliendo de la atmósfera primero, para evitar el freno del aire, y entrando después sobre el punto de destino.

Cuando Rob Stewart llegó a Florida dos policías le acompañaron a un automóvil que le llevaría al lugar de reunión y era conducido por uno del cuerpo especial de la NASA.

Como el tren se había retrasado algo, llegó habiendo comenzado ya la reunión. Al poco rato, llegado el momento de votar, para los científicos, nuestro protagonista pidió la palabra para proponer un nuevo sistema de propulsión.

—Como —dijo— en la mayoría de los proyectos, para pasar la atmósfera, se sufre un grave retraso que impide una aceleración al principio, indispensable para conseguir la ansiada velocidad, desde muy pronto. Con un proyector continuo



se podría tardar 3 meses en llegar a Beta, meses que mis hombros no aguantarían por su infuciente preparación, debido al poco tiempo con que he sido avisado. Por eso propongo que se dote a la nave de un movimiento de rotación gracias a motores puestos de forma conveniente y por otro motor puesto en la parte inferior de la nave que consiga alcanzar la velocidad máxima en la atmósfera.

Después de pronunciar estas palabras en la sala se dejó oír un gran murmullo. Se levantó uno de los científicos y expuso la idea a votación. Fue aprobada con satisfacción por parte de todos los científicos que, uniéndose después de su disputa anterior, decidieron la situación de los motores y otras cosas.

Por fin, después de dos meses de preparativos, la nave estaba lista. Rob Stewart la examinó detenidamente. Observó que la cabeza era más ancha que el resto del cuerpo, lo que provocaría que a las grandes velocidades que alcanzaría la nave en la atmósfera se formase un vacío entre ésta y el cuerpo ocasionando un gran estruendo el aire, al intentar ocuparlo. Vio también que la cabeza era de un material más fuerte aunque más pesado y que se desprendería al sobrepasar la atmósfera y permanecería en órbita hasta nuestro regreso en el que se adosaría de nuevo para permitirnos llegar antes. Llegó el día del lanzamiento, con gran nerviosismo por parte de los expedicionarios. Subieron a la nave y empezaron la cuenta atrás.

"5...4...3...2...1...0". Los motores se pusieron en marcha repentinamente impulsándoles hacia Beta. A los 55 minutos se desprendían de la primera cabeza, quedando al descubierto una segunda, de forma más aerodinámica. Esto entraña al haber pasado la atmósfera. En el primer mes de viaje no ocurrió percance alguno. Pero al principio del segundo, cuando iban a dormir los miembros del tercer grupo de guardia y a ocupar su puesto los del cuarto, sobrevino la catástrofe. Despertaron a Rob Stewart, sin saber cómo solucionarla. El problema consistía en la válvula de aire de la sala de máquinas ya que pro-

ducían más hidrógeno de carbono que oxígeno, con el consiguiente peligro de asfixia de los que allí estaban.

—Pero, ¿qué hacen que no se ponen los cascos? —preguntó Rob.

—No lo sé, señor —contestó Jonathan.

—Trate de ponerse en contacto con ellos.

—Bien, señor.

—¿Quién lo ha descubierto? —volvió a preguntar Rob.

—Yo, señor. Iba a ocupar mi puesto cuando vi encenderse la luz roja de alarma en la sala de máquinas.

En aquel momento escuchó la voz de Jonathan por el video de la sala contigua a la de máquinas decir haber logrado ponerse en contacto con los que allí estaban. Acudió inmediatamente y pudo responder a su pregunta anterior: los cascos estaban aplastados bajo una viga del techo. ¿Cuál fue la causa de este desprendimiento? Con un poco de observación Rob Stewart halló la respuesta a esta pregunta: un reactor nuclear había estallado.

Una noticia hizo que se le helara la sangre en las venas. La temperatura y la radiactividad habían subido un 50 % más de lo normal en la sala de máquinas. Podría estallar otro reactor nuclear —pensó. Mientras tanto se habían introducido mangueras que inyectaban aire a presión más rico en oxígeno que el que solemos respirar para contrarrestar los efectos de las válvulas.

—Apagarlas (las válvulas) e introducir aire normal por las mangueras —ordenó Rob Stewart.

—Ya lo intenté —dijo Riley, de nacionalidad irlandesa— pero permanecieron encendidas.

La explosión podría haber causado algún desajuste en la instalación eléctrica, pensó.

—Revisarla —volvió a ordenar.

—La temperatura ha subido un 25 % más —le comunicó Robert Patrick.

—Conecten el aparato refrigerador de la sala de máquinas.

A los hombres no les pasará nada gracias a sus vestidos térmicos —dijo Rob.

Después de un rato le preguntó a Robert la temperatura. Seguía un 75 % más de lo normal.

Si pudiésemos rebajar la radiactividad bajaría la temperatura, pensó.

—Bloqueen el reactor nuclear que ha explotado con materia aislante y corten todo paso de plutonio hacia él.

Con unos gigantescos brazos, ideados para un caso de éstos, de gran radiactividad, que permanecían adosados al techo y materia aislante transparente, se construyó una cúpula que encerró al reactor.

En unos minutos la temperatura bajó a un 50 % más de lo normal. Media hora más tarde se pudieron sacar a los cuatro hombres que habían permanecido encerrados en la sala de máquinas sin temor a que la radiactividad se extendiese por la nave o cosas así; la normalidad había vuelto. Sin embargo, unos días más tarde se les comunicó una noticia que los llenó de pesar. Danford, uno de los que habían resultado encerrados, había muerto a causa de la radiactividad y los otros estaban muy graves.

Arrojaron el cuerpo inerte, sin vida, fuera de la nave, en el cosmos.

Antes de llegar a Beta, otro de los hombres expuestos a la radiación murió. Los dos siguientes se salvaron de seguro.

Días después, cuando atravesaban la atmósfera de Beta, pudieron analizar una muestra del aire de este planeta, comprobando que podría ser respirado por el hombre. Beta tenía una superficie 110 veces mayor que la Tierra, lo que daba cabida a toda la humanidad. Para posarse eligieron el lugar de desembocadura de un caudaloso río. El planeta tenía masas acuosas.

Se analizaron muestras de dos clases distintas de agua, la que provenía del río y otra que lo hacía de un mar. El resul-

tado fue el que se esperaba. Su composición era básicamente como las aguas de la Tierra, puras.

—Parece un paisaje prehistórico —dijo Carey, un inglés por excelencia— voy a husmear por los alrededores.

Al poco se oyó un pavoroso grito de terror.

—Carey —gritó un chico también inglés de nombre Willy, que había trabado amistad con Carey durante el viaje.

—Barny, ocúpate de Willy, Jonathan, ven conmigo en el automóvil a ver lo que le ha pasado a Carey —lo que llamaron automóvil era una especie de coche lunar.

Al llegar al lugar del suceso encontraron el cuerpo sin vida de Carey. Rob se bajó del automóvil para comprobarlo. Le hizo una señal para confirmarlo a Jonathan y cuando se dirigía al vehículo con el cuerpo de Carey, un rugido le hizo volverse. El pánico se adueñó de Rob cuando Jonathan le confirmó un pensamiento, la fiera que se encontraba frente a él y que seguramente mató a Carey se había extinguido en la Tierra hace millones de años; era el tigre de dientes de sable. Este pánico le hizo soltar el cuerpo de Carey y correr hacia el automóvil, pero demasiado tarde; la bestia ya había saltado para cobrar la segunda víctima entre los tripulantes de la nave. Ya casi le había abatido cuando Jonathan con su pistola de rayos laser la mató. Volvieron con el cadáver a la nave en donde les comunicaron que Willy se había escapado y que una patrulla de cinco hombres fue a buscarle.

Como no regresaron al día siguiente, 20 hombres armados salieron a buscarlos. Después de caminar dos millas descubrieron los cadáveres de los cinco hombres de la patrulla y a un metro o así a Willy. Cuando volvían desesperados, un mastodonte salió de la selva, atacando a algunos de los hombres. La cosa fue tan rápida que cuando le mataron, él ya había hecho lo mismo con tres de los componentes del grupo. Regresaron los restantes a la nave. El balance de muertos había sido de 12, desde que salieron de la Tierra. Los restantes

38 continuaron elaborando datos, lo que costó la vida a otros 18 hombres.

Por fin llegó la hora de partir hacia la Tierra para los 17 hombres que se unieron a la otra parte de la nave que había quedado en órbita. En ella estaban 3 hombres, con lo que llegaron a la Tierra, veinte.

—Ha sido un éxito —repetía el ministro de Asuntos Interplanetarios, teniendo enfrente los datos.

—No tan éxito. Que esos datos han costado la vida a 30 hombres —alegó Rob Stewart, con un tanto de rabia.

Dos meses después de la conversación, toda la humanidad estaba de acuerdo con abandonar sus lugares de residencia para trasladarse a Beta.

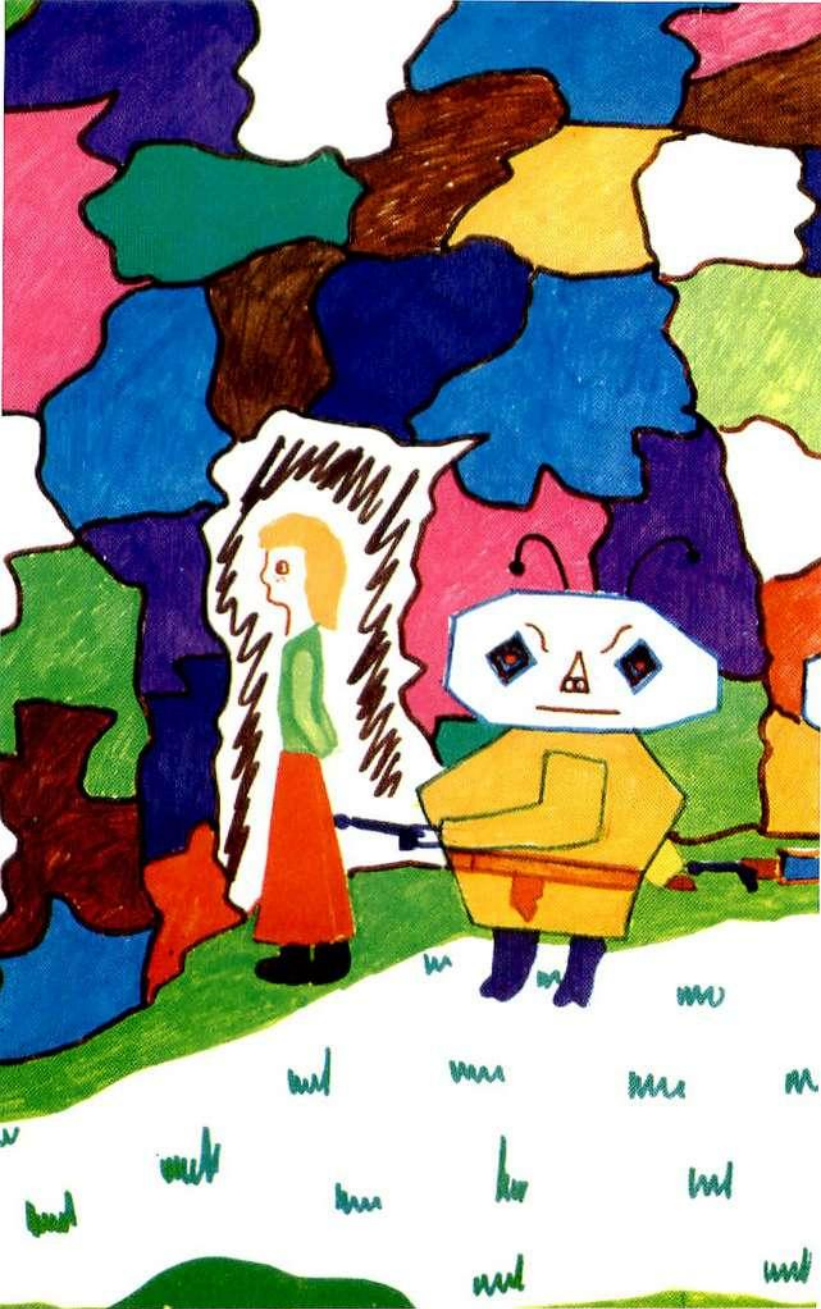
Antes de hacerlo completamente dejaron funcionando todos los aparatos depuradores para ver si así se podría reparar algún día todo el mal que el hombre había ocasionado durante siglos a este viejo planeta.

EMILIO, 11 años



# *marcianos*

Marta, 11 años









Cuando la luna llena aparecía en lo más alto del cielo y el bosque estaba silencioso y meditabundo, las lechuzas y los búhos salían a cazar y en lo más profundo del bosque, donde ni los lobos se atreven a meterse, lucía la casa con su techo de paja y sus paredes hechas de madera. Dentro de ella Agleya y Alberto ya estaban metidos en sus camas y sus cabezas doradas se apoyaban en las almohadas blancas y esponjosas. La madre de aspecto tranquilo y con una chaqueta echada sobre los hombros, velaba por ellos haciendo punto. En la sala de estar, arreglada y con una mesa de madera en el centro y algunas sillas alrededor, Mario el padre, y el hijo mayor, se dedicaban a leer algunas historias relatadas en los pocos libros que se hallaban en la pequeña vivienda. Rodrigo, el hijo mayor, poseía un gran sentido del humor y era bastante listo, pues años anteriores había acudido a la escuela y puesto que era inteligente sabía lo que la mayoría de la familia ignoraba. Rodrigo tenía 19 años, ya muy próximos a los veinte y era alto y también rubio, como sus dos hermanos; solía vestirse con una blusa blanca y una cazadora y pantalones marrones y botas altas. Salía cada mañana de caza con su padre, para poder alimentar a su familia y he aquí las presas más fáciles, conejos y ciervos. Al mediodía la familia se reunía en la mesa para comer y poco después de esto, Rodrigo se iba con sus hermanos a jugar al bosque donde se subían a los árboles, y cuando hacía buen tiempo nadaban en el río. Pero hablemos ahora de los demás. Agleya era la menor de los tres

chicos. Tenía catorce años recién cumplidos y era bastante alta con aspecto risueño y siempre dispuesta a correr cualquier clase de aventura. Poseía una abundante cabellera rubia y brillante y sus ropas constaban de una blusa azul claro con unos bombachos de color más oscuro que la blusa, y tenía pequeños zapatos de color negro. Esta no acudía a la escuela, puesto que era poco el dinero que tenían sus padres, y sabía algunas cosas que Rodrigo o sus padres le enseñaban. Sus juegos preferidos eran el libro de su madre, que tenía en su habitación y el correr por el bosque jugando con un balón. Sabía algunas palabras de la lengua para escribir y cada mañana practicaba para que su madre estuviera satisfecha de ella. Pasemos al siguiente, Alberto. Era el más pequeño de todos y, si quieren que les diga la verdad, no se ha conocido jamás un pillito igual. Tenía modales desgarbados y era tal la desobediencia que se llegó a creer que todo le importaba un comino. Contestaba mal y metía las manos en el pastel siempre que podía, con gran disgusto de su madre. Su aspecto era lo menos que podía tener, con cara pecosa y pelirrojo, vestía más o menos como su hermano mayor. En realidad, a este cabeza a pájaros, nadie le soportaba y Aglaya se peleaba con él de la forma más original. Solía cogerle de las patas y tirarle hacia atrás, pero éste se levantaba y no tardaba en propinar a su hermana un buen tirón de pelos. Total, al final los dos acudían a su padre, llenos de chafarrinones en la cara, lo cual a Mario no le hacía mucha gracia, aunque más tarde o más temprano, los dos hermanos acababan dándose un par de besitos que hacían por orden de su padre, pero que no les hacía ninguna gracia, y el padre, claro está, se desternillaba de risa al ver a los dos malhumorados tan cariñosos.

La casa, (o el bosque) estaba situada en las afueras de la ciudad de Suiza, al norte de ésta. Las gentes del pueblo eran casi todas ricas (dentro de lo que cabe) y todo lo más que poseían era un gran establo con vacas, cabras, caballos y cerdos.

En el bosque, las mañanas de verano solían ser soleadas y muy calurosas, y los habitantes de éste solían bañarse en el río que por allí pasaba.

Sobre las nueve de la mañana, la familia Sunday (nuestros amigos) se levantaba a desayunar y a hacer sus quehaceres. Unos a estudiar, la madre a arreglar la casa, otro que yo sé a planear travesuras y el resto a cazar como el padre y Rodrigo.

Así pasaban los años, hasta que un buen día, cuando Aglaya tenía ya dieciséis años y el pequeño diez, éste último, leyendo un libro sobre la vida de Marte, creyó que éste era un pueblecito que se encontraba más o menos a una o dos millas de distancia. El libro era de su hermano, que quería inculcar en el niño un poco de la historia de otros planetas, pero pareció que no fue precisamente lo que quería Rodrigo, pues el resultado fue que cierto día, dijo el pequeño a su madre:

—Mamá, quiero ir a Marte.

Como es de suponer, a la madre le pareció increíble lo que el niño dijo; de hecho, al niño le parecía muy normal que a alguien se le ocurriera ir a "aquella ciudad", pero en realidad Alberto quería descubrir algo nuevo que pudiera relatar, además de en su casa, en todo el mundo, y que pensaran que había algo de él que pudiera valer la pena, pues hasta ahora sólo había conseguido que la familia creyera que sólo era un pillo que no tenía respeto a nada ni a nadie.

Cuando Alberto le dijo aquello a su madre, ésta se echó a reír, aunque un poco preocupada, pues conocía bien a su hijo y sabía las innumerables travesuras que había corrido por su cuenta sin decir una palabra sobre ello. El pobre niño, viendo que al contar a su madre lo que pensaba, nada ocurrió fue en busca de su hermana, a lo que ésta le contestó que si quería ir a Marte, tendría que tener un cohete muy grande y el permiso de su padre., pero aún así, también rió a grandes carcajadas. Alberto, furioso ya de que nadie a quien había preguntado le hiciera el menor caso se fue en busca

de su hermano mayor a ver si de una vez por todas le entendiera. —Mujeres— dijo dando un portazo.

Rodrigo, como de costumbre, estaba enfrascado en una novela que su padre le había prestado, que para él era muy interesante, mucho más que tener que aguantar a un pequeñajo que le pregunta lo que hay que hacer para conseguir ir a Marte.

—Déjame, estoy estudiando —fue la sincera y “amable” contestación del mayor. Furioso el pequeño le arrebató el libro y lo tiró a una papelera que había en el extremo de la habitación.

—Y ahora contéstame, tonto, ¿qué he de hacer para ir a Marte? —le dijo—, y el mayor fue hacia la papelera, cogió su libro y tomando aquélla, la introdujo en la cabeza de Alberto. Este se la quitó, la tiró al suelo y haciendo un ruido infernal con los pies y la puerta, salió de la habitación, sacando la conclusión de que cuanto más mayor es la gente más impertinente se volvía.

Por fin, y no muy seguro de la respuesta, se dirigió a la puerta por donde se salía al aire libre, y sentado en un banco, encontró a su padre con el mismo aspecto tranquilo. Un poco nervioso, Alberto se acercó a él y le preguntó lo de siempre.

—Papá —le dijo— les he preguntado a todos y nadie me ha decho caso. Por favor, si desearas ir a Marte, ¿qué es lo primero que harías?

Y el padre le dijo con voz amable:

—Mira, hijo, lo primero que puedes hacer es reflexionar si te haría bien ir a ese planeta (puesto que es un planeta y no una ciudad, como tú crees) y saber cuál es el objetivo de ir, o sea, por qué deseas ir a Marte y qué deseas hacer con ese viaje. Tampoco me parece muy creíble que quieras ir solo, además, pero si sabes hacerlo y estás decidido, no sé por qué no has de ir.

Alberto, no muy acostumbrado a recibir respuestas tan

amables se quedó un tanto perplejo y esbozó una sonrisa de agradecimiento a su padre.

—Lo pensaré, papá —le dijo.

Entró éste en la casa, encontrando en primer plano a su hermano guasón, que le dijo:

—¿Qué, el pequeño marciano quiere ir a Marte, ya lo ha conseguido?

Alberto, que se había quedado parado en la puerta, pasó de largo aquel cuarto con expresión orgullosa, y sin hacer caso alguno a Rodrigo, muy erguido dio un portazo a la puerta contigua a su habitación. Allí se sentó frente a una mesa y empezó a pensar. Pero en realidad, él sabía que estar en su cuarto pensativo y concentrado no serviría de nada, pues él ya había pensado antes el objetivo de su viaje. Había pensado que el ir a aquel planeta era buscar algo fuera de lo normal para que la gente le creyera un chico listo y valiente, y también había pensado que el viaje a Marte iba a traer muchas consecuencias, por ejemplo, que dejaría aparte sus travesuras y se dedicaría al mundo de la ciencia. ¿Pero, acaso había pensado si le haría bien? ¿Había pensado en que iba a ir solo a un sitio desconocido que se hallaba en el espacio, cerca de otros muchos astros? ¿Había pensado que podría haber (si es que había vida) seres malos que le tendrían prisionero hasta el fin de su vida? ¿Había pensado que en un arrebato de histerismo o de miedo se caería al vacío o se tiraría de su cohete? No, no había pensado en todo eso pero sí en muchas otras cosas buenas. ¿Qué haría? ¿Ir o no ir?

Se levantó de la silla y caviló un poco antes de salir de la estancia. Abrió la puerta contigua y salió corriendo hacia la de salida, corriendo para que su hermano no le soltara ninguna frase de las suyas, pero Rodrigo estaba tan absorto en su libro que ni siquiera oyó el ruido de las bisagras al rechinar.

Alberto encontró a su padre leyendo otra novela pero distinta a la de Rodrigo, que trataba de los avances de la cien-

cia y su utilidad. Estaba a punto de arrancarle el libro de las manos como de costumbre, pero pensó que en esta ocasión lo mejor era no usar las costumbres de la casa. Así pues, le dijo con voz tranquila:

—Papá, he pensado mucho respecto a lo que me dijiste, y estoy decidido a realizar ese viaje, pero que primero mamá me prepare algunos comestibles y mantas, pues me quedaré allí dos meses, pero, tendrás que decírselo tú, porque a mí no me creería, ya sabes cómo se rió la primera vez que se lo dije.

Mario sonrió a su pequeño hijo.

—Bueno, entonces no hay más que hablar, pero si algún percance pudiera destruir tu vida allí arriba, deberías venirte otra vez a casa. ¿Cuándo partirás?

—La próxima semana, así pues deberás darte prisa en decírselo a mamá.

Al día siguiente, Alberto, fue a ver a su padre para ver si ya le había dado el recado a su madre. Aquél dijo que sería mejor decírselo más tarde, porque aquella mañana estaba de mal humor, pues Aglaya, ayudándola a hacer el pastel para la comida, lo quemó, dejándolo demasiado tiempo en el horno, y la pobre Aglaya, después de haber sufrido un buen rapapolvo había salido llorando hacia su cuarto. Cuando llegó la hora de la comida, nadie habló más que Rodrigo, que contaba las hazañas de un guerrero relatadas en el libro, y viendo que nadie le hacía caso, puesto que Alberto estaba nervioso, mamá enfadada, Aglaya sollozando y papá pensando en la conversación que tendría con su esposa, pronto abandonó la empresa de alegrar los ánimos de los que le rodeaban. Por la tarde, Mario habló con mamá.

—Bárbara, quería decirte algo respecto a Alberto, me ha dicho que desea ir a Marte y yo le he dejado realizar ese viaje, me ha pedido que le prepares algo de comida y ropa para los dos meses que estará fuera.

Su esposa se quedó de una pieza. Aquello no lo esperaba,



puesto que, aunque se lo había dicho Alberto en persona, ella se había reído de lo que ahora podía convertirse en realidad. Pero aún estando en desacuerdo con su esposo y su hijo, accedió a preparar lo que fuese para que Alberto se sintiera a gusto en el planeta. Mario se lo dijo a su hijo y éste estuvo deseando ansiosamente que llegara el día de su viaje.

Mientras tanto, los preparativos iban progresando. Rodrigo consiguió acercarse al pueblo para conseguir algo similar a un cohete. En casa, mamá, ayudada por Aglaya, cosía prendas y preparaban abundante comida, suficiente para dos meses. Mario ayudaba a su hijo en el plan que tendría en Marte de comida y también de trabajo o, de descanso (trabajo se refiere a expedición) y le dijo que no podría ir libremente pues tendría que llevar un traje especial para respirar y le explicó que tendría que cambiarse de oxígeno para poder respirar y que, al haber menos gravedad que en la tierra, flotaría en el aire. Alberto acogió esto último con una carcajada de diversión pensando que ir allá arriba era mucho más divertido que vivir aquí abajo.

Por fin, llegó el día. La partida fue por la noche más o menos a las 11. Alberto estaba tan nervioso que apenas podía hablar. Casi nadie fue a despedirle, pues no lo sabían y él lo agradeció sinceramente, porque no le gustaba la gente corriendo a su alrededor y besándole, llorando, ambas mejillas. El cohete estaba colocado en un claro del bloque, frente a una torre de control. Alberto ya estaba, digamos, disfrazado, con el traje espacial y sus hermanos tan nerviosos que apenas podían hablar, al igual que sus padres. Cuando ya se habían despedido, Alberto subió al cohete, no sin hacer un gracioso gesto con la mano en señal de despedida y de que todo iría bien. Poco después entró en la habitación o sala de mandos y se llevó tal sorpresa que estuvo a punto de bajar a decirles a todos que había cambiado de opinión respecto al viaje. Frente a él se encontraban cantidades de palancas y botones y de luces que se encendían y apagaban continuamente. También

había una silla con un cinturón de seguridad destinada al viajero. Rápidamente se sentó en ella y encajó el cinturón. Empezó la cuenta atrás:

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno... CERO.

De repente un trueno tapó por completo el cohete y éste arrancó del suelo. Mamá y Aglaya lloraban y dentro del cohete Alberto sintió un ramalazo de alegría. Tenía suficiente comida para todo un mes en el viaje y para otro mes en Marte, así pues, como sentía hambre, se levantó a por algo de comida cuando ya estaba en camino.

Al cabo de varias semanas y varios días, el cohete, en el cual viajaba Alberto aterrizaba en Marte. Cuando chocó con la tierra, rápidamente Alberto se dirigió hacia la puerta, la abrió y vio ante sus ojos lo más maravilloso del mundo. De repente se olvidó de su traje y de su casco y como éste le estorbaba se lo quitó, pero en ese mismo momento se acordó de lo que su padre le dijo, y quiso volver a ponérselo en el instante en que sintió que el aire y el oxígeno eran los mismos que en la Tierra. Así pues se quitó el traje y las botellas de la espalda y bajó de la nave. Sus ojos volvieron a mirar todo lo que le rodeaba y de nuevo se maravilló. Ante él había una especie de paraíso inmenso con una vegetación abundante de árboles y flores y una especie de camino que daba una extraña sensación, que invitaba a pasear por él. Así pues, Alberto, cogiendo la pequeña mochila que le prepararon y algunas cosas más, se dirigió hacia el sendero que allí empezaba. Caminó y caminó durante algunas horas y a medida que caminaba veía paisajes distintos. Al fin llegó a un precioso riachuelo con abetos y montañas con cuevas negras y profundas alrededor. Extendió su tienda allí y metió todo dentro. Como era la una del mediodía, comió algo de fruta, que aunque no había suficiente, no tendría necesidad, pues por allí había montones de árboles frutales. Más tarde se echó una siesta hasta que dieron las seis. Cuando esta hora llegó, Alberto se dio un baño en el río, pues el tiempo era estupen-

do. Al llegar la noche cenó y se durmió metido en su saco.

Así pasaron varios días sin que el pobre Alberto sospechara la mala suerte que tendría.

Un mal día, en las montañas, en una de las cuevas, en la más profunda, oscura y misteriosa, unas extrañas criaturas se habían dado cuenta de la llegada de un intruso terrestre a su planeta. Eran unas figurillas con cabeza más ancha de lo normal, cinturón con pistola y las piernas, en este caso más patas que piernas, parecían las de un caballo. Tenían ojos extremadamente grandes y negros algunos rojos y azules, pero éstos sólo eran excepción, pues sólo, los jefes poseían estos ojos y eran muy pocos, y nariz muy picuda, con agujeros grandes. La boca era una línea fina sobre la barbilla y en algunas cabezas, especialmente las de los jefes, lucían dos hermosas antenas terminadas en una bolita. Todos ellos formaban una ciudad en el fondo de esta cueva con casas sujetas por unas fuertes barras de hierro y una escalera que conducía a la puerta de entrada. En el centro de esta ciudad había una torre enorme con una sola ventana en lo alto y toda hecha de ladrillos, o de un extraño material parecido a éste.

Así pues, los "marcianos", o como quiera que se llamen, decidieron, a fuerza de sus armas, capturar vivo al intruso y tenerle allí hasta que decidieran lo que harían con él.

Alberto vivía tan feliz como siempre en su "nuevo descubrimiento" y todos los días se levantaba y salía al aire libre a pasear en compañía de los animales raros y complicados que se podían descurrir, pero éstos ya se habían hecho amigos de Alberto. Muchos de ellos volaban, pero no eran pájaros y tenían un color que no era ni blanco, ni rojo, ni verde, ni azul, ni negro, ni ningún otro color de la Tierra. Aquel mismo día, por la noche, los "marcianos" poco a poco se iban acercando a la tienda de Alberto y cuando éste se durmió por fin, penetraron en ella. En el mismo instante que se despertaba y se preparaba a dar un gran chillido, le taparon la boca con las grandes manazas, provistas de diez dedos cada

una. El pobre Alberto no se atrevía ni a moverse, pues uno de los esperpentos le tenía puesta una pistola en la espalda.

—Andando a casa ahora, amigo, y despacio, sin correr, que no llevas ninguna prisa— dijo éste.

Y así, con pequeños pasos sobre el césped, Alberto empezó a caminar, observando detenidamente el rostro del marciano de los ojos rojos y azules y del resto del cuerpo que no era ni blanco ni rojo, ni verde, ni azul, ni negro, ni de ningún otro color de la Tierra.

Al llegar a la gran boca de la cueva, tuvo miedo de pasar por ella, pero fue empujado fuertemente y se introdujo en ésta. De pronto sintió rabia de haber sido atrapado y dio una fuerte patada a una mesa que tenía frente a él, que con gran asombro por su parte se rompió en mil pedazos.

—Eres un mostrenco estúpido, has roto mi mejor mesa, que me costó más de un millón de coronas.

“Entonces usan la misma moneda que nosotros”, pensó Alberto.

Siguieron andando hasta llegar al final de la cueva, donde toparon con una puerta de acero. Uno de los marcianos la abrió y ante los ojos de Alberto apareció la gran ciudad de sus enemigos. Esta estaba llena de seres feos que se agruparon en torno a los que llegaron. A Alberto le llevaron a una casona muy grande hecha de cristal donde le encerraron en un cuarto con un ventanuco pequeño y con una mesa y una silla muy pequeñas. Encima de la mesa había un vaso de agua con un mendrugo de pan seco. Alberto lo vio y pensó:

—“Ja, pues están listos si se creen que voy a comer eso. Me escaparé cuando pueda, y llegaré al cohete sin recoger nada, porque es mejor no perder tiempo.” Y con estos pensamientos se quedó dormido en el suelo, apoyado contra la pared.

Cuando ya pasaron unas tres semanas largas, a Alberto se le ocurrió escaparse. Sí escaparse por el ventanuco, no tan estrecho y burlar a los guardias. Se enteró también de que

usarían su cohete para ir a la tierra y llamar a su casa, para decirles que no volverían a ver a su hijo si no les entregaban 10 millones de coronas en efectivo. Alberto se sintió preocupado, pues sabía que su familia era bastante pobre y nunca conseguiría reunir esa cantidad tan grande de dinero. Pero de pronto se le ocurrió la idea. Así pues, cometió el error más grande que tuvo en su vida. Una vez saltado el ventanuco y fuera de él, vio una cantidad de marcianos rodeando la casa. Queriendo esquivar o distraer a uno de ellos, otro lo oyó y corrió tras él dando grandes voces. Cuando se juntaron todos los guardias, uno de ellos, sin acordarse de que el rescate lo necesitaban ante todo, apretó el gatillo de su pistola, apuntando a la espalda del pobre Alberto. En ese momento todos se pararon y Alberto se desplomó rápidamente hacia el suelo. Una pequeña marciana que pasaba por allí tuvo pena del niño y se acercó a él. De nada sirvió todo lo que hicieron, pues al darle la vuelta vieron una gran herida manchada de sangre. El pobre Alberto murió aquella mañana de abril y los marcianos arrepentidos, construyeron una pequeña caja de cristal que no era ni blanca, ni roja, ni verde, ni azul, ni de ningún otro color. La familia sufrió un gran sobresalto y viajaron hacia Marte para ver por última vez al pequeño benjamín de la casa, asesinado por un marciano que no pensó, antes de disparar, el mal que había hecho a un ser más inocente que él mismo, y que no todas las facilidades de aquel momento era disparar con una pistola mugrienta, que no la volverá a coger en el resto de sus vidas.

MARTA, 11 años

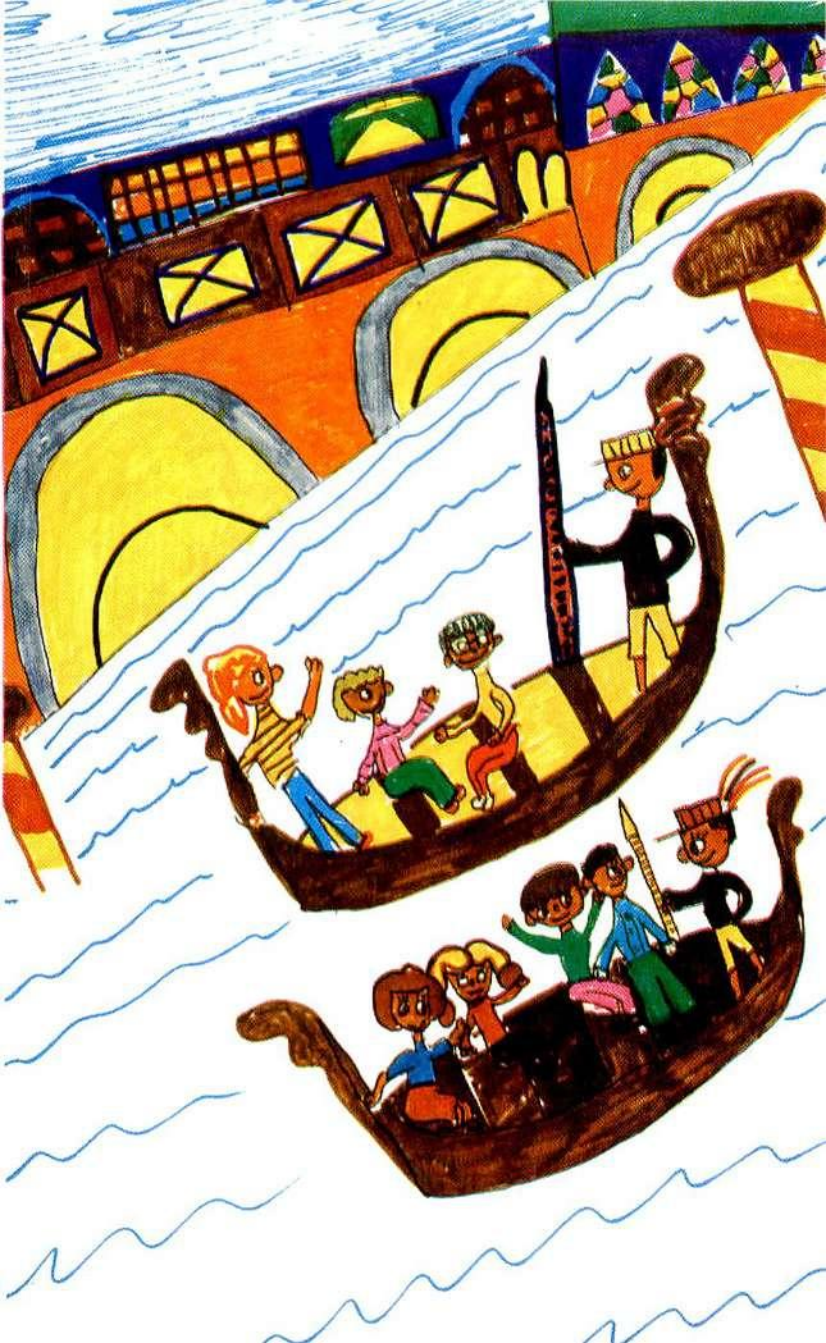


*los cinco hermanos  
salen en busca  
de aventuras*

M.<sup>a</sup> Carmen, 11 años









Un día por la noche, los hermanos, Teibalos decidieron irse de viaje con un amigo que tenía su padre, que se iba a Italia y luego irían sus padres, porque todavía no les habían dado las vacaciones. Tenían dos días para preparar todo. En Italia tenían una amiga que se llama Natalia y allí les dejaba cama y comida, para un mes. Los hermanos tenían que coger a un ladrón que había robado dos perros galgos rusos y sus collares que eran de rubíes incrustados. A los perros los llevaban a una exhibición canina.

Los hermanos estaban muy contentos de hacer este viaje. La niña menor tenía 5 años y se llamaba Estíbaliz, y era muy cursilona. La hermana que la seguía tenía seis años y se llamaba Aide. El hermano, que se llamaba Roberto, tenía 7 años. La hermana penúltima se llamaba Carmela, tenía 10 años. Y el último hermano tenía 12 años y se llamaba Pedro.

Al día siguiente ya tenía casi todo preparado. Sólo les faltaba cerrar las maletas. Carmela llamó a Natalia por teléfono para decirle que pasado mañana llegarían.

Al día siguiente por la mañana temprano les fue a buscar el amigo de su padre.

—Hola, Toco —dijo Estíbaliz. Cargaron todas las maletas en el coche y se fueron. Cuando fue la hora de desayunar pararon en un bar y tomaron unos bocadillos y unos vasos de café. Cuando pasaron dos horas los niños ya estaban nerviosos y Toco les dijo:

—Dentro de cuatro horas llegaremos.

Se durmieron un poco y después jugaron hasta llegar a Italia. Cuando llegaron a casa de Natalia se pusieron muy contentos y se abrazaron. Dejaron el equipaje y Natalia les llevó a ver los alrededores.

—Qué bonito es todo —dijo Roberto.

Cuando llegaron a casa Natalia les contó lo que había descubierto sobre el ladrón y les dijo:

—Hace una semana vino aquí un hombre con dos perros galgos rusos. A lo mejor era él, pero no me dijisteis cómo vestía el ladrón.

—¿Cómo vestía? —preguntó, Carmela, y Natalia dijo:

—Tenía una camisa azul clara, una chaqueta marrón, unos pantalones negros y zapatos marrones.

—Es él —dijo Pedro.

—Sí —dijeron los hermanos.

Después de cenar se fueron a la cama porque estaban muy cansados. Por la mañana temprano se fueron a ver mejor la ciudad y no vieron al ladrón. Cuando volvieron a casa ya era la hora de comer, cuando terminaron de comer estuvieron viendo parte de Roma con Toco. Y vieron al hombre vestido así y lo siguieron hasta su hotel.

Dos semanas después vinieron los padres de los hermanos Teibalos.

Y con el señor Teibalo consiguieron ver en qué habitación se hospedaba el ladrón y que se llamaba Julián Pérez.

A los dos días ya sabían que trabajaba en una tienda amaestrando perros y que formaría un circo y así ganaría mucho dinero. La información la consiguió el señor Teibalo hablando con Julián, que no sabía nada de lo que tramaban.

Al día siguiente llamaron a la policía y le contaron todo lo que había pasado.

Cuando el ladrón supo que le perseguían, tenía poco tiempo para escapar y para darse más prisa robó un coche a un conductor que estaba al lado de la acera y el ladrón se fue hasta Venecia y en Venecia estuvo unos días y luego continuó

su viaje. Los hermanos, Natalia y el señor Teibalo le seguían, aunque todavía no sabían adónde había ido e iban preguntando por hoteles y posadas y nadie sabía nada, así que siguieron hasta Venecia y allí, en un hotel muy viejo les dijeron que había estado un señor joven con dos perritos.

Entonces todos se pusieron muy contentos, pero el viejo les dijo que había oído comentar que le buscaba la Policía por haber robado unos perros y que se iba a Inglaterra, a ver si allí no le buscaban.

—Le oí decir que en Inglaterra vivía su mujer y así podía estarse con ella hasta que todo se olvidase. —El señor Teibalo aseguró que no corría mucha prisa, y que saldrían dentro de dos días y así verían Venecia.

Como estaban muy cansados y era casi la hora de cenar, cenaron, cogieron habitación y se durmieron. Al día siguiente por la mañana desayunaron y fueron a ver Venecia. Como Natalia conocía a un amigo de su madre fue a buscarlo y se lo presentó al señor Teibalo y entre Natalia y su amigo fueron enseñándoles Venecia y diciéndoles las cosas que había.

Estuvieron algún tiempo viendo los canales y paseando por el Gran Canal en góndola, viendo la Plaza de San Marcos, de precioso estilo oriental. En la plaza se entretuvieron los pequeños en echar maíz a las palomas que había en gran cantidad y también visitaron el Palacio de los Duques, que está muy cerca de la Basílica, al borde del mar. Natalia propuso ir a la isla de Murano, donde se fabrica el famoso vidrio de Venecia desde el siglo XI y todos aceptaron entusiasmados. Natalia explicó que ya desde el siglo XIII la fama de los vidrieros venecianos se extendía por toda Europa; adornos como perlas de color, cuentas de collar eran exportadas en grandes cantidades al próximo Oriente. Pero como los hornos eran una constante amenaza de incendio, se dictó una ley que obligaba a los vidrieros a establecerse en la isla de Murano, donde ahora estamos.

Después de comer estuvieron jugando en la calle al escondido

dite y sus padres leyendo. Como ya era un poco tarde hicieron las maletas para salir por la mañana temprano hacia Inglaterra. El señor Teibalo fue a sacar los billetes para salir en el avión de las nueve de la mañana. Llegaron al aeropuerto con tiempo justo de coger el avión. Cuando entraron, en seguida les dijeron que se abrocharan los cinturones y en un momento despegaron y todo se empezó a volver pequeño, y más pequeño cuando estuvieron a más altura. Al cabo de dos horas ya estaban en Inglaterra, buscaron un hotel, donde podían sacar pistas, le preguntaron al del hotel que si había visto a un hombre que llevaba dos perritos galgos rusos y él dijo que sí, que de vista, de haberle visto con sus perritos y a su lado iba una señora joven que debería ser su mujer. Los perros galgos rusos tenían puestos unos collares elegantísimos, según dijo Pepe, el dueño del hotel.

Los hermanos Teibalos y Natalia le contaron todo lo que había pasado en España. Pepe les dijo que si les veía otra vez les avisaría y su mujer les entretendría hasta que ellos bajaran. Pero pasaron días y días y allí no pasaba nada. Los niños fueron viendo Inglaterra poco a poco. Los niños no entendían nada de lo que decían los ingleses, porque hablaban muy deprisa, aunque los niños sabían algo de inglés. Fueron a un bar y tomaron un refresco, porque hacía mucho calor. Por la tarde, el señor Teibalo salió de casa a ver si encontraba algún cine, teatro o circo, para verlo con los niños al día siguiente por la tarde.

Encontró un teatro que era muy bonito y ponía cosas para niños. Al llegar a casa les dijo que al día siguiente irían al teatro. Los niños se pusieron contentísimos de poder ir. Pasado un rato, Carmela le dijo a su padre:

—¿Podemos salir a la calle a comprar un juego? Es que si no, nos aburrirnos.

El padre dijo que sí, pero que les acompañaría. Compraron unos juegos llamados Juegos Reunidos y con ellos jugaron hasta la hora de acostarse.

Al día siguiente por la tarde todos estaban preparados para ir al teatro. Cuando salieron dijeron que les había gustado, mucho y se habían reído demasiado porque ahora les dolía todo. Todos se rieron. Cuando llegaron a casa cenaron y luego se fueron a la cama a dormir o a leer sus libros.

Por la mañana les avisaron corriendo que había un hombre con dos perros galgos rusos. Los Teibalos bajaron corriendo y vieron a un señor muy elegante. Le siguieron hasta su casa, allí les dijeron que había venido hacía muy poco tiempo y que estaba viviendo con su mujer. Volvieron a casa en seguida, llamaron a la Policía y les contaron todo lo que había pasado y la Policía dijo que acudirían al día siguiente, porque ahora tenían que resolver otras cosas. Por la mañana temprano se reunieron con la Policía de Scotland Yard. Después de explicar detalladamente todo el asunto de los galgos rusos fueron a casa del ladrón, llamaron a la puerta y al salir éste a abrir le detuvieron. La señora estaba muy asombrada al ver que le quitaban los perros y se llevaban a su marido a la comisaría. Al llegar a la comisaría le interrogaron y los policías le acusaron de haber robado los perros galgos rusos y sus valiosos collares. Presentaron al ladrón ante el juez y después de interrogado, el juez mandó a la Policía que metieran en la cárcel al ladrón y devolvieran los collares a sus dueños, así como los galgos. Unos días más tarde fue el juicio y el ladrón fue condenado. Los Teibalos y Natalia se pusieron muy contentos porque al fin todo se había resuelto bien. Nuestros pequeños protagonistas estaban muy excitados por tantas sorpresas. Esa tarde decidieron ir al cine y divertirse sin preocuparse más del ladrón. Y al otro día, al despertar por la mañana, salieron de casa para ver si se podían bañar en la playa que estaba a algunos pasos de allí. Roberto y Pedro dijeron que se podían llevar el bañador y quedarse allí a jugar.

Las chiquillas estuvieron de acuerdo con los chicos y cogieron sus bañadores. Llegaron los niños a la playa dando un

paseo y como hacía mucho calor se bañaron y jugaron mucho rato en el agua, y allí mismo decidieron regresar a Italia para dejar a Natalia y dar por terminadas las vacaciones. En Italia dejaron a Natalia y ya en el avión de regreso a España Pedro dijo que habían sido unas vacaciones maravillosas, porque habían recuperado los perros, los collares, y habían cogido al ladrón, al tiempo que habían visto cosas preciosas.

Aide dijo que le había dado mucha pena despedirse de Natalia y Roberto que esperaba que los perros estuvieran bien en el compartimento de equipajes.

M.<sup>a</sup> DEL CARMEN, 11 años.



## INDICE

*Pág.*

---

### ESTUDIO PRELIMINAR

La narración infantil y el desarrollo de las aptitudes lingüísticas del niño. Explicación de una experiencia ...	9
--	---

### NARRACIONES

De cinco que al principio veis, al final sólo quedan tres.	71
En la carretera ... ..	79
Pepe el tornillos ... ..	91
Un hombre en la calle ... ..	95
Cuento para niños muy pequeños ... ..	103
La república afortunada ... ..	111
Un prototipo en el año dos mil ... ..	117
La vida del pastor ... ..	123
Una aventura en Tokyo ... ..	129
Cuando se va a un colegio nuevo ... ..	137
El terrible planeta ... ..	145
El tío Genaro va a la luna ... ..	151
El naufragio ... ..	159

La isla de los tres días ... ..	169
El corazón de las máquinas ... ..	175
Perdido ... ..	179
El robo no se aprovechó ... ..	187
Año MCMLXXXIV ... ..	193
Los dos policías se quedan en calzoncillos ... ..	199
Cabeza de lobo ... ..	205
Farmón ... ..	211
Las fiestas del pueblo ... ..	221
Desesperación ... ..	227
La historia del pulguito ... ..	237
El rey del bosque ... ..	243
Joe Marmota, el vago de Minesota ... ..	255
Mazapán ... ..	259
La excursión a la montaña ... ..	267
El pequeño príncipe ... ..	273
Beta ... ..	279
Marcianos ... ..	293
Los cinco hermanos salen en busca de aventuras ... ..	309



## LA NARRACION INFANTIL

Este libro está destinado, ante todo, a la Biblioteca Infantil. Su peculiaridad reside en el hecho de que sus autores son niños de diez y once años de edad. El niño lector tiene, pues, la seguridad de encontrar en él un mundo y unos modos de expresión que le son propios. Tiene también la garantía de no sufrir ese paternalismo dirigista, tan frecuente en los libros de lecturas infantiles obra de los adultos. Finalmente, tiene la posibilidad de una participación activa en el proceso creador, libre de ese distanciamiento que impone el hecho de la «autoridad» del autor adulto. El lector que se enfrenta con la obra de uno de sus iguales puede con toda libertad, sin ninguna coacción interna, juzgar, criticar, corregir; participar, en suma, en el proceso creativo. En una palabra, puede sentirse autor y, salvo de todo miedo, de todo respetuoso tabú, lanzarse él mismo a la aventura de escribir, de crear.

Pero este libro es también la exposición de una interesante experiencia educativa. En este sentido es, además de un libro de lecturas infantiles, un libro de lectura para educadores. La experiencia de enseñanza del lenguaje que, en su estudio preliminar, narra su autor puede estimular a los educadores a seguir este camino o, mejor aún, a ensayar nuevas rutas en la enseñanza de ese ente vivo y rico que es la lengua y que, desgraciadamente, en la práctica pedagógica se ve con frecuencia reducido a la fría exposición de las anquilosadas reglas de un código muerto.

